TIERRA DE LOS HOMBRES

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

La mejor novela del autor de *El Principito*

Un día de febrero de 1938, el avión pilotado por Antoine de Saint-Exupéry y su amigo André Prévot despega de Nueva York rumbo a Tierra de Fuego. Cargado con exceso de combustible, el aparato se estrella al final de la pista. Superados cinco días de coma y mientras convalece del terrible accidente, Saint-Exupéry escribe *Tierra de hombres* con la perspectiva de quien contempla el mundo desde la soledad de una cabina de avión.

Escribe con la nostalgia de una infancia feliz y perdida, escribe para evocar el difícil aprendizaje del oficio de aviador, homenajear a los compañeros Mermoz y Guillaumet, mostrar la Tierra a vista de pájaro, revivir el accidente sufrido junto a Prévot o revelar los secretos del desierto.

Pero, lo que de verdad quiere decirnos es que vivir es aventurarse a buscar el misterio escondido tras la superficie de las cosas, la posibilidad de encontrar la verdad dentro de uno mismo y la urgencia de aprender a amar, la única manera de sobrevivir a este universo deshumanizado.

Tierra de hombres se publicó en febrero de 1939 y en otoño de ese mismo año fue galardonado con el *Gran Premio de la Academia Francesa* y con el *National Book Award* en Estados Unidos.

Antoine de Saint-Exupéry

Tierra de hombres

ePub r1.5
diegoan 19.09.2019

Título original: *Terre des hommes*
Antoine de Saint-Exupéry, 1939
Traducción: Rafael Dieste

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1
Primer editor: Titivillus (r1.0 a 1.4)
Corrección de erratas: jarviskenshin, Paulis469, Callahan y Malvis

Índice de contenido

Cubierta

Tierra de hombres

Introducción

Capítulo 1. La Línea

Capítulo 2. Los Compañeros

Capítulo 3. El Avión.

Capítulo 4. El avión y el planeta.

1
2
3
4

Capítulo 5. Oasis.

Capítulo 6. En el desierto.

1
2
3
4
5
6
7

Capítulo 7. En el centro del desierto.

1
2
3
4
5
6
7

Capítulo 8. Los Hombres.

1
2
3

4

Sobre el autor

Henri Guillaumet, mi compañero, te dedico este libro.

Antoine de Saint-Exupéry

Introducción

La tierra nos enseña más sobre nosotros mismos que todos los libros. Porque ella se nos resiste.
El hombre se revela y se descubre a sí mismo cuando se mide con el obstáculo. Para enfrentarlo, sin embargo, necesita una herramienta. Necesita un cepillo de carpintero o un arado. Así el labriego va arrancando poco a poco algunos secretos a la naturaleza, extrayendo una verdad que es universal. Del mismo modo, el avión, la herramienta de las líneas aéreas, sumerge al hombre en todos los viejos problemas.

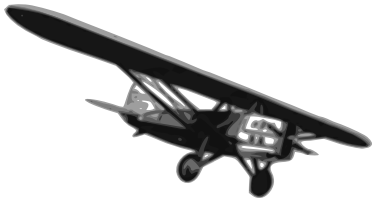
Tengo siempre presentes las imágenes de mi primera noche de vuelo en Argentina, una noche sombría, en la que titilaban solas, como estrellas, las escasas luces esparcidas en la llanura.

En el océano de tinieblas cada una de ellas señalaba el milagro de una conciencia. En aquel hogar se leía, se reflexionaba, se intercambiaban confidencias. En aquel otro, quizá, se intentaba sondear el espacio, alguien se esforzaba calculando sobre la nebulosa de Andrómeda. En el de más allá, se amaba. De tanto en tanto, aparecían en el campo hogueras que reclamaban su alimento. Brillaban incluso las más discretas: la del poeta, la del profesor, la del carpintero…

Pero, entre aquellas estrellas vivas, ¡cuántas ventanas cerradas, cuántas estrellas apagadas, cuántos hombres dormidos…!

Tenemos que procurar unirnos. Es preciso que intentemos comunicarnos con algunas de aquellas luces que arden separadas en el campo.

Capítulo 1



La Línea

Estábamos en 1926. Yo acababa de ingresar como piloto en la Sociedad Latécoère, que estableció, antes que la Aéropostale (la actual Air France), el enlace Toulouse-Dakar. Allí aprendí el oficio. Al igual que mis compañeros, pasaba el noviciado obligado a los jóvenes antes de alcanzar el honor de llevar el correo. Prueba de aviones, desplazamientos entre Toulouse y Perpignan, aburridas lecciones de meteorología en el fondo de un hangar helado. Vivíamos en el temor a las montañas españolas, que aún no conocíamos, y en el respeto a los veteranos.

A estos veteranos los encontrábamos en el restaurante, hoscos, un poco distantes, concediéndonos de mala gana sus consejos. Y cuando alguno de ellos regresaba retrasado de Alicante o de Casablanca con la chaqueta de cuero chorreante de agua de lluvia, y uno de nosotros le interrogaba tímidamente sobre su viaje, sus respuestas lacónicas, en los días de tempestad, nos construían un mundo fabuloso, lleno de trampas, de escotillas, de acantilados surgidos bruscamente y de remolinos capaces de desraizar cedros. Dragones negros defendían las entradas de los valles y haces de relámpagos coronaban las cimas. Aquellos veteranos alimentaban

sabiamente nuestro respeto. Mas, de tiempo en tiempo, apto ya para la eternidad, uno de ellos ya no regresaba.

Recuerdo también un retorno de Bury, un viejo piloto que más tarde se mató en Las Corbières.

Acababa de sentarse entre nosotros y comía pesadamente, sin pronunciar palabra, con las espaldas hundidas por el esfuerzo. Era por la noche de uno de aquellos días malos en que, de un extremo a otro de la línea, el cielo aparecía putrefacto, en que las montañas daban la sensación al piloto de rodar entre suciedad, como aquellos cañones que, rotas las amarras, recorrían el puente de los veleros de antaño. Yo miré a Bury, tragué saliva y me arriesgué, al fin, a preguntarle si el vuelo había sido duro. Bury, con la frente surcada de arrugas y la mirada fija en su plato, no me oía. A bordo de los aviones descubiertos, cuando hacía mal tiempo, era necesario inclinarse fuera del parabrisas para ver mejor y las bofetadas del viento silbaban después durante mucho tiempo en los oídos. Por último, Bury pareció oírme. Alzó la cabeza, como si recordase de pronto, y estalló en una risa clara. Aquella risa me maravilló, aquella breve risa que iluminaba su cansancio, porque Bury reía poco. No dio ninguna explicación sobre su victoria. Bajó de nuevo la cabeza y reanudó la masticación en silencio. Pero entre los grises del restaurante, entre los modestos funcionarios que reparaban allí las humildes fatigas de la jornada, aquel compañero de anchas espaldas nos pareció revestido de una nobleza extraña. Por debajo de su ruda corteza, se podía entrever el ángel que había vencido al dragón.

Llegó, por fin, la tarde en que, a mi vez, fui llamado al despacho del director. Se limitó a decirme.

—Saldrá usted mañana.

Permanecí allí de pie, en espera de que me despidiese. Sin embargo, después de una pausa, añadió:

—¿Conoce usted bien las consignas?

En aquella época, los motores no ofrecían la seguridad de los actuales. Con frecuencia, se paraban de repente, sin previo aviso, con un estrépito de vajilla rota. Y uno volvía la vista hacia la corteza rocosa de España, que ofrecía pocos refugios. «Cuando el motor se estropea allí —solíamos decir —, al avión, ¡ay!, no tarda en sucederle lo mismo». Ahora bien, un avión puede ser remplazado. Lo más importante, ante todo, consistía en no abordar la roca a ciegas. Por lo tanto, nos estaba prohibido, so pena de las sanciones más severas, sobrevolar los mares de nubes por encima de las zonas montañosas. El piloto, al hundirse el averiado aparato en el algodón blanco, no veía los picos y chocaba contra ellos.

He aquí por qué, aquella tarde, la voz lenta del director insistía una vez más sobre la consigna:

—Resulta muy bonito navegar con brújula sobre España, por encima de los mares de nubes. De acuerdo en que es muy elegante, pero…

Y aún más despacio:

—Pero recuérdelo: debajo de los mares de nubes… se encuentra la eternidad.

Y, de pronto, aquel mundo tranquilo, tan unido, tan sencillo, que se descubre cuando se emerge de las nubes, adquirió para mí un valor desconocido. Aquella suavidad se había convertido en una emboscada. Me imaginaba aquella inmensa trampa blanca, extendida allí, a mis pies. Debajo no reinaba, como hubiera podido creerse, ni la agitación de los hombres, ni el tumulto, ni el vivo ajetreo de las ciudades, sino un silencio todavía más absoluto, una paz más definitiva. Aquella viscosidad blanca se convertiría para mí en la frontera entre lo real y lo irreal, entre lo conocido y lo inconocible. Y yo adivinaba ya que un espectáculo carece de sentido si no se mira a través de una cultura, de una civilización, de un oficio. Los montañeses conocen también los mares de nubes. Ellos, sin embargo, no pueden descorrer el fabuloso telón.

Cuando abandoné aquel despacho, sentí un orgullo pueril. A partir del amanecer yo iba a ser, a mi vez, responsable de una carga de pasajeros, responsable del correo de África. No obstante, me embargaba también una

gran humildad. Me creía poco preparado. España presentaba pocos refugios. Temía, frente a un paro del motor, no saber dónde buscar la acogida de un campo de aterrizaje. Me había inclinado, sin descubrir las enseñanzas que necesitaba, sobre la aridez de los mapas. Por ello, y con el corazón invadido por una mezcla de timidez y de orgullo, resolví pasar la vela de armas al lado de mi compañero Guillaumet. Guillaumet me había precedido por aquellos caminos. Guillaumet conocía los trucos que permitían conseguir las llaves de España.

Necesitaba ser iniciado por Guillaumet.

Entré en su habitación.

—Ya sé la noticia. —Me sonrió—. ¿Estás contento?

Sacó de un armario oporto y vasos y se acercó a mí, sin dejar de sonreír:

—Vamos a remojarlo. Ya verás, todo irá bien.

Aquel compañero, que después había de batir el récord en las travesías postales de la Cordillera de los Andes y en las del Atlántico Sur, infundía confianza con la misma naturalidad que una lámpara da luz.

Aquella noche, algunos años antes de su hazaña, en mangas de camisa, con los brazos cruzados bajo la lámpara, sonriendo con la más tranquilizadora de las sonrisas, me dijo con toda sencillez: «A veces, las tempestades, las nieblas o la nieve, te molestarán. Piensa entonces en todos aquéllos que lo han conocido antes que tú y dite simplemente: lo que otros han conseguido, también yo puedo hacerlo». Pese a estas palabras, desplegué mis mapas y le pedí que accediera a revisar conmigo el viaje. Y apoyado en el hombro del veterano, debajo de la lámpara, volví a encontrar la antigua paz del colegio.

¡Mas qué extraña lección de geografía recibí! Guillaumet no me mostraba España. Por el contrario, la convertía en una amiga. No me hablaba ni de hidrografía, ni de poblaciones. No me hablaba de Guadix, pero sí de tres naranjos que, cerca de Guadix, bordean un campo: «No te fíes de ellos, señálalos en tu mapa…». Y los tres naranjos ocupaban ahora

más lugar que Sierra Nevada. No me hablaba de Lorca, sino de una sencilla granja cerca de Lorca. De una granja viva.

Y de su granjero. Y de su granjera. Y aquella pareja, perdida en el espacio a mil quinientos kilómetros de nosotros, adquiría de súbito una importancia desmesurada. Porque bien instalados en la pendiente de su montaña, semejantes a guardianes de faros, siempre se hallaban dispuestos, bajo sus estrellas, a socorrer a los hombres.

Extraíamos así de su olvido, de su increíble lejanía, detalles ignorados por todos los geógrafos del mundo. Porque, en efecto, el Ebro, que riega importantes ciudades, interesa a los geógrafos.

Y en cambio no les importa ese riachuelo escondido bajo la hierba, al oeste de Motril, ese padre que alimenta a una treintena de flores. «Desconfía del riachuelo, estropea el campo… Señálalo también en tu mapa». ¡Ah, no! ¡No me olvidaría de la serpiente de Motril! Parecía completamente inofensiva, como si, con su ligero murmullo apenas si encantara algunas ranas.

Pero dormía con un ojo abierto. Desde aquel paraíso del campo de emergencia, tendido bajo la hierba, a dos mil kilómetros de aquí, no dejaba de acecharme. A la primera ocasión intentaría convertirme en haz de llamas…

Yo esperaba también, a pie firme, a aquellos treinta corderos de combate, colocados allí, al pie de la colina, dispuestos a cargar: «Te imaginas que el prado está libre y de pronto… ¡zas! Ahí tienes a tus treinta corderos, que se te meten entre las ruedas…». Y yo respondía con una sonrisa maravillada a una amenaza tan pérfida.

Así, poco a poco, la España de mi mapa se transformaba, bajo la luz de la lámpara, en un país de cuento de hadas. Yo jalonaba con una cruz los refugios y las trampas. Señalaba aquel campesino, aquellos treinta corderos, aquel riachuelo. Colocaba en su lugar exacto a aquella granjera menospreciada por los geógrafos.

Al despedirme de Guillaumet, experimenté de pronto la necesidad de caminar un poco en aquella helada noche de invierno. Alcé el cuello de mi capote y, entre los transeúntes que nada sabían, paseé mi joven fervor. Me sentía orgulloso al cruzarme con aquellos desconocidos, llevando mi secreto en el corazón. Ellos, aquellos bárbaros, me ignoraban. Sin embargo, habrían de confiarme, con la carga de los sacos postales, sus preocupaciones y sus esfuerzos, al alzarse el día. Sería entre mis manos donde depositarían sus esperanzas. Así, arropado en mi capote, caminaba entre ellos con paso protector. Mas ellos nada sabían de mis cuidados.

Ellos tampoco recibían los mensajes que yo recibía de la noche. Porque aquella tempestad de nieve que acaso estuviera preparándose y que complicaría mi viaje interesaba a mi misma carne.

Las estrellas se apagaban una a una. ¿Cómo iban a saberlo los transeúntes? Yo era el único en quien había sido depositada la confidencia. Se me informaba las posiciones del enemigo antes de la batalla…

Sin embargo, yo recibía aquellas contraseñas que me comprometían tan gravemente cerca de los escaparates iluminados, donde lucían los regalos de Navidad. Allí, aparecían expuestos, en la noche, todos los bienes de la tierra. Y yo saboreaba la orgullosa embriaguez del renunciamiento.

Yo era un guerrero amenazado: ¡Qué me importaban aquellas vidrieras relucientes destinadas a las fiestas, aquellas pantallas de lámparas, aquellos libros! Yo me bañaba ya en la niebla espesa.

Yo, piloto de línea, mordía anticipadamente la pulpa amarga de las noches de vuelo.

Eran las tres de la mañana cuando me despertaron. Subí con un golpe seco las persianas, comprobé que llovía sobre la ciudad y me vestí con gravedad.

Media hora más tarde, sentado sobre mi pequeña maleta, esperaba, a mi vez, en la acera brillante de lluvia a que el autobús pasara a recogerme. Antes que yo, tantos camaradas habían sufrido aquella misma espera en el

día de la consagración, con el corazón un poco oprimido. Al fin, por la esquina de la calle, surgió el vehículo antiguo, que difundía un ruido de chatarra. Y me fue concedido el derecho, como a mis compañeros antes que a mí, de estrecharme en la banqueta, entre el aduanero medio dormido aún y algunos burócratas. Aquel autobús olía a lugar cerrado, a administración polvorienta, a vieja oficina donde se va hundiendo la vida de un hombre. Cada quinientos metros se detenía para cargar un secretario más, un aduanero, un inspector. Los que se habían vuelto a dormir respondían con un vago gruñido al saludo del recién llegado, que se acomodaba como podía y, enseguida, se dormía a su vez. Era, sobre el pavimento desigual de Toulouse, una especie de triste acarreo. Y el piloto de línea, mezclado con los funcionarios, apenas si, de momento, se distinguía de ellos… Pero los faroles desfilaban, la pista de despegue se acercaba y el viejo autobús bamboleante no era ya sino una crisálida gris de la cual el hombre saldría transfigurado.

Así, en una mañana parecida, cada uno de mis camaradas habrá sentido, bajo su cáscara de subalterno vulnerable, sometido a la aspereza del inspector, nacer en sí mismo al responsable del correo de España y de África, aquél que, tres horas después, afrontaría entre relámpagos al dragón del Hospitalet…, aquél que, cuatro horas después, tras haberlo vencido, decidiría con toda libertad, con plenos poderes, el rodeo por el mar o el asalto directo al macizo de Alcoy, aquél que tutearía a la tempestad, a la montaña y al océano.

Así, confundido entre el equipo anónimo bajo el oscuro cielo de invierno de Toulouse, cada uno de mis compañeros había sentido, en una mañana parecida, crecer en él al soberano que, cinco horas después, abandonando detrás de sí las lluvias y las nieves del Norte, repudiando el invierno, reduciría el régimen del motor y comenzaría el descenso en pleno verano, dentro del sol esplendoroso de Alicante.

Aquel viejo autobús ha desaparecido. Pero su austeridad, su incomodidad han permanecido presentes en mi recuerdo. Simbolizaba bien la preparación necesaria para las duras alegrías de nuestro oficio. Todo en él

adquiría una sobriedad conmovedora. Y recuerdo que fue en él donde, tres años después, sin que se pronunciaran más allá de diez palabras, me enteré de la muerte del piloto Lécrivain, uno de los cien compañeros de la línea que, cierto día o cierta noche de niebla, había iniciado su retiro eterno.

Eran las tres de la mañana y reinaba el mismo silencio de siempre cuando oímos al director, invisible en la sombra, alzar la voz para hablar con el inspector:

—Lécrivain no ha aterrizado esta noche en Casablanca.

—¿Cómo? —Respondió el inspector—. ¿Qué?

Arrancado de su sueño, hizo un esfuerzo por despertarse y demostrar su interés. Y añadió:

—¡Ah! ¿Si? ¿No consiguió pasar? ¿Dio media vuelta?

A lo cual, desde el fondo del autobús, le fue respondido sencillamente: «No». Esperamos la continuación, pero no llegó ni una palabra más. Y a medida que los segundos transcurrían, se hacia más evidente que aquella negación no sería seguida por ninguna explicación, que aquél era un «no» inapelable, que Lécrivain no sólo no había aterrizado en Casablanca, sino que nunca más aterrizaría en ninguna parte.

Así, aquella mañana, en el amanecer de mi primer día como correo, me sometía a mi vez a los ritos sagrados del oficio y sentía que me faltaba la confianza al contemplar, a través de los cristales, el asfalto brillante en el que se reflejaban las farolas. Se veían, en los charcos de agua, correr oleadas de viento. Y yo pensaba: «Para tratarse de mi primer correo la verdad…, tengo poca suerte». Alcé los ojos hacia el inspector: «¿Esto significa mal tiempo?», pregunté. El inspector lanzó hacia la ventanilla una mirada distraída: «Eso no significa nada», murmuró. Y yo me preguntaba por qué síntomas se reconocería el mal tiempo. La víspera por la tarde, Guillaumet había barrido con una sola sonrisa todos los presagios funestos con que solían abrumarnos los veteranos, pero ahora volvían a mi memoria: «Compadezco al que no conozca la línea, piedra a piedra, si se encuentra con una tempestad de nieve. ¡Lo compadezco…!».

Necesitaban salvaguardar su prestigio y movían la cabeza mirándonos con una compasión un poco molesta, como si la dirigieran a nuestro inocente candor.

Y, en efecto, ¿para cuántos de nosotros había servido ya de último refugio aquel autobús?

¿Sesenta, ochenta? Todos ellos conducidos por el mismo chofer taciturno cierta mañana lluviosa.

Yo miraba a mi alrededor. En la sombra, brillaban puntos luminosos, cigarrillos que puntuaban meditaciones. Humildes meditaciones de funcionarios envejecidos. ¿Para cuántos de los nuestros estos compañeros habían servido de último cortejo?

Sorprendían también las confidencias que se cambiaban en voz baja. Se referían a enfermedades, a dinero, a las tristes preocupaciones domésticas. Mostraban los muros de la prisión deslucida en la que aquellos hombres se habían encerrado… Y bruscamente, se me apareció el rostro del destino.

Viejo burócrata, compañero mío aquí presente, nadie te ha permitido evadirte y tú no eres responsable de ello. Has construido tu paz a fuerza de bloquear con cemento, como lo hacen las termitas, todas las salidas hacia la luz. Te has enroscado en tu seguridad burguesa, en tus rutinas, en los ritos sofocantes de tu vida provinciana. Has alzado tu humilde muro contra los vientos y las mareas y los astros. No quieres inquietarte por los grandes problemas. Ya has tenido bastante con olvidar tu condición de hombre. No eres en modo alguno el habitante de un planeta errante, no te planteas preguntas sin respuesta: Eres tan sólo un pequeño burgués de Toulouse. Nadie se preocupó de sacudirte por los hombros cuando aún era tiempo. Ahora, la arcilla de que estás formado se ha secado, se ha endurecido. Y nada, en adelante, será capaz de despertar al músico dormido, al poeta o al astrónomo que quizás habitaban en ti en un principio.

Ya no me quejo de las ráfagas de lluvia. La magia del oficio me abre un mundo en el que habré de enfrentarme, antes de dos horas, a los dragones

negros y a las cimas coronadas por una cabellera de relámpagos azules. Y allí, cuando llegue la noche, ya libre, leeré mi camino en los astros.

Así se desarrollaba nuestro bautismo profesional y así comenzábamos a viajar. Tales viajes, la mayoría de las veces carecían de historia. Descendíamos en paz, como nadadores de oficio, a las profundidades de nuestro dominio. Un dominio que hoy está bien explorado. El piloto, el mecánico y el radiotelegrafista no se embarcan ya en una aventura. Ahora se encierran en un laboratorio. Obedecen a un juego de agujas marcadoras y no al desarrollo de los paisajes. Afuera, las montañas están inmersas en las tinieblas. Pero ya no son montañas. Son potencias invisibles, cuya distancia es preciso calcular. El radiotelegrafista anota sabiamente las cifras bajo la lámpara, el mecánico puntea el mapa y el piloto corrige la ruta si las montañas han derivado, si las cimas que él deseaba doblar a la izquierda se han desplazado frente a él con el silencio y el secreto de preparativos militares.

En cuanto a los radiotelegrafistas de guardia en tierra, van anotando en sus cuadernos, en el mismo segundo, el mismo dictado de su compañero: «Medianoche y cuarenta. Ruta en 230. Sin novedad a bordo».

Hoy, las tripulaciones viajan así. No tienen la sensación de estar en movimiento. Se encuentran muy lejos, como de noche en el mar, de todo punto de referencia. Sin embargo, los motores llenan este habitáculo iluminado con un estremecimiento que altera su sustancia. Y las horas se desgranan. Y en esos cuadrantes, en las lámparas de la radio, en las manecillas, se produce toda una alquimia invisible. De segundo en segundo, los gestos misteriosos, las palabras susurradas, la continua atención preparan el milagro. Y cuando la hora ha sonado, el piloto, con absoluta tranquilidad, puede pegar su frente al vidrio. De la Nada ha nacido el oro: que está allí, brillando en las luces del aeródromo.

Y, sin embargo, todos nosotros hemos conocido esos viajes en que, de repente, según un punto de vista particular, a dos horas de la escala, hemos

experimentado nuestro alejamiento como no lo hubiéramos experimentado en la India, un alejamiento del cual ya no esperábamos regresar.

Tal le ocurrió a Mermoz al atravesar por primera vez el Atlántico Sur en hidroavión. Al caer la tarde se encontró en la región del Pot-au-Noir. Frente a él vio amontonarse de minuto en minuto las colas de los tornados, como si se construyera una muralla, y, enseguida, la noche instalándose sobre aquellos preparativos disimulándolos. Y cuando, una hora después, se escurrió por debajo de las nubes, desembocó en un reino fantástico.

Trombas marinas se alzaban allí acumuladas y, en apariencia, inmóviles, como los pilares negros de un templo, que soportaban, hinchados en sus extremos, la bóveda oscura y baja de la tempestad. Pero, a través de los desgarrones de la bóveda, descendían haces de luz y la luna llena brillaba, entre las columnas, sobre las losas frías del mar. Mermoz prosiguió su ruta a través de aquellas ruinas deshabitadas, corriendo oblicuamente de un canal de luz a otro, contorneando aquellas columnas gigantescas donde, sin duda, rugía la ascensión del mar, avanzando durante cuatro horas a lo largo de aquellas coladas de luna, hacia la salida del templo. Y el espectáculo era tan abrumador que recién después que hubo franqueado el Pot-au-Noir, Mermoz se dio cuenta de que no había sentido miedo ni por un instante.

Recuerdo, también, una de aquellas horas en las que se atraviesan los lindes del mundo real. Los datos radiogoniométricos comunicados por las escalas saharianas habían resultado falsos durante toda la noche y nos habían engañado seriamente, a Neri, el radiotelegrafista, y a mí. De pronto, vi brillar el agua en el fondo de un claro practicado en la niebla. Viré bruscamente en dirección a la costa. No podíamos saber cuánto tiempo hacía que nos precipitábamos hacia alta mar.

Ya no estábamos seguros de poder alcanzar la costa. Quizá no tuviéramos gasolina suficiente.

Además, una vez alcanzada la costa, todavía necesitábamos encontrar la escala. Ahora bien, era la hora en que ni la luna llegaba a su ocaso. Sin

datos angulares, además de sordos, nos íbamos volviendo poco a poco ciegos. La luna acababa de apagarse como una brasa pálida, entre una bruma parecida a un banco de nieve. El cielo, por encima de nosotros, se cubría a su vez de nubes. En adelante, navegamos entre aquellas nubes y aquella bruma, en un mundo vaciado de toda luz y de toda sustancia.

Las escalas que nos respondían renunciaban a proporcionarnos datos sobre nosotros mismos: «No tenemos vuestra posición… Sin posición…», ya que nuestra voz les llegaba de todas partes y de ninguna.

Al fin, bruscamente, cuando ya desesperábamos, frente a nosotros y algo a la izquierda, se desenmascaró en el horizonte un punto brillante. Sentí una alegría tumultuosa. Neri se inclinó hacia mí… ¡y le oí cantar! Aquello no podía ser más que el aeródromo, no podía ser más que un faro, puesto que el Sahara, por las noches, se apaga por entero para formar un gran territorio muerto. La luz, sin embargo, titiló un poco y después se apagó. ¡Habíamos puesto proa hacia una estrella! Había permanecido visible tan sólo por unos minutos en el horizonte, entre la capa de bruma y las nubes, en el momento de ponerse.

Después vimos alzarse otras luces. Impulsados por una muda esperanza, dirigimos la proa hacia cada una de ellas, una tras otra. Y si la luz se mantenía, intentábamos la experiencia vital: «Luz a la vista —ordenaba Neri a la escala de Villa Cisneros—. Apagad vuestro faro y encendedlo tres veces». Villa Cisneros apagaba y encendía su faro, pero la dura luz, la estrella incorruptible que vigilábamos no guiñaba su ojo. A pesar de que la gasolina se agotaba, mordíamos los anzuelos de oro una y otra vez. Cada vez era la verdadera luz de un faro.

Cada vez era la escala y la vida. Y un momento más tarde teníamos que cambiar de estrella.

A partir de ese instante, nos vimos perdidos en el espacio interplanetario, entre cien planetas inaccesibles, en busca del único planeta

verdadero, del nuestro, del único que contenía nuestros paisajes familiares nuestras casas amigas, nuestras ternuras.

Del único que contenía… Os revelaré la escena que me representó mi imaginación aunque quizás os parezca pueril. Pero, en el corazón del peligro, uno conserva las preocupaciones propias del hombre y yo sentía sed. Y también hambre. Si dábamos con Villa Cisneros proseguiríamos el viaje, después de llenar los depósitos de gasolina, y aterrizaríamos en Casablanca a la hora fresca del amanecer. ¡Terminado el trabajo! Neri y yo bajaríamos entonces a la ciudad. Al amanecer, ya se encuentra algún cafetín abierto… Nos sentaríamos ante una mesa, alejados de todo peligro, y podríamos reírnos de la noche pasada, ante unos *croissant* calientes y el café con leche. Neri y yo recibiríamos aquel regalo matinal de la vida. Así como la anciana campesina no logra comunicarse con su dios sino a través de una imagen pintada de una medalla ingenua, de un rosario, necesitamos que nos hablen un lenguaje sencillo para que logremos entenderlo. En aquel momento, la alegría de vivir se resumía para mí en el primer sorbo perfumado y caliente, en la mezcla de leche, de café y de trigo, por medio de la cual nos comunicamos con los pastos tranquilos las plantaciones exóticas y las cosechas, a través de la cual nos ponemos en contacto con toda la tierra. Entre tantas estrellas, no existía ni siquiera una que poseyera, para colocarse a nuestro alcance, el tazón oloroso de la comida del amanecer.

Distancias infranqueables se acumulaban entre nuestro navío y aquella tierra habitada. Todas las riquezas del mundo se alojaban en un grano de polvo perdido entre las constelaciones. Y el astrólogo Neri, que procuraba descubrirlo, seguía suplicando a las estrellas.

De repente, su puño golpeó sobre mi hombro. En el papel que aquel empellón me anunciaba, leí: «Todo va bien, he recibido un mensaje magnífico…». Y esperé, con el corazón alterado, que terminara de transcribir las cinco o seis palabras que podían salvarnos. Por fin, recibí aquel regalo del cielo.

Estaba fechado en Casablanca, de donde habíamos partido la víspera al atardecer. Retrasado en las transmisiones, nos llegaba de pronto, a dos mil kilómetros de distancia, perdidos en el mar, entre las nubes y la niebla. El mensaje procedía del representante del Estado, en el aeropuerto de Casablanca. Y leí: «Señor de Saint-Exupéry, me veo en la obligación de proponer a París que sea sancionado por haber virado demasiado cerca de los hangares al partir de Casablanca». Cierto que aquel hombre desempeñaba su oficio al enfadarse y yo hubiera acogido aquel reproche con humildad en un despacho del aeropuerto. Pero lo recibíamos allí donde no debíamos recibirlo.

Desentonaba entre las demasiado escasas estrellas, el lecho de bruma, el sabor amenazador del mar. Sosteníamos en la mano nuestros propios destinos, el del correo y el de nuestro navío. Nos costaba un enorme esfuerzo gobernar este último para poder sobrevivir. Y aquel hombre purgaba contra nosotros su pequeño rencor. No obstante, en lugar de enfadarnos, Neri y yo sentimos un imperioso y repentino deseo de reír. Aquí éramos los amos. Él nos lo había hecho descubrir. ¿Es que aquel cabo no había visto en nuestras mangas que habíamos ascendido a capitanes? Se permitía molestarnos en nuestro sueño, mientras nos paseábamos muy dignos entre la Osa Mayor y Sagitario, cuando el único problema lo bastante importante para preocuparnos era aquella traición de la luna…

El deber inmediato, el único deber del planeta en el que este hombre se manifestaba, consistía en proporcionarnos cifras exactas para nuestros cálculos entre los astros. Y resulta que nos las daban falsas. Por consiguiente, al menos provisoriamente, lo que el planeta tenía que hacer era callar. Y Neri me escribía: «En vez de divertirse con esas tonterías, sería mejor que ellos nos condujeran a alguna parte…». Este «ellos» resumía para él todos los pueblos del Globo, con sus parlamentos, sus senados, sus marinas, sus ejércitos y sus Emperadores. Y, tras haber releído el mensaje de aquel insensato que pretendía meterse con nosotros, cambiamos de rumbo y pusimos proa hacia Mercurio.

Nos salvamos gracias a una extrañísima casualidad: llegó el momento en que, abandonando la esperanza de llegar a Villa Cisneros, viré perpendicularmente a la dirección de la costa y decidí mantener el rumbo hasta que se terminara el combustible. Me reservaba así alguna posibilidad de no caer en el mar. Por desgracia, mis engañosos faros me habían conducido Dios sabía adónde.

Por desgracia, también, aun en el mejor de los casos, la espesa niebla entre la cual nos veríamos obligados a aterrizar, nos dejaba pocas probabilidades de hacerlo sin provocar una catástrofe. Sin embargo, me resultaba imposible escoger.

La situación era tan clara que alcé melancólicamente los hombros cuando Neri me pasó un mensaje que, una hora antes, nos hubiera salvado: «Villa Cisneros se decide, por fin, a pasarnos la posición. Villa Cisneros indica: mil doscientos dieciséis. Dudoso…». Villa Cisneros ya no se hallaba hundida en las tinieblas. Villa Cisneros se revelaba allí, tangible, a nuestra izquierda. Sí, pero ¿a qué distancia? Neri y yo sostuvimos una breve conversación. Si nos dedicábamos a buscar Villa Cisneros, se acrecentaría el peligro de no alcanzar la costa. Neri respondió al mensaje: «Nos queda combustible para una hora. Obligados a mantener proa al noventa y tres».

Las escalas, no obstante, se iban despertando una por una. A nuestro diálogo, se mezclaban las voces de Agadir, de Casablanca, de Dakar. Las estaciones de radio de cada una de las ciudades habían pasado el aviso a los aeropuertos. Los jefes de los aeropuertos habían avisado a los compañeros. Y poco a poco, se reunían a nuestro alrededor, como alrededor del lecho de un enfermo. Calor inútil, mas, a pesar de todo, calor. ¡Consejos estériles, pero tan cariñosos!

Y bruscamente surgió Toulouse. Toulouse, cabeza de línea, perdida allá abajo, a cuatro mil kilómetros. Toulouse se introdujo de pronto entre nosotros y, sin preámbulos, dijo: «El aparato que pilotan, ¿no es un F…? (He olvidado la matrícula)». «Sí». «En tal caso, disponen todavía de dos

horas de combustible. El depósito de ese aparato no es estándar. Tienen combustible para dos horas. Pongan proa a Villa Cisneros».

De este modo, las necesidades que impone un oficio transforman y enriquecen el mundo. Ni siquiera es necesaria una noche semejante para que el piloto de línea descubra un sentido nuevo a los viejos espectáculos. El paisaje monótono que aburre al pasajero es ya otro para la tripulación.

Esa masa neblinosa que cierra el horizonte ha dejado de ser un decorado para él. Por el contrario, interesará sus músculos y le planteará problemas. La tiene en cuenta ya, la mide, un verdadero lenguaje la liga a él. He ahí un pico, lejano aún. ¿Qué aspecto tendrá? A la luz de la luna, constituirá un cómodo punto de referencia. Pero si el piloto vuela a ciegas, si corrige con dificultad su deriva y duda en su posición, el pico se tornará peligroso, llenará con su amenaza la noche entera, lo mismo que una sola mina sumergida, que vaya al azar de las corrientes, destruye la seguridad del mar.

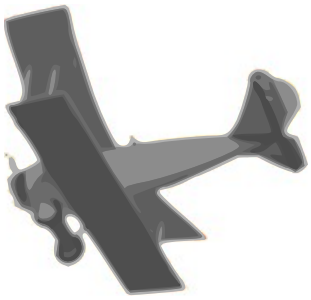
Así varían también los océanos. A los ojos de los simples viajeros, la tempestad se mantiene invisible. Observadas desde lo alto, las olas no ofrecen ningún relieve. Parecen inmóviles.

Solamente grandes palmas blancas se extienden a sus pies, marcadas por nervaduras y rebabas y como aprisionadas en una especie de escarcha. Sin embargo, la tripulación sabe que cualquier clase de amerizaje resulta allí prohibitivo. Aquellas palmas blancas se le presentan como grandes flores venenosas.

E incluso cuando se trata de un viaje feliz, el piloto que navega por el tramo de línea correspondiente, no asiste a un mero espectáculo. No admira aquellos colores de la tierra y del cielo, aquellas huellas del viento en el mar, aquellas nubes doradas del crepúsculo, sino que los medita. Semejante al campesino que recorriendo su dominio prevé, a consecuencia de cien signos, la marcha de la primavera, la amenaza de la helada, el anuncio de las lluvias, el piloto profesional descifra también las señales de la nieve, las señales de las nieblas y las señales de la noche tranquila. La máquina que, al principio, parecía apartarle de los grandes problemas naturales, ahora le somete a ellos con mayor rigor aún. Solo, en medio del vasto tribunal que

un cielo tempestuoso le presenta, el piloto disputa su correo a tres divinidades elementales: la montaña, el mar y la tormenta.

Capítulo 2



Los Compañeros

Fueron algunos de mis compañeros, Mermoz entre ellos, quienes fundaron la línea francesa de Casablanca a Dakar, a través del Sáhara insumiso. Los motores de entonces resistían muy poco y una avería entregó a Mermoz en manos de los árabes, quienes no resolviéndose a matarlo, lo mantuvieron prisionero quince días, liberándolo después, a cambio de un rescate. Y Mermoz continuó transportando su correo por encima de esos mismos territorios.

Cuando se inauguró la línea de América, Mermoz, siempre en la vanguardia, fue encargado de estudiar el trayecto de Buenos Aires a Santiago. Y, del mismo modo en que había trazado un puente sobre el Sahara, hubo de señalar la ruta por encima de los Andes. Se le confió un avión cuya máxima elevación era de cinco mil doscientos metros. Como los picos de la Cordillera se elevan a siete mil, Mermoz despegó en busca de brechas. Así después de la arena, enfrentó la montaña. Aquellos picos que,

con el viento, hacen flamear su velo de nieve. Aquella palidez de las cosas antes de la tormenta, aquellos remolinos tan violentos que, cuando se presentan entre dos murallas de rocas, obligan al piloto a una especie de lucha a cuchillo. Mermoz se dispuso a combatir sin conocer en absoluto al adversario, sin saber si lograría escapar con vida de aquellos abrazos. Mermoz «ensayaba» para los demás.

Al fin, cierto día, a fuerza de «ensayar», se descubrió prisionero de los Andes.

Varados a cuatro mil metros de altura, sobre una meseta de paredes verticales, él y su mecánico intentaron durante dos días evadirse de su cárcel. Habían sido apresados. Entonces jugaron su última carta: lanzaron su avión al vacío rebotando duramente contra el suelo desigual mientras caían hacia el precipicio, hasta alcanzar por fin la velocidad necesaria como para que los mandos fueran nuevamente obedecidos. Mermoz alcanzó a enderezar la nave frente a un pico que rozó y, con el agua saliéndose por todos los tubos reventados durante la noche a causa de la helada y, con el motor parado desde hacía siete minutos, descubrió por último la llanura chilena debajo de él, como una tierra prometida.

Al día siguiente, volaba de nuevo.

Cuando los Andes quedaron bien explorados y cuando la técnica de las travesías estuvo perfectamente a punto, Mermoz confió aquel trayecto a su compañero Guillaumet y se dispuso a explorar la noche.

El alumbrado de nuestras escalas no se hallaba aún organizado. En los campos de aterrizaje, completamente de noche, Mermoz aterrizaba con la débil iluminación de tres fogatas de gasolina.

Mas él se las compuso a su modo y abrió la ruta.

Y así cuando la noche estuvo bien amaestrada, Mermoz ensayó el océano. En 1931, el correo fue transportado por primera vez en cuatro días desde Toulouse a Buenos Aires. Al regreso, Mermoz sufrió una avería en el depósito del aceite. La cosa ocurrió en el centro del Atlántico Sur, con una marejada muy fuerte. Un barco le salvó a él, a su correo y a su tripulación.

Así Mermoz desmalezó las arenas, la montaña, la noche y el mar. Cayó más de una vez en las arenas, en la montaña, en la noche y en el mar. Sin embargo, cuando regresaba, era siempre para volver a partir.

Finalmente, después de doce años de trabajos, mientras sobrevolaba una vez más el Atlántico Sur, señaló, por medio de un breve mensaje, que fallaba el motor derecho de su aparato.

Después, se hizo el silencio.

La cosa no parecía demasiado inquietante. Sin embargo, después de diez minutos sin recibir nuevas noticias, todos los puestos de radio de la línea, desde París hasta Buenos Aires, comenzaron a mostrarse angustiados. Porque, si diez minutos de retraso no significan casi nada en la vida corriente, en la aviación postal adquieren un tremendo significado. En el corazón de ese tiempo muerto se halla encerrado un acontecimiento aún desconocido que, insignificante o desgraciado, ya ha sucedido. El destino ha pronunciado su sentencia y esa sentencia es irrevocable. Una mano de hierro ha conducido ya a un aparato hacia el amerizaje o hacia la catástrofe, pero el veredicto no ha sido comunicado aún a los que esperan.

¿Quién de entre nosotros desconoce esas esperanzas que se tornan cada vez más frágiles, ese silencio que empeora de minuto en minuto como una enfermedad fatal? Esperamos. Pero van pasando las horas y, poco a poco se hace tarde. Al fin tuvimos que convencernos de que nuestros compañeros ya no regresarían, que descansaban para siempre en aquel Atlántico Sur, cuyo cielo habían arado tantas veces. Mermoz, decididamente, se había atrincherado detrás de su obra, semejante al segador que, después de haber sujetado bien su gavilla, se acuesta a reposar en su campo.

Cuando un compañero muere así, su muerte se parece a un acto más de servicio y, al principio, causa quizá menos dolor que otra clase de muerte. Cierto es que se ha alejado, que ha sufrido su último cambio de escala, pero su presencia no nos falta aún con tanta intensidad como podía faltarnos el pan.

Estamos, en efecto, acostumbrados a esperar durante mucho tiempo los encuentros. Porque los compañeros de línea se encuentran dispersos por el mundo, aislados como los centinelas que casi no se hablan. Es necesario el azar de los viajes para que, en algún lugar, se reúnan los miembros de la gran familia profesional. Alguna noche, alrededor de una mesa, en Casablanca, en Dakar o en Buenos Aires, después de años de silencio, se reanudan aquellas conversaciones interrumpidas y se renuevan los viejos recuerdos. Después, se vuelve a partir. De esta forma, la tierra, es, a la vez desierta y rica. Rica en esos jardines secretos, escondidos, difíciles de alcanzar, mas a los cuales nuestro oficio nos conduce siempre, un día u otro. Acaso la vida nos aparta de los compañeros, nos impide pensar mucho en ellos. Sin embargo, sabemos que se encuentran en algún lugar, un lugar ignorado, más o menos silenciosos y olvidados, ¡pero tan fieles! Y si nos cruzamos en su camino, nos sacuden por los hombros con demostraciones cálidas de alegría. Nos hemos acostumbrado a esperar, claro…

No obstante, poco a poco, descubrimos que no volveremos a oír nunca la risa clara de aquél, comprendemos que este jardín se nos ha cerrado para siempre. Entonces, comienza nuestro verdadero dolor, que no llega a la desesperación, pero sí a la amargura.

En efecto, nada ni nadie podrá remplazar jamás al camarada perdido. Los viejos camaradas no se crean. Nada vale tanto como el tesoro de los recuerdos comunes, de tantas horas vividas juntos, de tantos enfados, de tantas reconciliaciones, de los movimientos del corazón. Esas amistades no se reconstruyen. Si se planta un roble, es inútil esperar cobijarse pronto bajo sus ramas.

Así transcurre la vida. Primero nos enriquecemos, después plantamos durante años. Pero vienen los años en que el tiempo deshace aquel trabajo y el bosque se aclara. Los compañeros, uno a uno, nos retiran su sombra. Y a nuestra tristeza se mezcla, en adelante, el íntimo pesar de envejecer.

Tal es la moral que Mermoz y otros como él nos enseñaron. Quizá la grandeza de un oficio consista, más que nada, en unir a los hombres. Sólo existe un lujo verdadero, y es el de las relaciones humanas.

Trabajando únicamente por conseguir bienes materiales, no hacemos sino construirnos nuestra propia prisión. Nos encerramos a solas con nuestra provisión de ceniza que no nos proporciona nada que merezca ser vivido.

Si busco entre mis recuerdos los que me han dejado un sabor duradero, si hago balance de las horas que han valido la pena, siempre me encuentro con aquéllas que no me procuraron ninguna fortuna. No se puede comprar la amistad de un Mermoz, un compañero a quien las pruebas superadas juntos han ligado a nosotros para siempre.

No se puede comprar aquella noche de vuelo con sus cien mil estrellas, aquella serenidad, aquel poder absoluto sentido durante unas cuantas horas.

No se puede comprar ese aspecto nuevo del mundo después de una etapa difícil, esos árboles, esas flores, esas mujeres, esas sonrisas recién coloreadas por la vida que acaba de conducirnos al amanecer, ese conjunto de pequeñas cosas que nos recompensan.

Ni tampoco aquella noche vivida entre rebeldes y de la que acabo de acordarme.

Al caer la tarde, tres tripulaciones de la Aeropostal nos encontramos aterrizados en la costa de Río de Oro. Mi compañero Riguelle había sido el

primero en descender a consecuencia de una rotura de biela. Otro, Bourgat, había bajado a su vez para recoger su equipaje, pero una avería sin importancia le había dejado en tierra. Por fin llegué yo, cuando ya casi había caído la noche. Y decidimos esperar a que se hiciera de día y a que el avión de Bourgat quedara reparado.

Un año antes, nuestros compañeros Gourp y Erable, detenidos a causa de averías, aquí mismo, habían sido asesinados por un grupo de insurrectos. Sabíamos que, en aquel momento, una partida de trescientos fusiles acampaba en algún lugar cerca de Bojador, y que nuestros tres aterrizajes, visibles desde lejos, los habrían puesto sobre aviso. Así comenzábamos una velada que bien podía ser la última.

Nos instalamos, pues, para pasar la noche. Desembarcamos de los baúles de equipaje cinco o seis cajas de mercaderías que, después de vaciadas, colocamos en círculo. En el fondo de cada una de ellas, como en el hueco de una garita, encendimos una miserable vela, apenas protegida contra el viento. Así, en pleno desierto, sobre la cáscara desnuda del planeta, en un aislamiento como el de los primeros años del mundo, construimos un pueblo de hombres.

Agrupados para pasar la noche en aquella gran plaza de nuestro pueblo, en aquel retazo de arena donde nuestras cajas vertían una luz temblorosa, esperamos. Esperábamos el alba que nos salvaría, o, bien, a los árabes. Y no sé por qué había algo en aquella noche que le daba sabor de Nochebuena. Cambiábamos recuerdos, bromeábamos y cantábamos.

Saboreábamos un ligero fervor idéntico al que se experimenta en medio de una fiesta bien preparada. Y, sin embargo, éramos infinitamente pobres. Viento, arena y estrellas. Un estilo duro para monjes trapenses. No obstante, encima de aquel mantel escasamente iluminado, seis o siete hombres que no poseían ya nada en el mundo, sino sus recuerdos, compartían invisibles riquezas.

Por fin nos habíamos encontrado. Los hombres caminamos durante mucho tiempo juntos, pero encerrados en nuestro propio silencio, o intercambiando palabras que no transfieren nada. Mas cuando llega la hora del peligro, entonces nos ayudamos unos a otros. Comprendemos que formamos parte de la misma comunidad. Crecemos al descubrir otras conciencias. Nos miramos y sonreímos. Nos sucede lo que a ese prisionero liberado que se maravilla ante la inmensidad del mar.

¡Felicidad! Es inútil buscarla en otro lugar que no sea en la calidez de las relaciones humanas.

Nuestros sórdidos intereses nos aprisionan dentro de sus paredes. Sólo un compañero nos puede agarrar de la mano y tirar de ella para liberarnos. Es indispensable crear esas relaciones. Se necesita el aprendizaje para saber desempeñar el trabajo. El juego y el riesgo son de gran ayuda. Cuando intercambiamos apretones de manos, cuando competimos en carreras, cuando nos unimos para salvar a alguien en problemas, cuando gritamos en busca de ayuda en la hora del peligro… sólo entonces comprendemos que no estamos solos en la tierra.

Cada hombre debe mirar en su interior para enseñarse a uno mismo el significado de la vida. No es algo que se descubra: es algo moldeado. Podemos romper los muros de esta prisión que la edad del comercio ha creado alrededor de nosotros. Todavía podemos correr libremente, llamar a nuestros compañeros, y maravillarnos de escuchar una vez más, en respuesta a nuestra llamada, el canto patético de la voz humana.

Guillaumet, viejo amigo, voy a decir ahora algunas palabras sobre ti. Aunque procuraré, para no molestarte, no insistir demasiado al hablar de tu valentía o de tu espíritu profesional.

Lo que yo desearía es otra cosa: voy a relatar la más bella de tus aventuras.

Existe una cualidad que no tiene nombre. Quizá podría llamársela «seriedad», mas la palabra no me satisface, ya que la cualidad a que me refiero viene acompañada a veces por la alegría más jovial. Se trata de esa

actitud del carpintero que se instala frente a su pieza de madera, la palpa, la mide, y que no la trata a la ligera, sino que apela para trabajarla, a toda su sabiduría.

He leído en cierta ocasión, Guillaumet, una reseña en la que se elogiaba tu aventura, y tengo una vieja cuenta que ajustar con aquella descripción que no fue nada fiel. Se te presentaba allí lanzando exabruptos de bravucón, como si el valor consistiera en ponerse a gastar bromas de colegial en medio de los más arriesgados peligros y a la hora de la muerte. No te conocían, Guillaumet. Tú no sientes la necesidad de burlarte de tus adversarios antes de encararte con ellos.

Frente a una tempestad, te dices simplemente: «He ahí una tempestad». Y la aceptas y la sopesas.

Yo traigo aquí, Guillaumet, el testimonio de mis recuerdos.

Hacía cincuenta horas que habías desaparecido, en pleno invierno, durante una travesía de los Andes. Yo acababa de regresar desde lo más lejano de la Patagonia y me reuní con el piloto Deley en Mendoza. Uno y otro, por espacio de cinco días, escudriñamos desde nuestros aviones aquel amontonamiento de montañas, sin lograr descubrir nada. Nuestros dos aparatos no bastaban. Nos parecía que ni cien escuadrillas volando durante cien años acabarían jamás de explorar aquel enorme macizo, cuyos picos se elevaban hasta siete mil metros. Habíamos perdido ya toda esperanza. Ni siquiera los contrabandistas, esos bandidos que allá abajo cometen un crimen por cinco francos, se aventuraban a guiar expediciones de socorro por los contrafuertes de la cordillera: «Sería tanto como jugarse la vida. — Decían. Los Andes, en invierno, no devuelven a los hombres». Cuando Deley y yo aterrizamos en Santiago, también los oficiales chilenos nos aconsejaron suspender nuestra búsqueda. «Estamos en invierno. Aunque su compañero haya logrado salir ileso de la caída, no habrá sobrevivido a la noche. Allá arriba, cuando la noche pasa sobre el hombre, lo convierte en hielo». Y cuando, de nuevo, me deslizaba entre las murallas y los gigantescos pilares de los Andes, me parecía que ya no estaba buscándote, sino velando en silencio tu cuerpo en el interior de una catedral de nieve.

Por fin, al séptimo día, mientras yo almorzaba entre dos travesías, en un restaurante de Mendoza, un hombre empujó la puerta y gritó… ¡Oh!, poca cosa:

—¡Guillaumet… vivo!

Y todos los desconocidos que ahí se encontraban se abrazaron.

Diez minutos después, yo había despegado, tras haber cargado a bordo a dos mecánicos, Lefevbre y Abri. Transcurridos cuarenta minutos, aterricé a lo largo de una carretera, habiendo reconocido, no sé cómo, el vehículo que te llevaba no sé adónde, por el lado de San Rafael. Fue un hermoso encuentro. Todos llorábamos y te estrujábamos entre nuestros brazos, vivo, resucitado, autor de tu propio milagro. Fue entonces cuando tú manifestaste, y aquélla fue tu primera frase inteligible, el admirable orgullo de un hombre: «Lo que yo he hecho, te lo juro, ninguna bestia habría sido capaz de hacerlo».

Más tarde, nos relataste el accidente.

Se debió a una tempestad que cubrió con cinco metros de nieve, en cuarenta y ocho horas, la vertiente chilena de los Andes, taponando todo el espacio. Los americanos de la Pan-Air habían dado media vuelta. Tú, sin embargo, despegaste en busca de una rendija en el cielo. Descubriste aquella trampa, un poco más al Sur, y, a seis mil quinientos metros de altitud, sobre las nubes que se cernían a seis mil y entre las cuales emergían únicamente los altos picos de la cordillera andina, pusiste rumbo a Argentina.

Las corrientes descendentes producen a veces en los pilotos una rara sensación de malestar. El motor va perfectamente, pero uno se hunde. Se intenta ascender para mantener la altura, pero el avión pierde velocidad y se torna blando. El hundimiento continúa. Se afloja la mano temiendo haber insistido demasiado en la subida, se deja derivar el avión hacia la derecha o hacia la izquierda para adosarse a la cresta favorable, la que recibe los vientos como un trampolín, pero el aparato sigue hundiéndose. Es como si todo el cielo descendiera. Como estar aprisionado en una especie de accidente cósmico. Ya no hay ningún refugio. Intentas en vano dar media vuelta, con objeto de recuperar, detrás, las zonas donde el aire te sostenía, sólido y lleno como una columna.

Pero ya no hay ninguna columna. Todo se descompone y te deslizas por un desquiciamiento universal hacia la nube que va subiendo blandamente, se levanta hasta ti y te absorbe.

«Había estado ya a punto de chocar. —Nos contabas—. Sin embargo, aún no quería convencerme.

A veces, se encuentran corrientes descendentes por encima de nubes que parecen estables, por la sencilla razón de que, a la misma altitud, se recomponen indefinidamente. Todo es tan raro en la alta montaña…».

«¡Y qué nubes!».

En cuanto comprendí que me hallaba atrapado, solté los mandos y me agarré al asiento para no ser proyectado fuera. Las sacudidas eran tan fuertes que las correas me lastimaban los hombros y hubieran saltado. Además, la escarcha me había privado por completo de todo horizonte instrumental y me hizo rodar como un sombrero de los seis mil a los tres mil quinientos metros.

A tres mil quinientos, entreví una masa negra, horizontal, que me permitió enderezar el avión. Se trataba de un estanque que reconocí: la laguna Diamante. Sabía que estaba situada en una especie de embudo, en uno de cuyos flancos se eleva el volcán Maipú a seis mil novecientos metros.

Aunque me había desembarazado de la nube, continuaba todavía cegado por espesos torbellinos de nieve y no podía alejarme de mi lago sin estrellarme contra una de las paredes del embudo.

Fui dando vueltas alrededor de la laguna, a treinta metros de altura, hasta que se terminó el combustible. Después de dos horas de aquel picadero, descendí y capoté. Cuando logré salir del avión, la tempestad me lanzó contra el suelo. Me levanté y volvió a derribarme. No me quedó más solución que arrastrarme debajo de la carlinga y cavar un hoyo en la nieve. Me envolví allí en bolsas postales y, durante cuarenta y ocho horas, esperé. Después de lo cual, una vez que la tempestad se apaciguó, me puse en marcha. Caminé cinco días y cuatro noches.

¿Qué quedaba de ti, Guillaumet? ¡Te encontramos, sí, pero quemado y reseco, encogido como una vieja! Aquella misma noche, en avión, te conduje a Mendoza, adonde las sábanas blancas se deslizaron sobre ti como un bálsamo. Sin embargo, no te curaban. Te embarazaba aquel cuerpo torturado, que tú movías y removías, sin conseguir alojarlo en el sueño. Tu cuerpo no olvidaba ni las rocas ni las nieves. Ellas te marcaban. Yo observaba tu rostro negro, tumefacto, parecido a un fruto maduro que ha sido golpeado. Estabas muy feo y miserable habiendo perdido el uso de tus hermosos útiles de trabajo: Tus manos seguían entumecidas y cuando, para respirar, te sentabas en el borde de la cama, tus pies helados colgaban como dos pesos muertos. Ni siquiera habías terminado tu viaje. Todavía jadeabas y, cuando te volvías contra la almohada en busca de descanso, una procesión de imágenes que no eras capaz de detener, una comparsa que se impacientaba entre bastidores, comenzaba enseguida a danzar en tu cráneo. Y la procesión desfilaba. Y tú volvías a empezar veinte veces el combate contra los enemigos que resucitaban de entre sus cenizas.

Yo te atiborraba de tisanas:
—¡Bebe, hombre!
—Lo que más me asombró… ¿Sabes…?

Boxeador victorioso, pero marcado por los terribles golpes recibidos, revivías tu extraña aventura. Y te ibas liberando de ella por retazos. Y yo te veía, durante tu relato nocturno, andando, sin pico, sin cuerdas, sin víveres, escalando gargantas de cuatro mil quinientos metros, o progresando a lo largo de paredes verticales, sangrando de los pies, de las rodillas y de las manos, a cuarenta grados bajo cero. Vaciado, poco a poco, de tu sangre, de tus fuerzas y de tu razón, seguías avanzando con una terquedad de hormiga, volviendo sobre tus pasos para rodear el obstáculo, alzándote después de tus caídas o remontando por pendientes que sólo conducían al abismo, sin concederte el menor instante de respiro, porque sabías que no hubieras conseguido levantarte después de tu lecho de nieve.

En efecto, cuando resbalabas, tenías que ponerte de pie inmediatamente, para no convertirte en piedra. El frío te petrificaba de segundo en segundo

y, por haberte permitido, después del aterrizaje, un minuto de descanso de más, te veías obligado, para levantarte, a poner en juego músculos muertos. Resistías a las tentaciones.

«En la nieve —me decías—, se pierde todo instinto de conservación. Después de dos, tres, cuatro días de marcha, lo único que se desea es dormir. También yo lo deseaba. Pero me decía a mí mismo: Si mi mujer cree que estoy vivo, me ve caminando. Los compañeros piensan asimismo que ando. Todos ellos tienen confianza en mí. Y seré un cerdo si no camino».

Y tú caminabas y, con la punta de tu navaja, abrías cada día un poco más el desgarrón de tus zapatos, para que tus pies, que se helaban y se hinchaban, pudieran resistir.

Me hiciste esta extraña confidencia:

«A partir del segundo día, ¿sabes?, mi mayor trabajo consistió en procurar no pensar. Sufría demasiado y mi situación era excesivamente desesperada. Para conservar el valor de seguir andando, era preciso no pensar en ello. Por desgracia, controlaba mal mi cerebro, que trabajaba como una turbina. No obstante, todavía podía escogerle sus imágenes. Lo arrastraba hacia una película, un libro. Y la película o el libro desfilaban en mi imaginación a toda velocidad. Lo malo era que aquello me conducía de nuevo a mi situación actual. De manera irremisible. Entonces lo lanzaba hacia otros recuerdos…».

En una ocasión, si embargo, en que resbalaste y te quedaste tendido boca abajo en la nieve, renunciaste a levantarte. Eras como el boxeador que, vaciado de repente de toda pasión, oye cómo los segundos van cayendo de uno en uno en un universo irreal, hasta el décimo, que es inapelable.

«He hecho todo cuanto he podido y ya no me queda ninguna esperanza, ¿para qué obstinarme en este martirio?». Te bastaba con cerrar los ojos para que el mundo te dejara en paz. Para borrar del universo las rocas, los hielos y las nieves. Apenas cerradas aquellas pupilas milagrosas, ya no habría golpes, ni caídas, ni músculos desgarrados, ni hielo que quemara, ni ese

peso de la vida para arrastrar cuando uno camina como un buey y la vida pesa más que una carreta. Tu saboreabas ya aquel frío que se había convertido en un veneno y que, parecido a la morfina, te llenaba ahora de bienestar. Tu vida se refugiaba alrededor de tu corazón. Algo dulce y precioso se acurrucaba en el centro de ti mismo. Tu conciencia, poco a poco, abandonaba las regiones lejanas de aquel cuerpo que, animal hasta entonces atiborrado de sufrimientos, participaba ya de la indiferencia del mármol.

Incluso tus escrúpulos se calmaban. Nuestras llamadas ya no te alcanzaban o, más exactamente, se transformaban en las llamadas de un sueño. Tú respondías, feliz, con una marcha de ensueño, a zancadas fáciles que te abrían sin esfuerzo las delicias de las llanuras. ¡Con qué facilidad te deslizabas por un mundo que tan agradable se había vuelto para ti! Tu retorno, Guillaumet, decidías, con avaricia, negárnoslo.

Los remordimientos llegaron desde el trasfondo de tu conciencia. Al sueño se mezclaron, de pronto, detalles precisos: «Pensaba en mi mujer. Mi póliza de seguro la libraría de la pobreza. Sí, pero la póliza…».

En los casos de desaparición, la muerte legal se retrasa durante cuatro años. Este detalle se te apareció con tanta claridad que borró todas las demás imágenes. Ahora bien, tu cuerpo estaba ahora tendido boca abajo, en una fuerte pendiente nevada. Y ese cuerpo, al llegar el verano, rodaría con aquel barro hacia una de las mil grietas de los Andes. Tú lo sabías. Pero sabías, asimismo, que una roca emergía a unos cincuenta metros delante de ti: «Pensé: si me pongo en pie, quizá pueda alcanzarla. Y si coloco mi cuerpo apoyado contra la piedra, cuando llegue el verano lo encontrarán».

Una vez en pie, caminaste durante dos noches y tres días.

Sin embargo, no pensabas llegar muy lejos.

«Muchos signos me presagiaban el fin. Por ejemplo, me veía obligado a detenerme cada dos horas, más o menos, para ensanchar un poco mi zapato, friccionar con nieve mis pies que se hinchaban o, sencillamente, para

proporcionar un descanso a mi corazón. Hacia los últimos días, perdía a ratos la memoria. Cuando llevaba ya mucho rato andando, me daba cuenta de que había olvidado algo. La primera vez fue un guante y, con aquel frío, la cosa resultaba grave… Lo había colocado frente a mí y me marché sin recogerlo. Después fue el reloj. Luego la navaja. Más tarde, la brújula. A cada parada, me iba empobreciendo… Lo que salva es dar un paso. Y todavía un paso. Siempre es el mismo paso el que se recomienza».

«Te juro que ninguna bestia habría sido capaz de hacer lo que yo he hecho». Esta frase, la más noble que yo conozca, esta frase que sitúa al hombre en su verdadero lugar, que lo honra, que restablece las auténticas jerarquías, no se me borraba de la memoria. Tú, por fin, te dormías. Tu conciencia quedaba abolida, pero volvería a renacer al despertarse y dominaría de nuevo aquel cuerpo desmantelado, arrugado, quemado. El cuerpo, por consiguiente, no es más que un buen útil, el cuerpo no es más que un servidor. Y este orgullo de poseer un buen útil, tú, Guillaumet, sabías describirlo así:

«Privado de comida, ya puedes imaginar que, al tercer día de marcha…, mi corazón no latía ya muy de prisa… ¡Pues bien! Avanzaba a lo largo de una pendiente vertical, suspendido por encima del vacío, cavando agujeros para colocar mis puños, cuando mi corazón sufrió una avería.

Vaciló, volvió a latir. Por algún tiempo, anduvo a los saltos. Yo sentía que si vacilaba un momento más, me soltaría. Por lo tanto, permanecí inmóvil y escuché en mi interior. Nunca, ¿me oyes?, nunca había estado en mi avión tan pendiente de mi motor como me sentí durante aquellos minutos en que colgaba de mi corazón. Yo le decía:

—¡Anda, haz un esfuerzo! Procura seguir latiendo… ¡Por fortuna, era un corazón de buena calidad! Vacilaba, pero siempre volvía a latir… ¡Si supieras qué orgulloso me sentí de mi corazón!».

En la habitación de Mendoza donde te velaba, te dormiste, por fin, agotado. Y yo pensaba: Si le hablaran de su valor, Guillaumet se limitaría a encogerse de hombros. Pero también supondría una traición ensalzar su modestia. Él está bastante más allá de tal cualidad mediocre. Si alza los

hombros es por sensatez. Él sabe que, una vez metidos en la acción, los hombres ya no tienen miedo. A los hombres únicamente les asusta lo desconocido. Que para cualquiera que lo enfrenta, ya no es lo desconocido. Sobre todo cuando se observa con semejante seriedad lúcida.

El valor de Guillaumet es, ante todo, un efecto de su rectitud. Su verdadera cualidad no reside allí. Su grandeza consiste en sentirse responsable. Responde de sí mismo, del correo y de los compañeros que lo esperan. Sabe que tiene en sus manos la pena o la alegría de aquéllos.

Se siente responsable de todo lo nuevo que se construye allá abajo, entre los vivos, en lo cual él debe participar. Un poco responsable también del destino de los hombres, en la medida de su trabajo.

Él pertenece a ese tipo de hombres generosos que aceptan cubrir amplios horizontes con su sangre. Ser hombre significa, precisamente, ser responsable. Supone conocer la vergüenza frente a una miseria que no parecía depender de uno. Supone sentirse orgulloso de una victoria que los compañeros han conseguido. Supone sentir, al colocar su grano de arena, que se contribuye a construir el mundo.

Se pretende equiparar a tales hombres con los toreros o los deportistas. Se elogia el desprecio a la muerte de éstos. Me río del desprecio a la muerte. Si no arraiga en una responsabilidad aceptada, no es más que un signo de pobreza o de exceso de juventud. Conocí a un suicida joven. No recuerdo qué clase de mal de amores le empujó a dispararse cuidadosamente un tiro en el corazón. Ignoro qué tentación literaria le llevó a ponerse en las manos guantes blancos, pero recuerdo haber sentido frente a aquella triste mascarada una impresión, no de nobleza, sino de mediocridad. Detrás de aquel rostro amable, bajo aquel cráneo de hombre, no había existido nada, absolutamente nada. Sólo la imagen de alguna muchachita boba, como hay tantas.

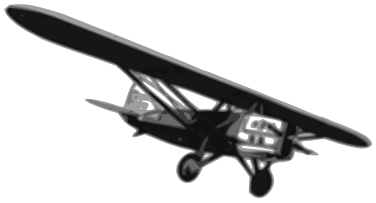
Y frente a aquel destino vacío, recordaba la auténtica muerte de un hombre.

La de un jardinero, que me decía: «¿Sabe usted…? A veces sudaba al cavar. La pierna me dolía por culpa de mi reumatismo y yo maldecía

aquella esclavitud. En cambio hoy, querría cavar, cavar sin tregua la tierra. ¡Cavar me parece ahora tan hermoso! ¡Se siente uno tan libre cuando cava! Y, además, ¿quién va a podar mis árboles cuando yo falte?». Sabía que abandonaba una tierra por desmalezar, que dejaba un planeta por desmalezar. Estaba ligado por el amor a todas las tierras y a todos los árboles de la tierra. ¡Él era el generoso, el pródigo, el gran señor!

Era, al igual que Guillaumet, un hombre valiente cuando luchaba, en nombre de su Creación, contra la muerte.

Capítulo 3



El Avión.

Qué más da, Guillaumet, si tus días y tus noches transcurren controlando manómetros, equilibrándote sobre giroscopios, auscultando el jadeo de los motores, apoyándote contra quince toneladas de metal: los problemas que se te plantean son, después de todo, problemas humanos y, sin duda, tu nobleza es la misma que la del montañero. Tú sabes, como un poeta, saborear el anuncio del alba. Cuántas veces, en lo más profundo de las noches difíciles, has anhelado la aparición de ese pálido ramillete, de esa claridad que brota al Este de las negras tierras. Cuántas veces, esa fuente milagrosa se ha deshelado lentamente frente a ti y te ha curado, justo cuando pensabas que ibas a morir.

El uso de una herramienta inteligente no te ha convertido en un aburrido técnico. Me parece que esos que tanto se espantan de nuestros progresos confunden el fin con los medios. En efecto quien siembra con la única esperanza de lograr bienes materiales no logra nada por lo que valga la pena vivir. La máquina no es un fin. El avión no es un fin: es una herramienta. Una herramienta como el arado.

Si creemos que la máquina echa a perder al hombre es, tal vez, porque nos falta un poco de perspectiva para poder emitir un juicio sobre las consecuencias de cambios tan rápidos como los que nos ha tocado vivir. ¿Qué son cien años de historia de la máquina frente a los doscientos mil años de historia del hombre? Acabamos de instalarnos en este paisaje de minas y centrales nucleares. Acabamos de mudarnos a esta nueva casa, que todavía no hemos ni siquiera terminado de edificar. A nuestro alrededor todo ha cambiado muy deprisa: relaciones humanas, condiciones de trabajo, costumbres. Hasta los fundamentos de nuestra psicología se han visto sacudidos. Las palabras separación, ausencia, distancia, regreso, aunque son las mismas, ya no remiten a las mismas realidades. Para aprehender el mundo de hoy usamos un lenguaje creado para el mundo de ayer, y nos parece que la vida del pasado se adecúa mejor a nuestra naturaleza porque responde mejor a nuestro lenguaje.

Cada progreso nos ha alejado un poco más de unas costumbres que todavía no habíamos tenido tiempo de adquirir, por lo que somos auténticos emigrantes que aún no han podido fundar su patria.

Todos somos como jóvenes ingenuos que se siguen asombrando frente a juguetes nuevos. Por eso competimos con los aviones: éste sube más alto, ése vuela más rápido. Olvidamos el motivo por el que lo hacemos volar. La carrera cobra más importancia que el destino, y siempre ocurre lo mismo. Para el infante del ejército colonizador que funda un imperio, el sentido de la vida es conquistar. El soldado desprecia al colono, pero ¿acaso esa conquista no se lleva a cabo para que el colono pueda afincarse? Del mismo modo, al exaltar nuestros progresos, nos servimos de los hombres para trazar vías férreas, para erigir fábricas, para perforar pozos de petróleo. Casi habíamos olvidado que hacíamos esas obras para que sirvieran a los hombres. Durante la conquista nuestra moral fue una moral de soldados, pero ahora tenemos que colonizar, tenemos que llenar de vida esta casa nueva, que todavía no tiene rostro. La verdad fue, para uno, edificar; la verdad es, para otro, habitar.

Así, poco a poco, nuestra casa se hará más humana. Incluso la máquina, cuanto más se perfecciona, más se difumina detrás de su función. Parece que todo el esfuerzo industrial del hombre, todos sus cálculos, todas las

noches en vela encima de los planos, sólo conduzcan de modo visible a la sencillez. Parece que se necesite toda la experiencia de varias generaciones para perfilar lentamente la curva de una columna, de un casco de barco, de un fuselaje de avión, para lograr la pureza primigenia de un seno o de un hombro. Parece que el trabajo de los ingenieros, de los delineantes, de los analistas del centro de estudios, consiste, aparentemente, en borrar y pulir, en aligerar aquel empalme, equilibrar esta ala hasta que ya no se la note, hasta que ya no sea un ala incrustada en un fuselaje, sino una sola forma que, perfectamente lograda, se ha desprendido de su ganga, una forma que sea como un conjunto misteriosamente ensamblado, espontáneo como un poema. Parece que la perfección se alcanza no ya cuando no queda nada por añadir, sino cuando no queda nada por suprimir. Al término de su evolución la máquina se disimula.

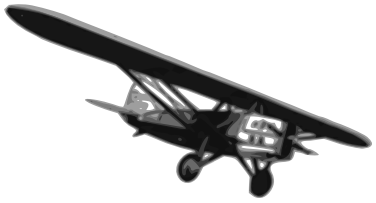
De esta forma, la perfección del invento reside en la ausencia de invención. Y así como en el instrumento se ha ido borrando cualquier mecánica visible, por lo que disponemos de un objeto tan natural como un guijarro pulido por el mar, el manejo de la máquina, admirablemente, consigue que nos olvidemos de ella.

En otro tiempo teníamos que trabajar con un artefacto complicado. Actualmente nos olvidamos de que un motor gira. A fin de cuentas cumple con su función, la de girar, así como un corazón palpita y no por ello nos fijamos en el nuestro. La herramienta ya no absorbe nuestra atención, más allá de sí misma, y gracias a ella encontramos nuestra auténtica naturaleza, la del jardinero, la del navegante o la del poeta.

Es con el agua, con el aire, con lo que entra en contacto el piloto al despegar, cuando marchan los motores, cuando el avión ya surca el mar, con un chapoteo que resuena en el casco como un gong, cuando el hombre puede sentir en sus riñones ese temblor. Entonces, experimenta cómo, segundo a segundo, al ir ganando velocidad, el hidroavión se carga de poder; siente cómo, en esas quince toneladas de materia, se prepara la madurez que propicia el vuelo. El piloto aferra los mandos con las manos y, paulatinamente, recibe en el hueco de las palmas ese poder, como un don. A medida que lo recibe, los órganos metálicos de los mandos se transforman en mensajeros de su fuerza de modo que, cuando ésta llega a su punto, el

piloto, moviendo la mano con suavidad, como si el mando fuera una cucharilla, separa el avión del agua y lo instala en el aire.

Capítulo 4



El avión y el planeta.

1

El avión es una máquina, no hay duda, pero ¡qué instrumento de análisis! Este instrumento nos ha permitido descubrir el auténtico rostro de la tierra, pues durante siglos las carreteras nos han engañado. Éramos como aquella soberana que deseaba visitar a sus súbditos para saber si estaban contentos en su reino. Para engañarla, los cortesanos dispusieron unos cuantos decorados en la carretera y pagaron a algunos figurantes para que danzaran allí. Ella no vio nada de su reino excepto ese delgado hilo conductor, y no supo que a lo largo de los campos quienes morían de hambre la maldecían.

De igual forma nosotros nos desplazábamos a lo largo de carreteras sinuosas que evitando las tierras estériles, las rocas, las arenas, sacian las necesidades del hombre y lo llevan de una fuente a otra. Conducen a los campesinos desde sus granjas a los campos de trigo; recogen en el umbral del establo al ganado todavía dormido y, al alba, lo derraman por los campos de alfalfa. Unen este pueblo con aquél, pues la gente de uno se casa con la gente del otro. Y cuando alguna osa adentrarse en un desierto, no duda en dar veinte rodeos para permitir disfrutar del oasis.

Así, engañados por sus inflexiones como por tantas mentiras piadosas, después de atravesar, a lo largo de nuestros viajes, tantas tierras de regadío, tantos vergeles, tantas praderas, nos hemos ido formando una hermosa imagen de nuestra prisión. Nos hemos creído que este planeta era húmedo y agradable.

Pero nuestra vista se ha aguzado y hemos progresado de modo cruel. Con el avión hemos aprendido lo que era la línea recta. En cuanto despegamos, abandonamos esos caminos que se tuercen hacia los abrevaderos y hacia los establos, o que serpentean de ciudad en ciudad. De ahora en adelante, libres de nuestras queridas servidumbres, sin tener ya necesidad de fuentes, ponemos rumbo hacia metas lejanas. Sólo ahora, desde lo alto de nuestras trayectorias rectilíneas, descubrimos el fundamento esencial, los cimientos de las rocas, de la arena y de la sal, en

los que, algunas veces, la vida, como el musgo en los recovecos de las ruinas, aquí y allá, se atreve a crecer.

Nos convertimos así en físicos, en biólogos, examinando estas civilizaciones que adornan las profundidades de los valles y florecen milagrosamente como parques allí donde el clima les es favorable. Juzgamos al hombre a escala cósmica. Observándolo a través de nuestras ventanillas como a través de aparatos de laboratorio. Estamos releyendo nuestra historia.

2

El piloto que se dirige al estrecho de Magallanes sobrevuela, un poco al Sur de Río Gallegos, una antigua lengua de lava. Esos cascotes levantan sus veinte metros de espesor sobre la planicie. Enseguida descubre una segunda corriente, y una tercera, y, a partir de ahora, cada protuberancia del suelo, cada montículo de doscientos metros, tiene un cráter en el flanco. No son Vesubios orgullosos, sino sencillas bocas de obús emplazadas en la misma llanura.

Actualmente duermen. Sorprende la calma de ese paisaje abandonado en el que mil volcanes, escupiendo fuego, dialogaban entre sí con sus enormes órganos subterráneos. Sobrevolamos una tierra que, adornada por negros glaciares, permanece muda desde entonces.

Más adelante, volcanes más antiguos ya se han vestido con unos dorados matorrales. De vez en cuando un árbol brota en su seno, como una flor en una vieja maceta. A la luz del ocaso, colonizada por briznas de hierba, la planicie brinda el lujo de un parque, y ya casi no se arquea alrededor de las enormes bocas. Salta una liebre, un pájaro echa a volar; la vida ha tomado posesión de un nuevo planeta en el que la tierra por fin se ha impuesto al astro.

Finalmente, un poco antes de Punta Arenas, los últimos cráteres aparecen colmados. Una hierba uniforme abraza con dulzura las sinuosidades de los volcanes. Ese lino suave recubre cada fisura.

La tierra es lisa; las pendientes suaves. Nada hace pensar en sus orígenes. En el flanco de las colinas las matas de hierba borran cualquier signo sombrío.

Ya hemos llegado a la ciudad más meridional del mundo, a la que el azar permitió nacer de una pizca de barro, entre lavas originarias y hielos australes. Cuando se está tan cerca de las negras corrientes de lava, ¡con qué fuerza sentimos el milagro del hombre! ¡Extraño encuentro! No sabes ni cómo, ni por qué, en una determinada era geológica, en un día bendito entre

todos los días, un viajero visitó esos jardines sólo preparados, sólo habitables, durante un breve espacio de tiempo.

He aterrizado en la calma de la noche. ¡Punta Arenas! Me apoyo en una fuente y observo a las chicas. A dos pasos de su encanto siento mucho mejor el misterio humano. En un mundo en el que la vida siempre reencuentra la vida, en el que las flores, en el lecho de viento, se mezclan con las flores, en el que los cisnes conocen a todos los cisnes, sólo los hombres construyen su soledad.

¡Qué grande es el espacio que, entre ellos, se reserva la parte espiritual! El sueño de una joven la aísla de mí. ¿Cómo participar en él para poder encontrarla? ¿Cómo adivinar lo que ocurre en el interior de esa muchacha que vuelve a casa, con la vista baja y sonriendo sola, colmada por fin de fantasías y de mentiras adorables? Con los pensamientos, con la voz, con el silencio de un amante, ha logrado formarse un Reino y, desde ahora, fuera de él, sólo hay salvajes. Me doy cuenta de que, más que en otro planeta, ella está encerrada en su secreto, con sus hábitos, con los ecos musicales de la memoria. Nacida ayer, de los volcanes, de la hierba o de la salmuera del mar, ya es medio diosa.

¡Punta Arenas! Me apoyo en una fuente. Algunas viejas se acercan a por agua; sólo puedo adivinar su drama en sus andares de sirvienta. Un niño llora con la cabeza contra la pared; de él sólo permanecerá en mi recuerdo la imagen de un hermoso niño al que nunca podré consolar.

Soy un extraño. No sé nada. No pertenezco a su Imperio.

* * *

¡Qué pobre es el decorado en el que se representa el juego de odios, de amistades, de humanas alegrías! ¿De dónde sacan los hombres ese anhelo de eternidad, inseguros como están, en una lava todavía tibia y con la amenaza de las arenas, con la amenaza de las nieves? Sus civilizaciones sólo son frágiles adornos: un volcán, un nuevo mar, un soplo de arena las borran.

Esta ciudad parece fundada en verdadero suelo, rico y profundo como una tierra de Beauce, pero olvidamos que la vida, aquí y en todas partes, es

un lujo, y que en ningún lugar hay una tierra lo bastante profunda para sustentar a los hombres. Conozco, a diez kilómetros de Punta Arenas, un estanque que demuestra lo que acabo de decir. Cercado por árboles raquíticos y casas bajas, humilde como la charca del corral de una granja, experimenta, de forma inexplicable, el movimiento de las mareas. Entre tantas realidades apacibles, las cañas, los niños jugando, la charca se rige por otras leyes y, noche y día, prosigue con su acompasada respiración. La energía de la luna opera bajo la superficie uniforme, bajo el hielo inmóvil, bajo la barca destrozada.

Remolinos marinos moldean las profundidades de su negra masa. Allí, bajo la ligera capa de hierba y flores se siguen produciendo extrañas digestiones, desde aquellos parajes hasta el estrecho de Magallanes. En el umbral de una ciudad en la que uno se siente como en su propia casa, bien instalado en la tierra de los hombres, esa charca de cien metros de anchura palpita con el pulso del mar.

3

Habitamos un planeta errante. De vez en cuando, gracias al avión, nos muestra sus orígenes: un estanque que mantiene relaciones con la luna nos revela ocultos parentescos, pero he descubierto otros signos de esa relación.

En la costa del Sáhara, entre Cabo Juby y Cisneros, se sobrevuelan, de trecho en trecho, mesetas cónicas cuya anchura oscila entre varias centenas de pasos y una treintena de kilómetros. Su altura, extrañamente uniforme, es de trescientos metros, pero además de tener el mismo nivel, estas mesetas tienen el mismo colorido, el mismo grano de suelo, el mismo tipo de acantilado.

Así como las columnas de un templo, al emerger de la arena, solas, muestran todavía los vestigios de la techumbre que se derrumbó, estos pilares solitarios dan testimonio de una vasta meseta que antaño los unía.

Durante los primeros años de la línea Casablanca-Dakar, cuando el material era frágil, las averías, las búsquedas, los salvamentos a menudo nos obligaban a aterrizar en territorio rebelde.

Ahora bien, la arena es traicionera: uno se cree que está en el suelo firme y, de sopetón, se hunde. Por lo que respecta a las antiguas salinas, cuya superficie parece rígida como el asfalto y suena a maciza cuando se la golpea con el talón, ceden algunas veces bajo el peso de las ruedas.

En estos casos, la blanca costra de sal se quiebra sobre la hediondez de una ciénaga negra. Por ese motivo y cuando las circunstancias nos lo permitían, escogíamos las lisas superficies de aquellas mesetas: nunca escondían ninguna trampa.

Tal garantía se debía a la presencia de una arena resistente, de granos compactos formados por un amasijo de conchas minúsculas. Intactos aún en la superficie de la meseta, se podían apreciar, fragmentados y aglomerados, cuando se descendía por una arista. En el depósito más antiguo, en la base del macizo, ya sólo era pura piedra caliza.

Durante el cautiverio de Reine y de Serre, unos camaradas habían sido apresados por los disidentes. Después de aterrizar en uno de esos refugios

para depositar al mensajero moro, antes de dejarlo, miramos juntos si había un camino por el que pudiera bajar. Pero, fuera cual fuera la dirección tomada, nuestra terraza terminaba siempre en un acantilado que, arrugado como un retal, se desplomaba verticalmente sobre el abismo. Evadirse era imposible.

Sin embargo, antes de despegar para buscar una pista de aterrizaje en otro lugar, me entretuve allí. Me sentía contento, un poco como un niño, al caminar sobre un territorio que hasta ahora nadie, hombre o animal, había hollado. Ningún moro hubiera podido asaltar esa plaza fuerte.

Nunca ningún europeo había explorado aquel territorio. Recorrí una arena infinitamente virgen.

Yo era el primero que dejaba escurrir aquel polvo de concha, precioso como el oro, entre los dedos de mis manos. En aquella especie de témpano polar que nunca jamás había albergado una sola brizna de hierba, yo era, como grano acarreado por el viento, el primer testimonio de la vida.

Una estrella ya había comenzado a brillar; la contemplé. Pensé que durante cientos de miles de años aquella blanca superficie sólo se había ofrecido a los astros. Mantel sin mácula, desplegado bajo el cielo puro. Así que, cuando a quince o veinte metros, encontré un guijarro negro, me emocioné como si me encontrara en el umbral de un gran descubrimiento.

Descansaba sobre una capa de conchas de trescientos metros de espesor. Aquel enorme asiento impedía la presencia de cualquier piedra. Tal vez algunos fragmentos de sílex dormían en las profundidades subterráneas, fruto de las lentas digestiones del globo, pero ¿acaso no hacía falta un milagro para que una de ellas pudiera emerger hasta la superficie mucho más reciente? Así, con el corazón palpitante, recogí mi hallazgo: un guijarro duro, negro, grande como el puño, pesado como el metal y fundido en forma de lágrima.

Un mantel desplegado bajo un manzano sólo puede recoger manzanas; un mantel bajo las estrellas sólo puede recibir polvo de los astros: nunca un aerolito había mostrado tan claramente su origen.

Y, de forma natural, levanté la vista y pensé que otros frutos debían de haberse desprendido del manzano celeste. Los encontraría en el mismo punto donde cayeron ya que durante cientos de miles de años nada les había

podido alterar y, además, no podían ser confundidos con piedras de otro tipo. Así que me puse a explorar enseguida para verificar mi hipótesis.

Ésta se confirmó. Fui coleccionando mis hallazgos al ritmo aproximado de una piedra por hectárea. Todas tenían el mismo aspecto de pasta amasada, la misma dureza de negro diamante.

Así fue como presencié desde lo alto de mi pluviómetro, durante un breve y sobrecogedor paseo, el lento aguacero del fuego.

4

Pero lo auténticamente maravilloso era que allí, erguida sobre la redonda espalda del planeta, entre el lienzo magnético y las estrellas, había una conciencia de hombre en la que aquella lluvia podía reflejarse como en un espejo. Un sueño sobre un fondo de conchas es un milagro.

Recuerdo ahora otro sueño…

Estaba esperando la llegada del alba, perdido, una vez más, en una región de espesa arena.

Colinas de oro ofrecían su luminosa ladera a la luna, mientras lienzos de sombra se alargaban hasta los linderos de la luz. En aquella cantera desierta, de luna y sombra, reinaba una paz de trabajo interrumpido, pero también un silencio de emboscada en cuyo corazón yo me dormí.

Cuando desperté sólo vi la laguna del cielo nocturno, pues estaba tumbado sobre una cresta, con los brazos en cruz, frente a aquel vivero de estrellas. Como todavía no había comprendido aquella profundidad, sentí vértigo, sentí que, desligado, arrojado en un descenso semejante al del buceador, necesitaba una raíz a la que agarrarme, un techo, una rama de árbol que se interpusiera entre la profundidad y yo.

Pero no me caí. Me sentí clavado a la tierra, de la cabeza a los pies, y, cuando le entregué mi peso, una cierta sensación de paz se apoderó de mí. Como el amor, la gravedad se me antojó soberana.

Notaba que la tierra apuntalaba mis riñones, que me sostenía, que me levantaba, que me transportaba a través del espacio nocturno. Me descubrí pegado al astro por una fuerza semejante a la que, en las curvas, empuja contra los lados del coche, y saboreé aquel apoyo admirable, aquella solidez, aquella seguridad, adivinando bajo mi cuerpo la curva de la cubierta de mi navío.

La conciencia de ser transportado era tan clara que no me hubiera sorprendido oír elevarse, desde las entrañas de la tierra, la queja de la materia que se fuerza y se reajusta, el gemido de los viejos veleros en busca de su morada, el largo y áspero grito de las gabarras contrariadas. Pero en el

espesor de las tierras reinaba el silencio. Me daba cuenta de que el peso sobre mis hombros era armonioso, uniforme, el mismo de toda la eternidad, de que yo habitaba aquella patria como los condenados a galeras que han muerto y que, lastrados con plomo, habitan el fondo del mar.

Y medité sobre mi condición, perdido en el desierto y amenazado, desnudo entre la arena y las estrellas, alejado de los polos de mi vida por demasiado silencio. Sabía que, si ningún avión me encontraba, necesitaría días, semanas, meses, para hallarlos, en el caso de que los moros no me mataran al día siguiente. Allí yo ya no poseía nada, sólo era un mortal, perdido entre la arena y las estrellas, al que sólo le quedaba el consuelo de respirar.

Y, sin embargo, me descubrí repleto de sueños.

Llegaron sin ruido, como agua de fuente y, en un primer momento, no fui consciente de la dulzura que me inundaba. No hubo voces ni imágenes, sino el sentimiento de una presencia, de una amistad muy próxima que ya comenzaba a adivinar. Después lo comprendí y me dejé llevar, con los ojos cerrados, por el embrujo de mi memoria.

En algún lugar existía un parque repleto de abetos negros y de tilos, así como una vieja y querida casa. No importaba que estuviera lejos o cerca, que, reducida a simple sueño, no pudiera darme calor, ni protegerme: bastaba con que existiera para que su presencia llenara mi noche. Yo ya no era un cuerpo varado en una playa, yo ya me orientaba. Era hijo de aquella casa y me sentía colmado por el recuerdo de sus olores, repleto del frescor de sus vestíbulos, de las voces que la animaban. Podía incluso oír el croar de las ranas en el estanque. Yo necesitaba de esos mil puntos de referencia para encontrarme conmigo mismo, para descubrir las ausencias que daban sabor a aquel desierto, para encontrarle un sentido a aquel silencio hecho de mil silencios, en el que incluso las ranas callaban.

No, ya no vivía entre la arena y las estrellas. De aquel decorado sólo recibía un mensaje frío e, incluso, me daba cuenta del origen del sabor a eternidad que había creído recibir de él. Volvía a ver los solemnes armarios de la casa, mostrando, entreabiertos, montones de sábanas blancas como la nieve; mostrando, entreabiertos, provisiones heladas de nieve. La vieja ama de llaves se apresuraba como un ratón de uno a otro, siempre revisando,

desplegando, volviendo a doblar, contando la ropa blanca, exclamando: «Dios mío, ¡qué desastre!», corriendo, a la menor señal de deterioro que pusiera en peligro la eternidad de la casa, a quemarse la vista bajo una lámpara para zurcir la trama de los tapetes de altar, para remendar aquellas velas de barco de tres palos, para servir a no se qué cosa mayor que ella, a un Dios o a un navío.

¡Claro que te debo una página! Cuando volvía de mis primeros viajes, Señorita, te encontraba con la aguja en la mano, sepultada entre sobrepellices blancas hasta las rodillas, un poco más arrugada cada año, un poco más pálida, preparando siempre con tus manos aquellas sábanas sin arrugas para nuestros sueños, aquellos manteles sin costuras para nuestras cenas, acontecimientos de cristalería y de luz. Te visitaba en tu lavandería y me sentaba frente a ti. Te contaba los casos en los que había estado en peligro de muerte para que te emocionaras, para abrirte los ojos al mundo, para corromperte. Me decías que yo no había cambiado, que ya de niño me hacía agujeros en la camisa —¡qué chico!—, que me despellejaba las rodillas y luego, como esta noche, volvía a casa para que me curaras. ¡Ahora no, Señorita, esta vez no!, esta vez no venía del parque, sino del otro lado del mundo, y conmigo traía el acre olor de la soledad, los torbellinos de los vientos de arena, el resplandor de las lunas del trópico. Claro, me decías, los chicos corren, se rompen los huesos y se creen que son muy fuertes. ¡Le digo que no, Señorita, que este vez he visto lo que hay más allá del parque! Si supieras lo poquita cosa que son estas enramadas, lo lejos que uno las siente cuando se encuentra entre las arenas, las losas de granito, las selvas vírgenes, las marismas de tierra. ¿Sabes, al menos, que existen territorios donde los hombres, en cuanto nos ven, nos encañonan con el rifle? ¿Sabes, Señorita, que hay desiertos donde, durante la noche, con un frío glacial, dormimos sin techo, sin cama, sin sábanas…?

¡Pillastre!, me llamabas.

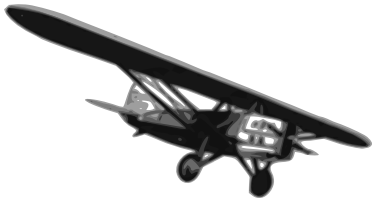
Yo no conseguía hacer mella en su fe más de lo que hubiera logrado con la fe de una monja. Y su destino humilde, que la volvía ciega y sorda, me apenaba…

Sin embargo, aquella noche, desnudo entre la arena y las estrellas le hice justicia.

No sé lo que me ocurre. Esta gravedad me ata al suelo, a pesar de la fuerza magnética de tantas estrellas. Otra gravedad me atrae hacia mí mismo. ¡Siento que mi peso me arrastra hacia tantas cosas! Mis sueños son más reales que estas dunas, que esta luna, que estas presencias. ¡Ah!, lo maravilloso de una casa no estriba en que nos abrigue o en que nos proporcione calor, ni en poseer sus paredes, sino en que ella, lentamente, ha ido depositando en nosotros tales provisiones de amor, ha ido formando, en el fondo de nuestro corazón, ese macizo oscuro del que brotan, como el agua de una fuente, los sueños…

¡Sáhara mío, mi Sáhara, una hilandera de lana te ha embrujado!

Capítulo 5



Oasis.

Tanto os hablé del desierto que, antes de seguir hablando de él, me gustaría describir un oasis. La imagen que tengo de él no está perdida en el fondo del Sáhara. Otro milagro del avión es que te sumerge directamente en el corazón del misterio. Eres un biólogo, estudiando, tras el tragaluz, el hormiguero humano; consideras, fríamente, esas ciudades asentadas en la planicie, en el centro de los caminos que se abren en forma de estrella y las alimentan, a la manera de arterias, con el jugo de los campos. Pero una aguja ha temblado en el manómetro y esa verde espesura se ha vuelto un universo. Eres prisionero de un campo de hierba en un parque adormecido.

No es la distancia lo que mide el alejamiento. La pared de un jardín doméstico puede encerrar más secretos que la Muralla China, y el alma de una niña está mejor protegida por el silencio, que lo están los oasis saharianos por el espesor de las arenas.

Voy a contaros una breve escala realizada por ahí, en alguna parte en el mundo. Tuvo lugar cerca de Concordia, en Argentina, pero hubiera podido

ser en cualquier otro lugar: en todos los lugares existe el misterio.

Había aterrizado en su campo y no sabía que iba a vivir un cuento de hadas. El viejo Ford en el que iba, no ofrecía nada de particular ni tampoco la familia que me había recogido.

—Pasará usted la noche en nuestra casa.

Detrás de un recodo del camino surgió, a la luz de la luna, un bosquecillo y detrás de esos árboles, una casa. ¡Era tan extraña! Compacta, maciza, casi una ciudadela. Castillo de leyenda que ofrecía, al franquear el porche, un refugio tan apacible, tan seguro, tan protegido como un monasterio.

Entonces aparecieron dos muchachas. Me examinaron con seriedad, como dos jueces apostados en el umbral de un reino prohibido. La más joven hizo una mueca de enojo y golpeó el suelo con una varilla de madera verde. Una vez presentado, ellas me tendieron sus manos en silencio, con un aire de curioso desafío, y desaparecieron.

Aquello me divertía y me encantaba. Todo era simple, silencioso y furtivo como la primera palabra de un secreto.

—Ya lo ve. Son ariscas —dijo el padre con naturalidad.

Y entramos.

Me atraía, en el Paraguay, esa hierba irónica que asoma la nariz entre el pavimento de la capital y que, de parte de los invisibles bosques vírgenes, viene a ver si los hombres mantienen aún la ciudad, si no ha llegado la hora de sacudir un poco todas esas piedras. Me gustaba esa forma de deterioro que no expresaba sino una riqueza demasiado grande. Pero allí, de verdad, quedé maravillado.

Pues todo estaba ruinoso, y lo estaba adorablemente, a la manera de un viejo árbol cubierto de musgo al que la edad ha resquebrajado un poco, a la

manera del banco de madera en el que los enamorados van a sentarse desde hace diez generaciones. Los revestimientos de madera estaban ajados, los batientes estaban raídos, las sillas patizambas. Pero si aquí no se reparaba nada, en cambio se limpiaba con fervor. Todo estaba pulcro, encerado, brillante.

El salón adquiría un rostro de extraordinaria intensidad como el de una anciana con arrugas. Yo admiraba todo: las grietas de las paredes, las desgarraduras en el techo y, por encima de todo, ese piso hundido aquí, bamboleándose allá, como una pasarela, pero siempre bruñido, barnizado lustrado. Curiosa casa que no dejaba ver ninguna negligencia, ningún abandono, sino un extraordinario respeto. Cada año añadía, sin duda, algo a su encanto, a la complejidad de su rostro, al fervor de su atmósfera amiga, como por lo demás a los peligros del viaje que era preciso emprender para pasar de la sala al comedor.

—¡Cuidado!

Era un agujero. Se me hizo observar que en semejante agujero me hubiese roto, fácilmente, las piernas. Nadie era responsable de ese agujero: era la obra del tiempo. Este menosprecio por dar cualquier explicación les confería un aire de grandes señores. No decían: «Podríamos tapar todos esos agujeros, somos ricos, pero…». Tampoco decían, aunque era cierto: «Hemos alquilado esto a la ciudad durante treinta años, a ellos les compete repararlo. Pero, son unos cabezotas…».

Desdeñaban las explicaciones y esa pachorra me encantaba. A lo más se me hizo observar:

—Ya lo ve. Esto está un poco estropeado…

Pero, con un tono tan ligero, que yo sospechaba que mis amigos se entristecían poco ante el hecho. ¿Se imaginan ustedes a un equipo de albañiles, de carpinteros, de ebanistas, de revocadores instalando, en semejante pasado, su sacrílega utilería y rehaciéndonos en ocho días, una casa que uno nunca hubiera conocido y donde uno se creería de visita? ¿Una casa sin misterios, sin rincones, sin trampas bajo los pies, sin escondrijos? ¿Una especie de salón municipal?

De un modo muy natural habían desaparecido las jóvenes en esa casa de prestidigitación. ¡Cómo debían de ser los desvanes cuando el salón contenía ya las riquezas de un granero! Se adivinaba que, de la menor alacena entreabierta, caerían paquetes de cartas amarillas, recibos del bisabuelo, más llaves que cerraduras existen en la casa y de las cuales ninguna, con seguridad, correspondería a cerradura alguna. Llaves maravillosamente inútiles que confunden la razón y que hacen soñar con subterráneos, con cofres enterrados, con luises de oro.

—¿Le parece bien que nos sentemos a la mesa?

Pasamos a la mesa. Aspiraba, de una a otra pieza, esparcida como incienso, ese olor de vieja biblioteca que vale por todos los perfumes del mundo. Y, sobre todo, me atraía el trajín de las lámparas. Auténticas lámparas pesadas, que se acarreaban de una pieza a la otra, como en los más profundos tiempos de mi infancia y que componían en las paredes, maravillosas sombras: negras palmeras y abanicos de luz. Luego, una vez en su sitio, se movilizaban las playas de claridad y esas vastas reservas de noche, en derredor, donde crujían las maderas.

Las dos jóvenes reaparecieron tan misteriosamente, tan silenciosamente como se habían desvanecido. Se sentaron a la mesa con gravedad. Sin duda habían alimentado a sus perros, a sus pájaros, abierto sus ventanas a la noche clara y saboreado en el viento de la noche el olor de las plantas. Ahora, al desplegar sus servilletas, me vigilaban con el rabillo del ojo, con prudencia, preguntándose si me clasificarían o no en el catálogo de sus animales familiares, pues ellas poseían también una iguana, una mangosta, un zorro, un mono y abejas. Todos ellos viviendo entremezclados, entendiéndose maravillosamente, componiendo un nuevo paraíso terrenal.

Reinaban sobre todos los animales de la creación, encantándolos con las caricias de sus pequeñas manos, alimentándolos, dándoles de beber y contándoles historias que, desde la mangosta a las abejas, todos escuchaban.

Yo ya contaba con ver a las dos jóvenes tan vivaces poniendo en juego todo su espíritu crítico, toda la finura de que eran capaces para formular un juicio rápido, secreto y definitivo sobre el ser masculino que las enfrentaba.

En mi infancia mis hermanas atribuían, del mismo modo, notas a los invitados que por primera vez honraban nuestra mesa. Y cuando la conversación decaía se escuchaba, repentinamente, en el silencio, resonar un:

—¡Once!

Cuyo encanto nadie, salvo mis hermanas y yo, podía saborear.

Conocer las reglas de ese juego me turbaba un poco. Me sentía más molesto al sentir tan despiertos a mis jueces. Jueces que saben distinguir los animalitos que engañan de los animales ingenuos; que saben leer en los pasos del zorro si está o no de humor abordable, que poseen un grandísimo conocimiento de los movimientos interiores.

Amaba esos ojos tan agudos y esas almitas tan rectas, pero cómo hubiera preferido que ellas cambiasen de juego. Sin embargo, bajamente y por miedo al «once», servilmente, yo les alcanzaba la sal, les servía vino, pero encontraba, al alzar la mirada, su dulce gravedad de jueces que no se venden.

Hasta la misma lisonja hubiera sido inútil: ellas ignoraban la vanidad. La vanidad pero no el hermoso orgullo. Ellas, sin necesidad de mi ayuda, tenían un concepto de sí mismas mucho más alto de lo que yo me hubiera atrevido a expresar. No pensaba siquiera en extraer prestigio de mi oficio, pues es también audacia el trepar hasta las últimas ramas de un plátano y ello simplemente para controlar si la nidada de pájaros crece sin tropiezos o para saludar a los amigos.

Mis dos silenciosas hadas vigilaban tan bien mi comida, con tanta frecuencia hallaba sus miradas furtivas, que cesé de hablar. Se produjo un silencio y durante el mismo algo silbó ligeramente sobre el piso, murmuró bajo la mesa y luego se calló. Alcé una intrigada mirada. Entonces, sin duda, satisfecha de su examen, utilizando su último recurso y mordiendo el pan con sus jóvenes dientes salvajes, la menor me explicó simplemente con

un candor con el cual confiaba, por lo demás, dejar estupefacto al bárbaro si acaso yo era uno de ellos:

—Son las víboras.

Y se calló, satisfecha, como si la explicación hubiera debido bastar a cualquiera que no fuera demasiado tonto. Su hermana lanzó una rapidísima mirada para juzgar mi primer movimiento y ambas inclinaron sobre sus platos los rostros más dulces e ingenuos del mundo.

—¡Ah!… Son las víboras…

Naturalmente que se me escaparon esas palabras. Algo se me había deslizado por mis piernas, había rozado mis pantorrillas, y ese algo eran las víboras.

Afortunadamente, sonreí. Y no por obligación: pues ellas lo hubiesen descubierto. Sonreí porque estaba alegre, porque esta casa me gustaba, decididamente, más a medida que pasaban los minutos, y porque yo también experimentaba el deseo de saber algo más acerca de las víboras.

La mayor acudió en mi ayuda:

—Ellas tienen su nido en un agujero bajo la mesa.

—Alrededor de las diez de la noche vuelven. —Añadió la hermana—. Cazan de día.

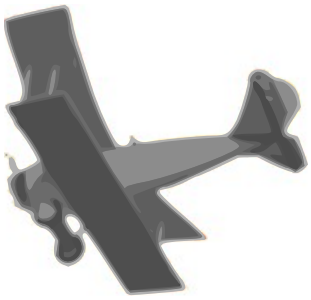
A mi vez, a hurtadillas, miré a las jóvenes. Su finura, su risa silenciosa detrás de los rostros apacibles. Admiré la majestuosidad con la que gobernaban su reino…

Ahora, me parece un sueño. Todo ello queda muy lejos. ¿Qué se ha hecho de esas dos jóvenes?

Sin duda se han casado. Pero, entonces, ¿han cambiado? Es muy serio pasar del estado de muchachas al de mujer. ¿Qué estarán haciendo en su nueva casa? ¿Qué se ha hecho de sus relaciones con los hierbajos y las serpientes? Ellas formaban parte de algo universal. Pero llega un día en que

la mujer se despierta dentro de la joven. Una sueña con otorgar, finalmente, un diecinueve. Un diecinueve pesa en el fondo del corazón. Entonces se presenta un imbécil. Por primera vez, la aguda mirada se equivoca y se ilumina con bellos colores. Si el imbécil hace versos, creen que es poeta. Se cree que comprende los pisos agujereados, se cree que ama a las mangostas. Se cree que lo halaga la confianza de una víbora que cimbrea bajo la mesa entre las piernas. Se le entrega el corazón que es un jardín salvaje, a él, que sólo ama los parques cuidados de la ciudad. Y el imbécil se lleva, como esclava, a la princesa.

Capítulo 6



En el desierto.

1

Días de asueto tan dulces como esos nos estaban prohibidos cuando sin descanso, pasábamos semanas, meses, años, prisioneros de las arenas, navegando como pilotos de línea en el Sáhara de un fortín a otro. El desierto no ofrecía ningún oasis parecido al anterior: ¡jardines y muchachas!

¡Qué sueño! Claro que, muy lejos, mil chicas nos esperaban allí, donde una vez terminado el trabajo, podríamos regresar para volver a vivir; allí, entre libros o mangostas, con paciencia, ellas estaban modelando sus almas deliciosas, se embellecían…

Yo conozco la soledad. Tres años de desierto me han enseñado como sabe. Allí no da miedo dejarse la juventud en una tierra mineral. Lo que parece envejecer, lejos de uno, es el resto del mundo. Los árboles ya han dado sus frutos, las tierras se han cubierto de trigo, las mujeres ya son hermosas. La estación avanza, habría que darse prisa en volver… La estación avanza, pero uno se encuentra retenido muy lejos… Y los bienes de la tierra resbalan entre los dedos como la fina arena de las dunas.

Por regla general, los hombres no se dan cuenta de transcurso del tiempo. Viven en una paz provisional. Pero nosotros, cuando hacíamos una escala, cuando nos abrumaban esos vientos alisios que nunca paran, nosotros sí que nos dábamos cuenta. Parecíamos ese viajero del tren, ensordecido por el ruido de los ejes que traquetean en la noche, que adivina, gracias a los puñados de luz que se dilapidan tras el vidrio de la ventanilla, el fluir de los campos, de los pueblos, de las haciendas encantadas, de los que no puede retener nada puesto que está viajando.

A pesar de la calma que reinaba en la escala, animados por una ligera fiebre, con los oídos silbando todavía a causa del ruido del vuelo, a nosotros también nos parecía estar viajando.

También nos descubríamos, encarando el empuje de los vientos, levados por los latidos de nuestros corazones hacia un futuro desconocido.

Al desierto se sumaba la disidencia. Cada cuarto de hora, las noches de Cabo Juby se veían interrumpidas por una suerte de campanada de reloj: los centinelas se daban la voz de alerta con un fuerte grito reglamentario. El fuerte español, perdido en territorio rebelde, se protegía así de amenazas sin rostro. Y nosotros, los pasajeros de ese ciego bajel, escuchábamos la llamada que progresivamente crecía y describía orbes de aves marinas sobre nosotros.

Sin embargo, nosotros amamos el desierto.

Si al principio sólo hay vacío y silencio, es porque no se entrega a amantes ocasionales.

Cualquier pueblo de nuestra tierra también se nos oculta así si por él no renunciamos al resto del mundo, si no penetramos en sus tradiciones, en sus costumbres, en sus rivalidades, lo ignoramos todo sobre la patria que para algunos representa. O más aún: a dos pasos de nosotros, el hombre que se ha aislado en su claustro y que vive según unas reglas que nos son desconocidas ha alcanzado una soledad tibetana, se encuentra en una lejanía a la que nunca ningún avión podrá llegar. ¿Qué se nos ha perdido en su celda? Está vacía. El imperio del hombre es interior. De la misma forma el desierto no está hecho de arena, ni de tuaregs, ni siquiera de moros armados…

Hoy hemos tenido sed y, sólo hoy, hemos descubierto que aquel pozo del que teníamos noticia se derrama en el espacio. Una mujer invisible puede embrujar del mismo modo una casa. Un pozo, como el amor, llega muy lejos.

Al principio, las arenas son desiertos; después llega el día en que temiendo la proximidad de un *rezzou*, leemos en ellas los pliegues del manto con el que se envuelven.

Aceptamos las reglas del juego y el juego nos forma a su imagen. En nosotros se revela el Sáhara. Abordarlo no consiste en visitar el oasis, es hacer de una fuente nuestra religión.

2

Ya desde mi primer viaje descubrí el sabor del desierto. Riguelle, Guillaumet y yo habíamos tenido una avería cerca del fortín Nouakchott. Este pequeño emplazamiento de Mauritania estaba entonces tan aislado de cualquier ser viviente como un islote perdido en el mar. Un viejo sargento vivía allí, encerrado con sus quince senegaleses. Nos recibió como a enviados del cielo:

—¡Ah! No saben lo que significa para mí poder hablar con ustedes… ¡Para mí es muy importante!

Significaba mucho para él; estaba llorando.

—Son ustedes los primeros desde hace seis meses. Me abastecen cada seis meses. A veces viene el teniente, a veces el capitán. La última vez fue el capitán…

Nosotros todavía estábamos atontados. A dos horas de Dakar, donde nos están preparando el almuerzo, saltan las bielas y nuestro destino cambia. Ahora representamos el papel de una aparición celestial frente a un viejo sargento que llora.

—¡Beban! Para mí es un honor poder ofrecerles vino. ¡Miren! Cuando pasó el capitán ya no me quedaba ni para él.

He narrado esta escena en un libro, pero no era una escena novelesca. El hombre nos dijo:

—La última vez ni siquiera pude brindar. Me dio tanta vergüenza que pedí el relevo.

¡Brindar! ¡Beber un buen vaso con el otro, que acaba de saltar del dromedario chorreando sudor!

Durante seis meses había vivido esperando ese momento. Hacía un mes que se lustraban las armas, que se adecentaba el puesto, del sótano al desván, y ya, desde hacía unos días, sintiendo la cercanía del día señalado, desde lo alto de la terraza oteaban el horizonte, incansablemente, para descubrir el polvo en el que envolverá, cuando aparezca, el pelotón móvil de Atar…

Pero falta el vino: no se puede celebrar la fiesta. No se puede brindar. Uno se siente deshonrado…

—Tengo prisa por que vuelva. Le espero…

—¿Dónde está sargento?

Y el sargento, señalando las arenas:

—No se sabe, ¡ese capitán está en todas partes!

También fue real la noche pasada en la terraza del fortín, hablando de las estrellas. No había otra cosa que vigilar. Estaban allí al completo, como en el avión, pero estables.

En el avión, cuando la noche es demasiado bella, te dejas llevar, casi no pilotas, y, poco a poco, el aparato se inclina a la izquierda. Crees que vuelas horizontal cuando bajo el ala derecha descubres un pueblo. En el desierto no hay pueblos. Otras veces, lo que descubres es una flota pesquera en el mar. Pero, en el mar del Sáhara no hay flotas de pesca. En esos casos te ríes de tu descuido y, suavemente, enderezas el avión. El pueblo vuelve a su sitio, se vuelve a colgar en la panoplia la constelación que se ha dejado caer. ¿Un pueblo? Sí, un pueblo de estrellas. Sin embargo, desde lo alto del fortín, solo se ve un desierto que parece helado, inmóviles olas de arena, constelaciones perfectamente ordenadas, y el sargento nos habla de ella:

—¡Miren! Mis rutas me las sé muy bien… Rumbo a esa estrella, ¡directos a Túnez!

—¿Eres de Túnez?

—No. Mi prima.

El silencio se prolonga. Sin embargo, el sargento no se atreve a escondernos nada.

—Un día yo iré a Túnez.

Claro que sí, pero no siguiendo esa estrella, a menos que, en una expedición, un pozo seco lo entregue a la poesía del delirio, en cuyo caso la estrella, su prima y Túnez se confundirán y, entonces, alucinado emprenderá ese camino que los profanos creen doloroso.

—Una vez le pedí al capitán un permiso para ir a Túnez, a ver a mi prima. Y me contestó…

—¿Qué te respondió?

—Me dijo: «El mundo está lleno de primas», y, como quedaba más cerca, me mandó a Dakar.

—¿Era guapa, tu prima?

—¿La de Túnez? Claro, era rubia.

—No, la de Dakar.

Sargento, al oír tu respuesta un poco despechada y melancólica, te habríamos dado un beso.

—Es negra…

¿Qué era el Sáhara para ti, sargento? Era un dios caminando siempre hacia ti. Era, también, la dulzura de una prima rubia detrás de cinco mil kilómetros de arena.

¿Qué era el desierto para nosotros? Era lo que nacía en nuestro interior, lo que aprendíamos sobre nosotros mismos. Aquella noche también nosotros estuvimos enamorados de una prima y de un capitán…

3

Situado en la frontera con los territorios rebeldes, Port-Étienne no es una ciudad. Allí hay un fortín, un hangar y una barraca de madera para nuestras tripulaciones. A su alrededor el desierto es tan absoluto que, a pesar de sus débiles recursos militares, Port-Étienne es casi inexpugnable.

Para atacarlo hay que franquear un cinturón de arena y fuego tan inmenso que los *rezzous*, una vez agotadas las provisiones de agua, sólo conseguirían alcanzarlo al límite de sus fuerzas. Sin embargo, en un tiempo inmemorial, hubo, procedente de algún lugar del norte, un *rezzou* sobre Port-Étienne. Cada vez que el gobernador general viene a tomar una taza de té con nosotros nos enseña su marcha sobre el mapa, como quien cuenta una leyenda de una hermosa princesa. Pero ese *rezzou* nunca llega, tragado por la arena como un río, y nosotros lo llamamos el *rezzou* fantasma.

Las granadas y los cartuchos que por la noche nos distribuye el gobierno descansan en sus cajas, al pie de nuestros lechos. El silencio es el único enemigo contra el que tenemos que luchar, protegidos, sobre todo, por nuestra pobreza. Lucas, el jefe de aeropuerto, día y noche hace sonar el gramófono que, tan lejos de la vida, nos habla un lenguaje semiolvidado que nos provoca una melancolía sin objeto, una melancolía que, curiosamente, se parece mucho a la sed.

Esta noche hemos cenado en el fortín y el gobernador general nos ha enseñado con orgullo su jardín. Se hizo traer de Francia, en efecto, tres cajas llenas de tierra auténtica que, para llegar, tuvieron que franquear cuatro mil kilómetros. En ellas crecen tres habas verdes que acariciamos con los dedos, como si fueran joyas. Cuando habla de ellas, el capitán dice: «Es mi parque» y, cuando sopla el viento del desierto, que todo lo seca, bajan el parque al sótano.

Nosotros vivimos a un kilómetro del fuerte y, después de la cena, regresamos a casa a la luz de la luna. Bajo la luna la arena es de color rosa. Sentimos nuestra desnudez, pero la arena es de color rosa. De repente, el

grito de un centinela restablece el patetismo. Todo el Sáhara se asusta de nuestras sombras y nos interroga porque un *rezzou* está en camino.

Todas las voces del Sáhara resuenan en el grito del centinela. El desierto ya no es una casa vacía: una caravana mora magnetiza la noche.

Podríamos sentirnos seguros, pero las enfermedades, los accidentes, los *rezzou*, ¡cuántas amenazas se aproximan! Sobre la tierra el hombre es un blanco para tiradores secretos, y el centinela senegalés, como un profeta, nos lo recuerda.

Respondemos: «¡Franceses!», y pasamos frente al ángel negro. Y respiramos mejor. ¡Qué nobleza nos ha devuelto esta amenaza…! ¡Tan lejana, tan poco apremiante, tan amortiguada por tanta arena! Pero el mundo ya no es el mismo. Ese desierto se ha vuelto suntuoso. Un *rezzou* en camino, en alguna parte, que nunca llegará, le ha devuelto la divinidad.

Ahora son las once de la noche. Lucas vuelve del puesto de radio y me anuncia la llegada del avión de Dakar a medianoche. Todo marcha a bordo. A las doce y diez se habrá hecho el transbordo del correo a mi avión y yo despegaré hacia el norte. Delante de un espejo desportillado me afeito con cuidado. De vez en cuando, con la toallita al cuello, me dirijo a la puerta y miro la arena desnuda. Hace buen tiempo, pero el viento amaina. Vuelvo al espejo y me pongo a pensar. Si el viento, que han pronosticado que soplará durante meses, amaina puede haber problemas en el cielo. Me preparo: las linternas de emergencia en la cintura, el altímetro, los lápices. Voy a ver a Néri, que esta noche será mi operador de radio. También él se está afeitando. Le digo: «¿Va todo bien?». Por ahora todo va bien. Esta operación preliminar es la menos difícil de todo el vuelo. Sin embargo, oigo un chisporroteo. Una libélula se ha estrellado contra mí lámpara. Sin saber por qué se me ha encogido el corazón.

Salgo otra vez y miro: todo está limpio. Un acantilado que bordea el campo de aterrizaje se recorta contra el cielo como si fuera de día. En el desierto reina un profundo silencio de casa en orden. Una mariposa verde y dos libélulas golpean mi lámpara y experimento sentimiento de gozo, o tal vez de miedo, que, oscuro todavía, sin apenas anunciarse, sube de mi interior. Desde lejos alguien me está hablando. ¿Debe de ser el instinto?

Salgo otra vez: el viento ha amainado del todo. Sigue haciendo fresco. He recibido un aviso. Adivino. Creo adivinar lo que me espera.

¿Tengo razón? Ni el cielo ni la arena me han dado ninguna señal, pero dos libélulas me han hablado, y una mariposa verde también.

Subo a una duna y me siento cara al Este. Si tengo razón, «Eso» no tardará mucho tiempo en llegar. ¿Qué estarían buscando esas dos libélulas a cientos de kilómetros de los oasis del interior?

Pobres despojos arrastrados hasta la playa prueban que un ciclón se ensaña en el mar. Del mismo modo, estos insectos me avisan de que una tormenta de arena está en marcha; una tormenta del Este, que ha devastado los lejanos palmares y sus verdes mariposas. Su espuma ya me ha salpicado. Y solemne, porque es una prueba, solemne, porque es una sombría amenaza, solemne, porque encierra una tormenta, el viento del Este vuelve a soplar. Es como si su débil suspiro apenas me hubiera rozado. Sólo soy un extremo lamido por la ola. Ni una hoja se hubiera movido a veinte metros detrás de mí. Su quemadura sólo me ha rozado una vez, sólo una, con una desfallecida caricia. Pero sé muy bien que durante los próximos segundos el Sáhara recobrará el aliento y lanzará su segundo suspiro; que, antes de tres minutos, nuestro hangar se estremecerá con la fuerza del viento; que, antes de diez minutos, la arena cubrirá el cielo, y que nosotros despegaremos enseguida, en medio de este fuego, de este regreso de las llamas del desierto.

Pero no es eso lo que me conmueve. Lo que me llena de un salvaje gozo es haber comprendido, a medias, un lenguaje secreto, haber olfateado un rastro, como un hombre primitivo a quien el futuro se le revela con apagados susurros. Lo que me llena de gozo es haber leído esta cólera en el aleteo de una libélula.

4

Allí abajo estábamos en contacto con los moros insumisos. Surgían de lo hondo de los territorios prohibidos, de aquellos territorios que nosotros franqueábamos durante los vuelos; se aventuraban hasta los fortines de Juby o de Cisneros para comprar pan de azúcar o té, después se sumergían de nuevo en su misterio. Durante su visita intentábamos ganarnos a alguno de ellos.

Cuando se trataba de jefes influyentes, algunas veces y de acuerdo con la dirección, los subíamos a bordo para enseñarles el mundo. Pretendíamos rebajar su orgullo, ya que era por despecho más que por odio por lo que ellos asesinaban a los prisioneros. Cuando se cruzaban con nosotros, cerca de los fortines, ni siquiera nos insultaban; se apartaban y escupían. Sacaban ese orgullo de su ilusión de poder. Cuántos de ellos, habiendo puesto en pie de guerra un ejército de trescientos fusiles, me han repetido: «Los franceses tenéis suerte de encontraros a más de cien días de camino…».

Así que nosotros los paseábamos, y ocurrió que, de este modo, tres de ellos visitaron esa Francia desconocida. Pertenecían a esa raza de hombres que, habiéndome acompañado una vez al Senegal, al descubrir árboles se echaron a llorar.

Cuando volvía a encontrármelos en sus tiendas, estaban alabando las salas de fiestas en las que mujeres desnudas danzan entre las flores. Eran hombres que nunca habían visto un árbol, ni una fuente, ni una rosa, que sólo por el Corán conocían la existencia de jardines en los que fluyen arroyos, porque así es el paraíso. Un paraíso que se gana, junto con sus bellas cautivas, mediante la muerte, después de treinta años de miseria, causada por el disparo del infiel. Pero Dios les engaña, puesto que a los franceses, a quienes les son concedidos todos esos tesoros, no les exige ni el rescate de la sed ni el de la muerte. Ésta es la razón por la que, ahora, los jefes ancianos sueñan. Ésta es la razón por la que, pensando en el Sáhara que, desierto, se extiende alrededor de su tienda y que, hasta su muerte, sólo les ofrecerá unos placeres tan pobres, ellos se permiten hacer confidencias:

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que el Dios de los franceses es más generoso con los franceses que el Dios de los moros con los moros!

Unas semanas antes les habíamos paseado por la Saboya. Su guía les había conducido hasta una cascada que retumbaba, caudalosa, como una columna trenzada, y frente a ella les dijo:

—Disfrutad del espectáculo.

Era agua dulce. ¡Agua! ¡Cuántos días de marcha se necesitan aquí para llegar al pozo más cercano y, si se encuentra, cuántas horas para excavar la arena que lo llena y conseguir una suerte de barro mezclado con orín de camello! ¡Agua! En Cabo Juby, en Cisneros, en Port-Étienne, los niños de los moros no piden dinero, sino que, con una lata de conservas en la mano, piden agua.

—Dame un poco de agua, dame…

—Si eres bueno.

El agua, que vale su peso en oro, el agua cuya gota más pequeña hace brotar en la arena la verde chispa de una brizna de hierba. Si en algún sitio llueve, un gran éxodo anima el Sáhara, las tribus se encaminan hacia esa hierba que brotará a trescientos kilómetros de distancia… Y esa agua tan escasa de la que, desde hacía diez años, no había caído ni una sola gota en Port-Étienne, retumbaba allí abajo, como si toda la provisión del mundo se estuviera derramando de una cisterna resquebrajada.

—Tenemos que irnos. —Les decía el guía.

Pero ellos no se movían.

—Déjanos un poco más…

En silencio, serios, mudos, presenciaban el desarrollo de un misterio solemne. Lo que brotaba así, del vientre de la montaña, era la vida, la sangre misma de los hombres. El caudal de un segundo hubiera resucitado caravanas enteras que, borrachas de sed, se habían hundido para siempre en el infinito de los lagos de sal y los espejismos. Aquí Dios se manifestaba: no se le podía volver la espalda. Dios abría sus esclusas y mostraba su poder: los tres moros permanecían inmóviles.

—¿Qué más queréis ver? Vámonos…

—Hay que esperar.

—¿Esperar qué?

—El final.

Querían esperar hasta el momento en que Dios se cansara de su locura. Se arrepiente pronto. Es un avaro.

—Pero ¡si esta agua lleva mil años brotando!

Así que, esta noche, ellos no hablan de la cascada. Es mejor no hablar de ciertos milagros. Es mejor no pensar demasiado en ellos, de lo contrario ya no se comprende nada. De lo contrario, uno empieza a dudar de la existencia de Dios…

—Mira, el Dios de los franceses…

Pero yo conozco bien a mis salvajes amigos. Permanecen allí, turbados en su fe, desconcertados y, desde ahora, bien dispuestos a someterse. Sueñan con ser abastecidos de cebada por la intendencia francesa y con que nuestras fuerzas saharianas garanticen su seguridad. Y es verdad que, una vez sometidos, ellos habrán ganado en bienes materiales.

Pero los tres pertenecen a la estirpe de El Mammoun, emir de los Trarza (creo que me equivoco en el nombre).

Lo conocí cuando era vasallo nuestro. Recibido con honores oficiales por los servicios prestados, enriquecido por los gobernadores y respetado por las tribus, parecía que no le faltaba de nada, por lo menos en lo tocante a riquezas visibles. Pero, una noche, sin que nada lo hiciera sospechar, mató a los oficiales a los que estaba acompañando por el desierto, se apoderó de los camellos, de los fusiles, y se unió a las tribus insumisas.

Denominamos traición a estas súbitas revueltas, a estas huidas, heroicas y desesperadas a la vez, de un jefe, proscrito desde ahora en el desierto, a esta breve gloria que pronto, como un cohete, se extinguirá frente a la barrera del pelotón móvil de Atar. Y nos extrañamos de esos accesos de locura.

Sin embargo, la historia de El Mammoun era la misma que la de muchos otros jefes árabes. Se estaba haciendo viejo. Y cuando uno se hace viejo, medita. Así que, una noche, se dio cuenta de que había traicionado al Dios del Islam y de que se había manchado las manos al sellar, en manos de los cristianos, un intercambio en el que él lo perdía todo.

Y, en efecto, ¿qué le importaban a él la cebada y la paz? Guerrero venido a menos y convertido en pastor, recuerda haber habitado un Sáhara en el que cada pliegue de la arena, al ocultarla, era rica en amenazas; en el que el campamento destacado en la noche apostaba vigías en sus extremos; en el que las noticias, que hablaban de los movimientos de los enemigos, hacían palpitar los corazones alrededor de las hogueras nocturnas. Recuerda un gusto de alta mar que, una vez saboreado por el hombre, ya no se olvida jamás.

Actualmente, vaga errante, sin gloria, por una extensión pacificada, vacía de todo prestigio.

Actualmente, el Sáhara ya sólo es un desierto.

Tal vez venera a los oficiales que asesinará, pero primero está el amor de Alá.

—Buenas noches, El Mammoun.

—¡Que Dios te proteja!

Los oficiales se envuelven en sus mantas, tumbados en la arena, como en una balsa, frente a los astros. Todas las estrellas están girando lentamente, todo un cielo señala la hora. La luna, que se asoma a las arenas, es devuelta otra vez a nada por Su sabiduría. Pronto los cristianos van a dormirse. Algunos minutos más y sólo brillarán las estrellas. Entonces, bastará el débil grito de estos cristianos, a los que se ahogará en su propio sueño, para restablecer el pasado esplendor de las tribus envilecidas, para reemprender las persecuciones, las únicas que hacen resplandecer las arenas…

Y se mata a los bellos tenientes dormidos.

5

Hoy, en Juby, Kemal y su hermano Mouyane me han invitado. Estoy bebiendo té en su tienda.

Mouyane me mira en silencio y, con el velo azul cubriéndole los labios, guarda una arisca reserva. Sólo Kemal me habla y me hace los honores.

—Mi tienda, mis camellos, mis mujeres, mis esclavos, son tuyos.

Mouyane, sin quitarme en ningún momento los ojos de encima, se inclina hacia su hermano, pronuncia algunas palabras y después vuelve a guardar silencio.

—¿Qué dice?

—Dice: «Bonnafus ha robado mil camellos a los R'Gueïbat…».

Yo no conozco a ese capitán Bonnafus, oficial meharista de los pelotones de Atar, pero, por los moros, sé de su impresionante leyenda. Hablan de él con cólera, pero como de un dios. Su presencia da valor a la arena. Hoy mismo, nadie se explica cómo, ha surgido en la retaguardia de los *rezzous* que se dirigían al Sur, robándoles los camellos por centenas y obligándoles, para salvar los tesoros que ellos creían seguros, a revolverse contra él. Y ahora, después de salvar Atar con esta aparición de arcángel, tras levantar su campamento en una elevada meseta calcárea, permanece allí, en pie, como una preciosa prenda, y su resplandor es tan grande que obliga a las tribus a ponerse en camino hacia su espada.

Mouyane me mira con más dureza y vuelve a hablar.

—¿Qué dice?

—Dice: «Mañana saldremos de avanzada contra Bonnafus. Trescientos fusiles».

Yo ya me había imaginado algo. Esos camellos que, desde hace tres días, están llevando a pozos, esas deliberaciones, ese fervor. Me da la impresión de que están aparejando un velero invisible y de que ya sopla el viento del mar que se lo llevará. Gracias a Bonnafous cada paso hacia el Sur se convierte en un paso rico en gloria. Y yo ya no sé distinguir qué parte de odio o de amor hay en esas marchas.

Tener en el mundo tan excelente enemigo que asesinar es un lujo. Ahí donde surge, las tribus cercanas pliegan sus tiendas, recogen sus camellos y huyen, pero las tribus más lejanas se sienten atrapadas por el mismo vértigo que en el amor. Se desprenden de la paz de las tiendas, de los abrazos de las mujeres, del sueño feliz; después de dos meses de agotadora marcha hacia el Sur, de ardiente sed, de acechos en cuclillas bajo los vientos de arena, descubren que no hay nada en el mundo que valga tanto la pena como caer por sorpresa, al alba, sobre el pelotón móvil de Atar y allí, si Dios lo permite, asesinar al capitán Bonnafous.

—Bonnafous es fuerte. —Me confiesa Kemal.

Ahora conozco su secreto. Como esos hombres que desean a una mujer y en cuyos sueños ella se pasea con aire de indiferencia, que dan vueltas en la cama, heridos, abrasados por esos andares con que ella sigue paseando por su sueño, a ellos los lejanos andares de Bonnafous les atormentan. Al atraer los *rezzous* contra él, este cristiano vestido de moro, al frente de sus doscientos piratas moros, ha penetrado en territorio rebelde, allí donde hasta el último de sus propios hombres, liberados de las obligaciones francesas, podría despertarse de su servidumbre y, con toda impunidad, sacrificarlo a su Dios en los altares de piedra, allí donde sólo su prestigio los retiene, donde incluso su debilidad les espanta. Esta noche él ronda en su ronco sueño, y el sonido de sus pasos llega hasta el corazón del desierto.

Mouyane medita; sigue inmóvil al fondo de la tienda, como un bajorrelieve de granito azul. Sólo brillan sus ojos y ese puñal de plata que ya no es un juguete. ¡Cómo ha cambiado desde que se ha incorporado al *rezzou*! Experimenta, como nunca lo había hecho, su propia nobleza y me aplasta con su desprecio; va a subir hacia Bonnafous, se marchará al alba, empujado por un odio que tiene visos de amor.

Una vez más se inclina hacia su hermano, habla muy bajo y me mira.

—¿Qué dice?

—Dice que te disparará si te encuentra lejos del fuerte.

—¿Por qué?

—Dice: «Posees aviones y radio; posees a Bonnafous, pero tú no posees la verdad».

Mouyanne, al igual que una estatua, envuelto en los pliegues de sus velos azules, me está juzgando.

—Dice: «Comes ensalada como las cabras y cerdo como los cerdos. Tus mujeres enseñan el rostro sin pudor: él las ha visto. Nunca rezas». Dice: «¿De qué te sirven los aviones, la radio, los Bonnafous si no posees la verdad?».

Admiro a este moro que no defiende su libertad porque en el desierto siempre se es libre; que no defiende tesoros visibles, porque en el desierto está desnudo, que defiende un reino secreto. En el silencio de las olas de arena, Bonnafous conduce a su pelotón como un viejo corsario y, gracias a él, el campamento de Cabo Juby ya no es un hogar de pastores ociosos. La tempestad de Bonnafous golpea su flanco y, por esa razón, se cierran bien las tiendas por la noche. ¡Qué angustioso es el silencio del Sur!, ¡es el silencio de Bonnafous! Y Mouyanne, viejo cazador, lo escucha caminar en el viento.

Cuando Bonnafous vuelva a Francia, sus enemigos, en vez de alegrarse, lo llorarán como si marcha hubiera privado al desierto de uno de sus polos, de un poco de prestigio a su existencia.

Y ellos me dirán:

—¿Por qué se va tu Bennafous?

—No lo sé…

Se ha jugado la vida contra la de ellos durante años. Ha hecho suyas las reglas de ellos. Ha dormido con la cabeza apoyada en sus piedras. Durante las persecuciones interminables ha conocido, como ellos noches de Biblia, hechas de estrellas y viento. Y ahora, al irse, demuestra que no jugaba un juego esencial. Abandona la mesa con desenvoltura, y los moros, a los que deja jugando solos, dejan de confiar en un sentido de la vida que ya no compromete a los hombres hasta la médula. A pesar de todo, quieren seguir creyendo en él.

—Tu Bonnafous volverá.

—No lo sé.

Volverá, piensan los moros. Los juegos de Europa ya no podrán satisfacerle, ni los Bridges de guarnición, ni el ascenso, ni las mujeres. Volverá anhelando la nobleza perdida; volverá aquí, donde cada paso hace

latir el corazón como un paso hacia el amor. Había pensado que aquí sólo vivía una aventura, que lo esencial lo encontraría allí, pero, con desagrado, descubrirá que es aquí, en el desierto, donde ha poseído las únicas riquezas verdaderas: ese prestigio de la arena, la noche, ese silencio, esa patria de viento y estrellas. Y si Bonnafous regresa algún día, la noticia se difundirá por todo el territorio rebelde desde la primera noche. En cualquier lugar del Sáhara, los moros sabrán que él está durmiendo entre sus doscientos piratas. Entonces, en silencio, conducirán los dromedarios al pozo. Preparará las provisiones de cebada. Verificarán los cerrojos de los fusiles. Llevados por ese odio, o por ese amor.

6

—Escóndeme en un avión de Marrakech…

Todas las noches, en Juby, aquel esclavo de los moros me elevaba su breve súplica y después, hecho ya todo lo posible para vivir, se sentaba cruzando las piernas y me preparaba el té. Se había confiado al único médico que, a su parecer, podía curarlo, le había rogado al único dios que podía salvarlo. Así, permanecía tranquilo durante un día, rumiando sobre el hervidor las sencillas imágenes de su vida, las tierras negras de Marrakech, sus casas de color rosa, los elementales bienes de los que había sido desposeído. No me guardaba rencor por mi silencio, ni por mi retraso en darle la vida: yo no era un hombre como él, yo era una fuerza que había que poner en movimiento, algo así como un viento favorable, que algún día se levantaría sobre su destino.

Sin embargo, simple piloto, jefe de aeropuerto por unos meses, yo disponía de una barraca adosada al fuerte español. Allí, con una palangana, una jarra de agua salada y una cama demasiado corta como único patrimonio, me hacía menos ilusiones acerca de mi poder:

—Viejo Bark, ya veremos…

Todos los esclavos se llaman Bark, así que él se llamaba Bark. A pesar de cuatro años de cautiverio, todavía no se había resignado: recordaba que él había sido rey.

—¿Qué hacías en Marrakech, Bark?

En Marrakech, donde sin duda todavía vivían su mujer y sus tres hijos, había ejercido un magnífico oficio:

—Era conductor de rebaños ¡y me llamaba Mohammed!

Allí los caídes le convocaban: «Tengo bueyes para vender, Mohammed; vete a buscarlos a la montaña».

O bien:

«Tengo mil corderos en el llano; llévalos más arriba, a los pastos».

Y Bark, armado con un cetro de olivo, gobernaba su éxodo. Único responsable de un pueblo de ovejas, reteniendo a las más ágiles, por los

corderillos que tenían que nacer, y sacudiendo un poco a las perezosas, marchaba apoyado en la confianza y en la obediencia de todos. Era el único que conocía las tierras prometidas hacia las que subían, el único que sabía leer el camino en los astros, que poseía un saber que las ovejas no comparten. Era el único que, en su sabiduría, decidía la hora del descanso, la hora de las fuentes. Y, al llegar la noche, en pie velando el rebaño, enternecido frente a aquella debilidad ignorante, bañado en lana hasta las rodillas, Bark, médico, profeta y rey, rogaba por su pueblo.

Un día le abordaron unos árabes:

—Ven con nosotros a buscar unos animales al Sur.

Le hicieron caminar durante mucho tiempo y cuando, tres días más tarde, después de adentrarse en una cañada en los confines de territorio rebelde, le pusieron simplemente la mano en el hombro, lo bautizaron con el nombre de Bark y lo vendieron.

Yo conocía a otros esclavos. Todos los días iba a beber el té a las tiendas. Tumbado allí, con los pies descalzos sobre la alfombra de lana virgen, lujo del nómada sobre el que él funda su morada durante unas horas, yo saboreaba el viaje del día. En el desierto, uno siente el transcurso del tiempo. Se camina, bajo el ardor del sol, hacia la noche, hacia el viento fresco que bañará los miembros y lavará todo el sudor. Bajo el ardor del sol, animales y hombres, con la misma certeza con la que se camina hacia la muerte, avanzan hacia ese gran abrevadero. Así que la ociosidad nunca es vana. Y toda la jornada parece bella, como esos caminos que van al mar.

Yo conocía a aquellos esclavos. Entran en la tienda cuando el jefe ha sacado de su caja de tesoros el hornillo, el hervidor y los vasos; de esa caja repleta de objetos absurdos, de candados sin llaves, de floreros sin flores, de espejos de cuatro chavos, de viejas armas, y que, vistos así, perdidos en la arena, recuerdan los restos de un naufragio.

Entonces, el esclavo, mudo, carga el hornillo con ramitas secas, sopla sobre la brasa, llena el hervidor y mueve, para unas tareas de niña pequeña, unos músculos capaces de arrancar de cuajo un cedro. Está sosegado. El juego lo ha cautivado: hacer el té, cuidar de los dromedarios, comer.

Bajo el ardor del sol, caminar hacia la noche y, bajo el hielo de las estrellas desnudas, desear el calor del día. Bienaventurados los países del Norte, cuyas estaciones componen, en verano, una leyenda de nieve y, en invierno, una leyenda de sol; desgraciados los trópicos donde, en su ambiente de baño turco, nada cambia demasiado; pero bienaventurado también este Sáhara, en el que el día y la noche balancean a los hombres de una a otra esperanza con tanta naturalidad.

Algunas veces el esclavo negro, en cuclillas frente a la puerta, saborea el viento de la noche. En ese torpe cuerpo cautivo ya no hay recuerdos. Apenas se acuerda de la hora del rapto, de aquellos golpes, aquellos gritos, aquellos brazos de hombre que lo arrojaron a su noche actual. Desde aquel momento, privado, como un ciego, de sus mansos ríos del Senegal o de sus ciudades blancas del Sur de Marruecos, privado, como un sordo, de las voces familiares, se ha sumergido en un sueño extraño. Este negro no se siente desgraciado, se siente enfermo. Caído, un día, en el ciclo vital de los nómadas, ligado a sus migraciones, atado de por vida a los orbes que describen en el desierto ¿qué puede ya tener en común con un pasado, con una mujer y unos niños que, para él, están tan muertos como cadáveres?

Son hombres que, después de vivir durante mucho tiempo un gran amor y tras ser privados de él después, se cansan algunas veces de su nobleza solitaria. Se acercan humildemente a la vida y, con un amor mediocre, construyen su felicidad. Les ha parecido cómodo abdicar, convertirse en siervos y participar de la paz de las cosas. El orgullo de esclavo es la brasa de su señor.

—Toma, coge. —Dice algunas veces el amo al cautivo.

Es la hora en la que el señor es bueno con el esclavo porque todas las fatigas, todas las quemaduras, han remitido; porque, codo con codo, ha entrado el frescor. Y le concede un vaso de té. Y el cautivo, rebosante de gratitud, besaría, por ese vaso de té, las rodillas de su señor. El esclavo nunca está encadenado. ¡Qué poco lo necesita! ¡Qué fiel es! ¡Cómo prudentemente reniega en su fuero interno del rey negro desposeído!: ya sólo es un cautivo feliz.

Sin embargo, un día lo libertarán. Cuando sea demasiado viejo para valer su comida o su ropa, le concederán una libertad desmesurada. Durante

tres días se ofrecerá, en vano, de tienda en tienda, cada día más débil, y, al final del tercero, prudente como siempre, se tumbará en la arena. Los he visto así, en Juby, muriendo desnudos. Los moros convivían con su larga agonía, pero sin crueldad. Los niños de los moros jugaban cerca del sombrío deshecho y, al alba de cada día, como un juego, corrían a ver si todavía se movía, pero sin reírse del viejo sirviente. Todo eso se hacía con naturalidad. Era como si le dijeran: «Has trabajado bien, te has ganado el sueño, vete a dormir». Él seguía tumbado, padeciendo el vértigo del hambre, pero sin sufrir por la injusticia, que es lo único que atormenta. Poco a poco, se mezclaba con la tierra. Reseco por el sol y recibido por la tierra. Treinta años de trabajo y, luego, ese derecho al sueño y a la tierra.

No oí gemir al primero con el que me encontré: ahora bien, no tenía a quién gemir. Intuí que en él había una especie de lóbrego consentimiento, como el del montañero perdido que, al límite de sus fuerzas, se tumba, se arrebuja en sus sueños y se cubre de nieve. Lo que me atormentó no fue su sufrimiento, apenas creía en él, sino el hecho de que en la muerte de un hombre muere un mundo desconocido; me preguntaba cómo serían las imágenes que en su interior se iban hundiendo; que plantaciones del Senegal, qué ciudades blancas del Sur de Marruecos se sumía, poco a poco, en el olvido. No podía saber si, en aquella mole negra, sólo se pagaban preocupaciones miserables: el té que hay que preparar, los animales que hay que llevar al pozo…, si sólo era su alma de esclavo la que se dormía, o si, resucitado por una escalada de recuerdos, el hombre moría con toda su grandeza. Los duros huesos de su cabeza se me asemejaban a la vieja caja de los tesoros; no podía saber qué sedas de colores, qué imágenes de fiestas, qué vestigios, tan fuera de lugar aquí, tan inútiles en el desierto, se habían salvado del naufragio. Ahí estaba la caja, pero cerrada, y pesada. No podía saber qué parte del mundo, durante el gigantesco sueño de los últimos días, se deshacía en el hombre, en esa conciencia y en esa carne que, poco a poco, volvían a ser noche y raíz.

—Era conductor de rebaños y me llamaba Mohammed…

De todos los que conocí, Bark, cautivo negro, era el primero que se había resistido. Lo de menos era que los moros hubieran violado su libertad,

que, en un solo día, le hubieran dejado en la tierra más desnudo que un recién nacido. También hay tempestades de Dios que, en una hora, arrasan las cosechas de un hombre. Pero, mientras que tantos otros cautivos hubieran dejado morir en ellas al pobre conductor de animales, Bark, ¡que tenía que afanarse durante todo el año para poderse ganar la vida!, no quería abdicar.

Bark no se instalaba en la servidumbre como, cansada de esperar, se instala la gente en un mediocre bienestar. No quería alegrarse como un esclavo de la bondad del dueño de los esclavos.

Él conservaba dentro del Mohammed ausente la casa que ese Mohammed había habitado dentro de su pecho. Esa casa, triste por vacía, pero que nadie más iba a habitar. Bark se parecía al guarda encanecido que, por fidelidad, muere entre las hierbas de las alamedas y la soledad de la noche.

No decía: «Soy Mohammed ben Lhaoussine», sino: «Me llamo Mohammed», soñando con el día en el que ese personaje resucitaría, deshaciéndose, con esa resurrección, de su apariencia de esclavo. Algunas veces, en el silencio de la noche, se le restituían todos los recuerdos, con la plenitud de una canción de la infancia. «Durante la noche —nos contaba nuestro intérprete moro— ha hablado de Marrakech y ha llorado». En soledad, nadie se libra de semejantes retornos. Sin ninguna advertencia, el otro despertaba en él, extendía sus propios miembros, buscaba a la mujer a su lado, en aquel desierto en el que nunca ninguna mujer se acercó a Bark. Bark oía el canto del agua de las fuentes, allí donde nunca ninguna fuente brotó. Y Bark, con los ojos cerrados, creía habitar una casa blanca, situada, cada noche, bajo la misma estrella, allí donde los hombres habitan casas de buriel y persiguen al viento. Venía a verme, cargado con sus antiguos cariños, vivificados misteriosamente, como si su polo magnético estuviera cercano. Quería decirme que estaba preparado, que toda su ternura estaba preparada y que, para entregarla, sólo tenía que volver a casa; que sólo bastaba con mi señal. Entonces sonreía, me enseñaba el truco, en el que seguro que yo no había pensado:

—Mañana toca correo… Tú me escondes en el avión hacia Agadir…

—¡Pobre viejo Bark!

¿Cómo podíamos ayudarle a huir, si estábamos en territorio rebelde? Al día siguiente, los moros, sabe Dios con qué matanza, hubieran vengado el robo y la injuria. Muchas veces yo había intentado comprarlo, ayudado por los mecánicos de la escala, Laubergue, Marchal, Abgrall; pero los moros no ven todos los días a europeos buscando a un esclavo, y se aprovechan.

—Son veinte mil francos.

—¿Nos tomas el pelo?

—Mira qué brazos tan fuertes tiene…

Y así transcurrieron meses.

Por fin se rebajaron las pretensiones de los moros y, ayudado por amigos franceses a los que había escrito, estuve en condiciones de comprar al viejo Bark.

Fueron unas deliberaciones hermosas. Duraron ocho días. Nos los pasamos, quince moros y yo, sentados en círculo en la arena. Un amigo del propietario, amigo mío también, Zin Ould Rhattari, un bandido, me ayudaba en secreto.

—Véndelo, de todas formas vas a perderlo. —Le decía siguiendo mis consejos—. Está enfermo.

Todavía no se ve, pero el mal va por dentro; de repente llega un día en que se hinchan. Véndelo deprisa al francés.

También había prometido una comisión a otro bandido Raggi, si me ayudaba a cerrar el trato. Y Raggi tentaba al propietario:

—Con el dinero podrás comprar camellos, fusiles y balas. Podrás salir de *rezzou* y guerrear contra los franceses, y traerte de Atar tres o cuatro esclavos nuevos. Deshazte de este viejo.

Y me vendieron a Bark. Le encerré bajo llave en nuestra barraca durante seis días, pues si antes del paso del avión hubiera andado deambulando, los moros lo hubieran vuelto a coger y a vender más lejos.

Pero yo lo liberé de su condición de esclavo. Fue una bella ceremonia. Vinieron el morabito, el antiguo propietario e Ibrahim, el *caíd* de Juby. Esos tres piratas que, a veinte metros del fuerte, con mucho gusto le hubieran

cortado la cabeza sólo por el placer de hacerme una jugarreta, le abrazaron efusivamente y firmaron una escritura oficial.

—Ahora eres nuestro hijo.

También, según la ley, era el mío.

Y Bark besó a todos sus padres.

Vivió un dulce cautiverio en nuestra barraca hasta el día de su marcha. Veinte veces al día pedía que le contaran el corto viaje: bajaría del avión a Agadir y, en esa escala, le sacarían un billete de autocar hasta Marrakech. Bark jugaba a ser hombre libre, como un niño juega a ser explorador; el camino hacia la vida, el autocar, las gentes, las ciudades que iba a volver a ver…

Laubergue vino a verme en nombre de Marchal y de Abgrall; Bark no tenía que morirse de hambre al bajar del avión; me traían mil francos para él; de esta forma podría buscar trabajo.

Me acordé de las viejas señoras que hacen obras de misericordia que son caritativas, que dan veinte francos y exigen gratitud. Laubergue, Marchal, Abgrall, mecánicos de aviones, daban mil, no hacían ninguna obra de misericordia y, mucho menos, exigían gratitud. Tampoco obraban por piedad, como esas mismas viejas señoras que sueñan con la felicidad. Simplemente, contribuían a devolverle a un hombre su dignidad de hombre. Demasiado bien sabían, lo mismo que yo que, pasada la embriaguez del regreso, sería la miseria la primera amiga fiel con la que Bark se encontraría que, antes de tres meses, en algún lugar del ferrocarril, estaría derrengándose, arrancando traviesas. Sería menos feliz que con nosotros en el desierto. Pero tenía derecho a ser él mismo, entre los suyos.

Vamos, viejo Bark, vete y sé un hombre.

El avión vibraba, a punto de partir. Bark se asomaba por última vez a la inmensa desolación de Cabo Juby. Delante del avión, doscientos moros se habían agrupado para poder ver bien qué cara pone un esclavo a las puertas de la vida. Ya lo recuperarían un poco más lejos en caso de avería.

Y nosotros decíamos adiós a nuestro recién nacido de cincuenta años, un poco turbados al permitir que se aventurara por el mundo.

—Adiós, Bark.

—No.

—¿Cómo que no?

—No. Yo soy Mohammed ben Lhaoussine.

La última vez que tuvimos noticias suyas fue a través del árabe Abdallah, el que, por encargo nuestro atendió a Bark en Agadir.

El autocar sólo salía por la noche, por lo que Bark dispuso de toda una jornada. Vagabundeó durante tanto tiempo, sin decir palabra, por la pequeña ciudad, que Abdallah, dándose cuenta de que algo le inquietaba, se interesó:

—¿Qué pasa?

—Nada…

Bark, demasiado a sus anchas en aquellas vacaciones repentinas, no era consciente todavía de su resurrección. Claro que sentía una dicha apagada pero, fuera de eso, no había apenas diferencia entre el Bark de ayer y el Bark de hoy. Sin embargo, desde ahora, compartía el sol con los otros hombres, en condiciones de igualdad, y el derecho a sentarse aquí, bajo el toldo de este café árabe. Se sentó. Pidió té para Abdallah y para él. Era su primer gesto de señor; el poder tendría que haberlo transfigurado. Pero el camarero le sirvió té sin sorprenderse, como si el gesto fuera normal. No se daba cuenta de que, al servir aquel té, estaba glorificando a un hombre libre.

—Vamos a otro sitio. —Dijo Bark.

Subieron a la Kabbah desde la que se domina Agadir. Las menudas bailarinas berberiscas se les aproximaron. Irradiaban tanta ternura atesorada que Bark creyó que iba a revivir: ellas eran quienes, sin saberlo, le acogerían en la vida. Cogiéndole de la mano le ofrecieron té con gentileza, como se lo hubieran ofrecido a cualquier otro. Bark quiso contarles su resurrección y ellas rieron con dulzura. Se alegraban por él, puesto que él estaba contento. Para deslumbrarlas, añadió: «Yo soy Mohammed ben Lhaoussine». Pero eso apenas las sorprendió. Todos los hombres tienen un nombre y, algunos, llegan de tan lejos…

Se llevó de nuevo a Abdallah a la ciudad. Rondó los tenderetes judíos, miró el mar, pensó que podía marcharse donde y cuando quisiera, que era

libre… pero esa libertad le pareció amarga: le descubría, sobre todo, hasta que punto carecía de vínculos con el mundo.

Entonces, al pasar un niño, Bark le acarició la mejilla con ternura. El niño sonrió. No era un hijo de señor, al que se adula; era un niño frágil a quien Bark regalaba una caricia; y que sonreía. Y aquel niño despertó a Bark, y él se descubrió a sí mismo un poco más importante en la tierra, gracias a un frágil niño que le había sonreído. Comenzó a intuir algo y, entonces, echó a andar con grandes zancadas.

—¿Qué buscas? —Inquirió Abdallah.

—Nada —respondió Bark.

Pero cuando al doblar la esquina, dio con un grupo de niños que estaban jugando, se paró. Era aquí. Los contempló en silencio. Después se alejó hacia los tenderetes judíos y regresó cargado de regalos. Abdallah se enfadó:

—¡Imbécil! ¡Guárdate el dinero!

Pero Bark ya no escuchaba. Gravemente, fue llamándoles uno a uno. Y las manitas se tendieron hacia los juguetes, hacia las pulseras, hacia las babuchas ribeteadas en oro. Y cada niño, cuando ya poseía su tesoro, huía indómito.

Al enterarse, otros niños de Agadir corrieron hacia él: Bark les calzó babuchas de oro. Y, en los alrededores de Agadir, otros niños, a quienes, a su vez, también había llegado el rumor, se pusieron en marcha y fueron gritando a ver al Dios negro. Aferrados a sus viejas ropas de esclavo, reclamaban su parte. Bark se estaba arruinando.

Abdallah pensó que estaba loco de alegría, pero yo creo que para Bark no se trataba de compartir un exceso de alegría.

Él, puesto que era libre, poseía los bienes esenciales, el derecho de hacerse querer, de ir al Norte o al Sur y de ganarse la vida con su trabajo. Para qué aquel dinero… Lo que sentía, como se siente un hambre atroz, era la necesidad de ser un hombre entre los hombres, ligado a los hombres. Las bailarinas de Agadir habían sido cariñosas con el viejo Bark, pero él las había dejado sin esfuerzo, lo mismo que las había encontrado; ellas no lo necesitaban. El camarero del puesto árabe, los transeúntes de las calles, todos respetaban en él al hombre libre, compartían su sol con él, en

condiciones de igualdad; pero tampoco ninguno había demostrado que tuviera necesidad de él. Era libre, infinitamente, hasta el punto de no sentir ya su peso sobre la tierra. Le faltaba ese peso de las relaciones humanas que dificulta el camino, esas lágrimas, esas despedidas, esos reproches, esas alegrías, todo lo que un hombre acaricia o desgaja cada vez que esboza un gesto, esos mil vínculos que le atan a los demás y le hacen ganar peso. Pero, sobre Bark ya planeaban mil esperanzas…

El reino de Bark empezaba en el encanto de la puesta de sol de Agadir, en el frescor que durante tanto tiempo había sido la única satisfacción que podía esperar, el único refugio. Y, a medida que se acercaba la hora de marcharse, Bark iba avanzando, bañado por la marea de niños, como de ovejas en otro tiempo, trazando su primer surco en el mundo. Mañana volvería a la miseria de los suyos, será responsable de más vidas de las que, tal vez, sus viejos brazos sabrían alimentar, pero, aquí, ya había alcanzado su auténtico peso. Como un arcángel demasiado etéreo para vivir una vida de hombres, pero que hubiera hecho trampa y se hubiera cosido plomos a la cintura, Bark caminaba con dificultad, arrastrado hacia la tierra por mil niños que necesitaban imperiosamente unas babuchas de oro.

7

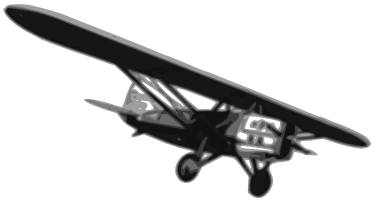
Así es el desierto. Un Corán, que no es sino una regla de juego, transforma su arena en un Imperio. En el fondo del Sáhara que podría parecer vacío, se interpreta una obra que perturba las pasiones de los hombres. La verdadera vida del desierto no está hecha de éxodos de tribus en busca de hierba para pastar, sino del juego que, al mismo tiempo, allí se crea. ¡Qué diferencia entre la materia de la arena sometida y la de la otra! ¿Y acaso no ocurre lo mismo con los hombres? Frente a este desierto transfigurado recuerdo juegos de mi niñez, un parque oscuro y dorado que habíamos poblado de dioses, un reino sin límites que habíamos creado en un kilómetro cuadrado nunca del todo conocido, nunca del todo explorado. Formábamos una civilización cerrada, en la que los pasos tenían un sabor, en la que las cosas, que no estaban permitidas en ninguna otra civilización, tenían un sentido. Cuando, ya adulto, uno vive bajo otras leyes, ¿qué queda del parque de la infancia, henchido de sombra, mágico, helado, ardiente, del que, ahora, al regresar, uno recorre con cierta desesperanza la pared baja de piedras grises, extrañándose de encontrar, en un recinto tan pequeño, encerrada una provincia de la que uno había hecho su infinito, y comprendiendo que ya nunca volverá a ese infinito pues, para ello, no basta con regresar al parque, sino que tendría que volver a participar en el juego?

Ya no hay disidencia. Ya no hay misterio en Cabo Juby, Cisneros, Puerto Cansado, Saguet-El-Hambra, Dora, Smarra. Los horizontes hacia los que hemos corrido se han ido extinguiendo uno tras otro, como esos insectos que pierden su colorido una vez atrapados en una trampa de manos tibias. Pero quien los perseguía no era víctima de una ilusión. No nos equivocábamos cuando íbamos tras aquellos descubrimientos. Tampoco el sultán de *Las mil y una noches*, que perseguía una materia tan sutil que, una a una, sus hermosas cautivas, al alba, se extinguían en sus brazos, tras perder, apenas acariciadas, el oro de sus alas. Nos hemos alimentado con la magia de las arenas; otros, tal vez, perforarán sus pozos de petróleo y se enriquecerán con su comercio. Pero habrán llegado demasiado tarde. Pues

los palmares prohibidos, el polvo virgen de las conchas, nos han entregado a nosotros su parte más preciosa: sólo ofrecían una hora de fervor y somos nosotros quienes las hemos vivido.

¿El desierto? Un día se me concedió abordarlo con el corazón. En el transcurso de un *raid* a Indochina, en 1935, me encontré en Egipto, en los confines de Libia, atrapado en las arenas como si fueran liga, y pensé que iba a morir. Ésta es la historia.

Capítulo 7



En el centro del desierto.

1

Al abordar el mediterráneo he encontrado nubes bajas. He descendido a veinte metros. El aguacero se estrella contra el parabrisas y el mar parece humear. Tengo que esforzarme para poder ver algo y no chocar contra el mástil de un navío.

Mi mecánico, André Prévot, me enciende cigarrillos.

—Café…

Desaparece en la parte trasera del avión y vuelve con el termo. Bebo. De vez en cuando doy manotazos a la manecilla del gas para mantener las dos mil cien revoluciones. De una ojeada recorro las esferas de los medidores; mis súbditos son obedientes, cada aguja está en su sitio.

Echo un vistazo al mar que, bajo la lluvia, desprende vapor, como un gran barreño de agua caliente. Si volara en hidroavión, lamentaría que estuviera tan esponjoso. Pero estoy en un avión.

Esponjoso o no, no puedo amerizar y, sin saber por qué, eso me otorga una absurda sensación de seguridad. El mar forma parte de un mundo que no es el mío. Aquí una avería no es de mi incumbencia, ni siquiera representa una amenaza: a mí no me han aparejado para el mar.

Después de una hora y media de vuelo, la lluvia se calma. Las nubes siguen estando muy bajas, pero la luz ya comienza a atravesarlas como una sonrisa ancha. Admiro la lenta preparación del buen tiempo. Puedo adivinar la presencia de una débil capa de blanco algodón sobre mi cabeza.

Giro oblicuamente para evitar un chaparrón: ya no hace falta cruzar su corazón. Aparece la primera abertura…

La he presentido sin verla, porque frente a mí, en el mar, veo una estela color de pradera, una especie de oasis de un verde luminoso y profundo parecido a los campos de cebada que, en el Sur de Marruecos, me encogían el corazón cuando regresaba de Senegal, después de tres mil kilómetros de arena. También aquí experimento el sentimiento de abordar una provincia habitable y saboreo un gozo liviano. Me vuelvo a Prévot:

—¡Ya está, esto marcha!

—¡Sí, todo va bien!

Túnez. Mientras llenan el depósito, firmo papeles. Pero, en el momento en que abandono la oficina, oigo una especie de «¡plof!», como el de una zambullida; uno de esos sonidos sordos, sin eco. Al instante recuerdo haber oído ya un ruido semejante: una explosión en un garaje. Aquella tos ronca había matado a dos hombres. Me giro hacia el camino que bordea la pista: una nubecilla de polvo; dos coches rápidos que han chocado de frente se han quedado atrapados, inmóviles de repente, como en un espejo. Algunos hombres corren hacia ellos; otros, hacia nosotros:

—Llamen por teléfono… Un médico… La cabeza…

Se me encoge el alma. En la apacible luz de la tarde, la fatalidad ha asestado un golpe: una belleza destrozada, una inteligencia, o una vida… Los piratas han caminado así en el desierto, y nadie ha oído su paso elástico sobre la arena. En el campamento esto ha sido como el breve rumor de una *razzia*. Después todo ha recobrado su dorada quietud. La misma paz, el mismo silencio… Alguien, cerca de mí, habla de una fractura de cráneo. No quiero saber nada de esa frente inerte y sangrante; doy la espalda al camino y me voy a mi avión, aunque conservo una sensación de amenaza en mi interior. Muy pronto volveré a identificar ese ruido cuando, a doscientos sesenta kilómetros por hora, arañe mi negra meseta, volveré a identificar la misma tos ronca: el mismo «¡blam!» del destino que nos estaba aguardando en el lugar de la cita.

En ruta hacia Benghazzi.

2

En ruta. Dos horas de luz todavía. Cuando llego a Trípoli ya me he quitado las gafas de sol y la arena está adquiriendo una tonalidad dorada. ¡Dios! ¡Qué desierto está este planeta! Una vez más, los ríos, las sombras y los lugares donde habitan los hombres me parecen debidos a conjunciones fruto de un dichoso azar. ¡Cuánta roca y arena!

Pero todo esto me resulta extraño, yo vivo en el dominio del vuelo. Siento acercarse la noche ahí, donde uno se encierra como dentro de un templo, practicando ritos esenciales en una meditación sin consuelo. Todo este mundo profano ya se está borrando, ya va a desaparecer. Una luz dorada alimenta todavía el paisaje pero, en él, algo comienza a evaporarse y yo, yo no conozco nada, nada que valga la pena tanto como este momento. Quienes han padecido el inefable amor por el vuelo me comprenden.

Así pues, poco a poco, renuncio al sol renuncio a las grandes superficies doradas que, en caso de avería, me hubieran acogido… Renuncio a los puntos de referencia que me hubieran guiado.

Renuncio a los perfiles de las montañas contra el cielo que me hubieran evitado los escollos.

Entro en la noche. Navego. Ya sólo me quedan las estrellas…

Esta muerte del mundo se produce lentamente. La luz va faltando poco a poco. La tierra y el cielo se confunden paulatinamente. La tierra sube y parece que se extiende como si fuera vapor. En una especie de agua verde las primeras estrellas tiritan. Habrá que esperar mucho tiempo aún para que se transformen en duros diamantes. Tendré que esperar mucho tiempo todavía para presenciar los silenciosos juegos de las estrellas fugaces. En el corazón de algunas noches he visto deslizarse tantas pavesas que he llegado a creer que había un vendaval de estrellas.

Prévot prueba las luces fijas y las de emergencia. Envolvemos las bombillas con papel rojo.

—Otra capa…

Añade una nueva capa de papel, enciende el contacto. La luz es todavía demasiado clara.

Velaría, como en el cuarto oscuro de un fotógrafo, la pálida imagen del mundo exterior.

Destruiría la pulpa ligera que, ya oscurecido, algunas veces se adhiere aún a las cosas. Ya ha caído la noche. Pero no se trata todavía de la auténtica noche. Subsiste una media luna. Prévot se adentra en la parte trasera y vuelve con un bocadillo. Yo arranco algún grano de uvas. No tengo hambre. No tengo ni hambre ni sed. No siento ningún cansancio, me parece que podría estar pilotando así durante diez años.

La luna ha muerto.

Benghazzi se anuncia en la negra noche. Benghazzi descansa al fondo de una oscuridad tan profunda que ningún halo la adorna. He visto la ciudad cuando ya estaba sobre ella. Estoy buscando el campo de aterrizaje cuando se enciende su balizaje rojo. Las luces recortan un falso rectángulo negro. Viro. La luz de un faro apuntando al cielo sube recta como una manguera, gira y traza un sendero de oro en el campo. Viro otra vez para poder distinguir los obstáculos. El equipamiento nocturno de esta escala es admirable. Reduzco e inicio mi zambullida en esta especie de agua negra.

Cuando aterrizo son las 23, hora local. Ruedo hasta el faro. Oficiales y soldados, de lo más amables, pasan de las sombras a la dura luz del proyector, a veces visibles, a veces invisibles.

Cogen mis papeles, comienzan a llenar el depósito. En veinte minutos, mi escala de tránsito habrá finalizado.

—Vire y pase encima de nosotros, de lo contrario no sabremos si el despegue ha ido bien.

En ruta.

Ruedo por la vía de oro hacia un boquete sin obstáculos. Mi avión, tipo Simoun, despega con su sobrecarga mucho antes de haber agotado el área disponible. El proyector me sigue y me molesta para virar. Por fin me deja, se han dado cuenta de que me deslumbraba. Cuando me doy media vuelta sobre la vertical, el proyector me golpea la cara de nuevo pero, en cuanto me toca, me esquiva y dirige su larga flauta dorada hacia otro lugar.

Adivino, en todo este trajín, una extrema cortesía. En este momento viro otra vez, hacia el desierto.

Los partes meteorológicos de París, Túnez y Benghazzi me han anunciado un viento de cola de entre treinta y cuarenta kilómetros por hora. Puedo contar, por tanto, con una velocidad de crucero de unos trescientos kilómetros por hora. Pongo rumbo hacia la mitad del segmento a la derecha, el que une Alejandría con El Cairo. De este modo evitaré las zonas prohibidas de la costa y, a pesar de las derivas imprevistas, me alcanzarán las luces de una u otra ciudad, por la derecha o por la izquierda, o, al menos, las luces del valle del Nilo. Si el viento no cambia, navegaré durante tres horas y veinte minutos; tres horas y cuarenta y cinco si su fuerza disminuye. Comienzo a sobrevolar los mil cincuenta kilómetros de desierto.

Ya no hay luna, sólo un asfalto negro que se ha dilatado hasta llegar a las estrellas. No veré ninguna luz, no podré utilizar ningún punto de referencia; sin radio, o recibiré ninguna señal humana antes del Nilo. Ni siquiera intento observar otra cosa que no sean mi compás y mi Sperry. Ya nada me interesa, salvo la lenta respiración de una estrecha línea de radio en la oscura pantalla del instrumento. Prévot cambia de sitio; corrijo con suavidad las variaciones del centrado. Subo hasta dos mil, allí donde, según me han indicado, los vientos son favorables. A intervalos largos enciendo una linterna para observar las esferas de los motores, pues no todas son luminosas, pero la mayor parte del tiempo me encierro en la oscuridad, entre mis minúsculas constelaciones que emanan la misma luz mineral que las estrellas, la misma luz inextinguible y secreta, y que hablan el mismo lenguaje. Como los astrónomos, también yo estoy leyendo un libro de mecánica celeste, también yo me siento estudioso y puro. Todo se ha apagado en el mundo exterior. Después de una ardua resistencia, Prévot se duerme y puedo saborear mejor mi soledad. Me acompañan el suave ronroneo del motor y, frente a mí, en el tablero de mandos, todas estas apacibles estrellas.

Medito. No tenemos luna y carecemos de radio. Ya ni el más tenue vínculo nos ligará al mundo hasta que nos topemos con el hilillo de luz del Nilo. Estamos alejados de todo, sólo nuestro motor nos sostiene y nos

permite permanecer en este asfalto. Cruzamos el gran valle negro de los cuentos de hadas, el de la prueba. Aquí, nada de auxilio. Aquí, nada de perdón por los errores.

Estamos a merced de la voluntad de Dios.

Un haz de rayos de luz se filtra desde un punto del cuadro eléctrico. Despierto a Prévot para que lo apague. Se agita en la sombra, como un oso, estornuda, se adelanta, se suena con una especie de trapo mezcla de pañuelo y de papel negro. El haz de rayos de luz ha desaparecido. Era una fractura en este mundo. No era de la misma calidad que la pálida y lejana luz de la línea de mira.

Era una luz de sala nocturna y no una luz de estrella. Pero, sobre todo, me deslumbraba, apagaba la claridad de las demás.

Tres horas de vuelo. Un resplandor que parece dotado de vida propia surge a mi derecha. Miro.

Un largo surco luminoso pende de la luz del extremo del ala que, hasta ahora, había permanecido invisible. Es un resplandor intermitente, algunas veces constante, otras apagado: estoy entrando en una nube. Es ella la que refleja mi luz. Cerca de mis puntos de referencia hubiera preferido un cielo puro. El ala se ilumina bajo el halo, la luz se instala, se fija, se derrama, y ahí abajo se forma un ramillete de color rosa. Profundos torbellinos me balancean. Estoy navegando por las entrañas de un cúmulo cuyo espesor no conozco. Subo hasta dos mil cinco, pero no emerjo.

Vuelvo a bajar a mil metros. El ramillete de flores sigue ahí, inmóvil y cada vez más resplandeciente. Bien. De acuerdo. Peor para él. Pienso en otra cosa. Cuando salgamos, ya se verá. Pero no me gusta esta luz de hotelucho.

Calculo: «Aquí me muevo un poco, es normal, a pesar del cielo puro y de la altitud he tenido torbellinos a lo largo de toda la ruta. El viento no se ha calmado y debo de sobrepasar los trescientos kilómetros por hora». Después de todo no estoy seguro de nada, ya intentaré orientarme cuando salga de la nube.

Y salimos. El ramillete se ha desvanecido de repente. Su desaparición me anuncia el acontecimiento. Miro hacia delante y veo, en la medida de lo visible, un estrecho valle de cielo y la pared de un cúmulo cercano. El ramillete se ha reavivado.

Ya no volveré a salir de esta masa pegajosa, salvo durante algunos segundos. Después de tres horas y media de vuelo esta materia empieza a preocuparme, puesto que si avanzo como pienso, estoy acercándome al Nilo. Con un poco de suerte podría verlo a través de los pasillos, pero no hay demasiados. Todavía no me atrevo a descender: si, por casualidad, voy más despacio de lo que creo, entonces estoy sobrevolando aún tierras altas.

Sigo sin inquietarme, sólo me intranquiliza la posibilidad de perder tiempo. Sin embargo, fijo un límite a mi serenidad: cuatro horas y quince minutos de vuelo. Después de ese tiempo, incluso con viento nulo, cosa improbable, habré sobrepasado el valle del Nilo.

Cuando me aproximo a los bordes de la nube, el ramillete lanza destellos intermitentes cada vez más rápidos; después, de repente, se apaga. No me gustan estos mensajes cifrados de los demonios de la noche.

Una estrella verde emerge frente a mí, deslumbrante como un faro. ¿Es una estrella o es un faro?

Tampoco me gusta esta claridad sobrenatural, este astro de rey mago, esta peligrosa invitación.

Prévot se ha despertado y alumbra las esferas de los motores. Los aparto, a él y a su lámpara.

Acabo de abordar una falla entre dos nubes y aprovecho para mirar debajo de mí. Prévot vuelve a dormirse.

Pero no hay nada que ver.

Cuatro horas y cinco minutos de vuelo. Prévot ha venido a sentarse a mi lado.

—Tendríamos que llegar a El Cairo…

—Creo que sí…

—¿Eso es una estrella o un faro?

He reducido un poco la velocidad del motor, lo que, sin duda, ha despertado a Prévot; es sensible a cualquier variación de los ruidos del vuelo. Inicio un lento descenso para deslizarme bajo la masa de nubes.

Acabo de consultar el mapa. De todas formas he abordado las cotas cero: no me arriesgo a nada.

Sigo descendiendo y viro directamente al Norte. Así recibiré las luces de las ciudades en mis ventanillas. Seguro que ya las he sobrepasado, de modo que las veré a mi izquierda. Ahora vuelo por debajo del cúmulo, pero a lo largo de otra nube que está más abajo, a la izquierda. Viro para no dejarme atrapar en su red, mi rumbo es Norte-Nordeste.

Esa nube está mucho más abajo y me tapa todo el horizonte. No me atrevo a perder altitud. He alcanzado la cota 400 en mi altímetro, pero desconozco la presión que hay aquí. Prévot se asoma.

Le grito: «Me voy hacia el mar, acabaré de descender en el mar, para no estrellarnos…».

Sin embargo, nada me demuestra que no haya derivado ya hacia el mar. Bajo esta nube la oscuridad es completamente impenetrable. Me acerco a la ventanilla. Intento leer debajo de mí.

Intento descubrir luces, señales. Soy un hombre que registra las cenizas. Soy un hombre que se esfuerza por encontrar los rescoldos de la vida en el hogar.

—¡Un faro marino!

Los dos hemos visto a la vez esta trampa destellante. ¡Es cosa de brujas! ¿Dónde estaba este faro fantasma, esta imagen nocturna? En el mismo segundo en que Prévot y yo nos asomábamos para encontrarlo, a trescientos metros bajo nuestras alas, de repente…

—¡Ah!

Creo que es todo lo que dije. Sólo noté un crujido formidable que sacudió los cimientos de nuestro mundo. Nos habíamos estrellado contra el suelo a doscientos setenta kilómetros por hora.

Creo que, durante la centésima de segundo siguiente, sólo esperé la gran estrella púrpura de la explosión con la que íbamos a confundirnos los dos. Ni Prévot ni yo experimentamos la menor emoción. Sólo noté una espera demasiado larga, la espera de esa estrella deslumbrante en la que teníamos que desvanecernos en un segundo. Pero no hubo ninguna estrella púrpura. Hubo una especie de temblor de tierra que arrasó nuestra cabina, arrancando las ventanillas, lanzando chapas a cien metros, clavando su rugido en nuestras entrañas. El avión vibraba como un cuchillo que, una vez lanzado, se ha hincado en la dura madera. Y esa cólera nos sacudía. Un segundo, dos segundos… El avión seguía estremeciéndose y yo esperaba con terrible impaciencia que sus provisiones de energía lo hicieran estallar como una granada. Pero las sacudidas subterráneas se sucedían sin alcanzar la erupción definitiva. No entendía nada de aquella labor invisible. No comprendía el temblor, ni la cólera, ni el retraso interminable…

Cinco segundos, seis segundos… Y, bruscamente, experimentamos una sensación de rotación, un choque que lanzó también nuestros cigarrillos por la ventanilla y que pulverizó el ala derecha; después, nada. Sólo una gélida inmovilidad. Le grité a Prévot:

—¡Salta deprisa!

Él gritó a la vez:

—¡Fuego!

En un instante, tras deslizarnos por el hueco de la ventanilla desgajada, nos encontramos en pie a veinte metros de distancia. Pregunté a Prévot:

—¿Estás herido?

Y él me respondió:

—No.

Pero se frotaba la rodilla.

Le dije:

—Pálpate, muévete, júrame que no tienes nada roto…

Me respondió:

—No es nada, la bomba de repuesto…

Yo creía que, de repente, se iba a desplomar, partido por la mitad, del ombligo a la cabeza; pero, con la mirada fija, él me repetía:

—¡Ha sido la bomba de repuesto!

Y yo pensaba: «Se ha vuelto loco, se va a poner a bailar…».

Pero, por fin, apartando la mirada del avión que había dejado de arder, me miró y volvió a decir:

—No es nada, la bomba de repuesto que me ha golpeado la rodilla.

3

Es incomprensible que estemos vivos. Con la linterna recorro las huellas del avión en el suelo. A doscientos cincuenta metros del lugar donde se ha detenido encontramos ya trozos de hierro retorcidos y chapas con los que, a lo largo de su recorrido, ha ido salpicando la arena. Cuando llegue la luz, nos enteraremos de que hemos chocado tangencialmente contra una pendiente suave en la cumbre de una meseta desierta. En el punto de impacto hay un agujero en la arena semejante al de una reja de arado. Sin volcar, el avión ha seguido su camino sobre la panza con una cólera y con unos movimientos de cola de reptil. Ha reptado a doscientos setenta kilómetros por hora. Seguramente les debemos la vida a esas piedras negras y redondas, que ruedan libremente en la arena y que han formado un cojinete de bolas.

Prévot desconecta las baterías para evitar que, a causa de un cortocircuito se reproduzca el fuego.

Me he apoyado contra el motor y reflexiono: ahí arriba puedo haber tenido un viento de cincuenta kilómetros por hora pues, en efecto, notaba las sacudidas. Pero, si después de las previsiones meteorológicas, el viento ha cambiado, no tenga ni idea de la dirección. Así que me encuentro en un cuadrado de cuatrocientos kilómetros de lado.

Prévot se sienta a mi lado y me dice:

—Es extraordinario que estemos vivos…

No le respondo, ni tampoco siento ninguna alegría. Una idea incipiente empieza a abrirse paso en mi cabeza y comienza a atormentarme.

Le pido a Prévot que encienda su linterna como punto de referencia, y, con la mía en la mano, me voy en línea recta. Miro atentamente el suelo. Avanzo lentamente; trazo un amplio semicírculo; cambio varias veces de

dirección. Sigo examinando el suelo como si estuviera buscando un anillo perdido. Hace sólo un instante que, del mismo modo, está buscando el rescoldo. Sigo avanzando en la oscuridad, inclinado sobre el blanco disco de luz que me guía.

Pues sí… Pues sí… Vuelvo despacio al avión. Me siento cerca de la cabina y reflexiono.

Buscaba una razón para la esperanza y no la he encontrado. Buscaba una señal, un regalo de la vida, y la vida no me ha dado ninguna señal.

—Prévot, no he visto ni una brizna de hierba.

Prévot calla. No sé si me ha comprendido. Volveremos hablar del asunto cuando se levante el telón, cuando llegue la luz. Sólo siento un enorme cansancio; pienso: «¡A cuatrocientos kilómetros, más o menos, en el desierto…!». De repente me pongo en pie, de un salto:

—¡El agua!

Los depósitos de gasolina, los depósitos de aceite están destrozados. Nuestras reservas de agua también. La arena se lo ha bebido todo. Encontramos medio litro de café en el fondo de un termo pulverizado, un cuarto de vino blanco dentro de otro. Filtramos esos líquidos y los mezclamos.

También quedan unas cuantas uvas y una naranja. Calculo: «En cinco horas de marcha, bajo el sol, en el desierto esto se acaba…».

Nos instalamos en la cabina a esperar la luz del día. Me tumbo, voy a dormir. Mientras me duermo hago balance de nuestra aventura: lo ignoramos todo acerca de nuestra posición, no tenemos ni un litro de líquido. Si no nos hemos desviado mucho, tardarán, en el mejor de los casos, ocho días en encontrarnos, y será demasiado tarde. Si hemos derivado hacia un lado, tardarán seis meses. No hay que contar con los aviones: nos buscarán en un radio de tres mil kilómetros.

—¡Ah! ¡Qué lástima! —Dice Prévot.

—¿Por qué?

—¡Todo hubiera podido acabar de una vez…!

Pero no hay que rendirse tan pronto. Prévot y yo nos rehacemos. No hay que perder la esperanza, por muy débil que sea, de un rescate milagroso desde el aire. Tampoco tenemos que permanecer en el mismo sitio, desaprovechando, tal vez, un oasis cercano. Hoy caminaremos durante todo el día y regresaremos a nuestro aparato. Antes de partir dejaremos escrito en mayúsculas nuestro programa en la arena.

Así pues, me hago un ovillo; voy a dormir hasta el alba. Me siento muy feliz de poder dormirme.

La fatiga me envuelve con una múltiple presencia. No estoy solo en el desierto, mi duermevela está poblado de voces, de recuerdos, de confidencias susurradas. Todavía no tengo sed, me encuentro bien, me aventuro a dormir. La realidad pierde terreno frente a los sueños…

¡Ah! ¡Qué diferencia cuando llegó el día!

4

He querido mucho al Sáhara. He pasado noches en territorio rebelde. He despertado en esta extensión dorada en la que el viento deja la marca de sus olas, como en el mar. Allí, durmiendo bajo el ala de mi avión, he esperado a que vinieran a rescatarme; pero aquello no tiene punto de comparación con lo de ahora.

Caminamos por el flanco de sinuosas colinas. El suelo está formado por arena completamente cubierta por una capa de guijarros brillantes y negros. Se diría que son como escamas de metal; todas las cúpulas que nos rodean brillan como armaduras. Estamos encerrados en un paisaje de hierro.

Salvada la primera cresta, vislumbramos, más lejos, otra parecida, negra y brillante. Caminamos arrastrando los pies, trazando un hilo conductor para, más tarde, volver guiándonos por él.

Avanzamos con el sol de frente. Contra toda lógica he decidido ir hacia el Este, ya que todo me lleva a creer que he cruzado el Nilo: la meteorología, el tiempo de vuelo… Pero, después de un breve desvío hacia el Oeste, he experimentado un malestar que no he podido explicarme. Por eso lo he dejado para mañana, y he sacrificado provisionalmente el Norte que, sin embargo, conduce al mar. Tres días más tarde, cuando, en un estado próximo al delirio, decidamos abandonar definitivamente nuestro aparato y caminar de frente, en línea recta hasta caer rendidos, seguiremos dirigiéndonos hacia el Este, hacia el Este-Nordeste, para ser más exactos, y ello, una vez más, contra toda lógica y contra toda esperanza. Una vez rescatados, descubriremos que ninguna otra dirección nos hubiera permitido regresar, pues, hacia el Norte, demasiado agotados, tampoco hubiéramos alcanzado el mar. Hoy, por absurdo que parezca, pienso que, a falta de un motivo que me ayudara a elegir, escogí esa dirección por la única razón de que era la que había salvado a mi amigo Guillaumet en los Andes, donde

tanto le busqué. Para mí se había convertido, de modo confuso, en la dirección de la vida.

Después de cinco horas de marcha, el paisaje cambia. Un río de arena parece fluir por un valle y nosotros dirigimos nuestros pasos hacia el fondo de este valle. Caminamos dando grandes zancadas, necesitamos llegar lo más lejos posible y, si no hemos descubierto nada, volver antes de que se haga de noche. Me paro de golpe:

—Prévot.

—¿Qué?

—El rastro…

¿Cuánto tiempo hace que nos hemos olvidado de dejar un surco detrás de nosotros? Si no lo encontramos es la muerte.

Damos media vuelta, pero en diagonal hacia la derecha. Cuando estemos bastante lejos, giraremos perpendicularmente a nuestra primera dirección, y recuperaremos nuestras huellas, ahí donde aún las dejábamos.

Después de reanudar el hilo, volvemos a ponernos en marcha. La temperatura sube y, con ella, aparecen los espejismos, aunque todavía son espejismos elementales. Grandes lagos se forman y se desvanecen conforme avanzamos. Decidimos franquear el valle y escalar la cúpula más alta para observar el horizonte. Ya hace seis horas que caminamos. Con nuestras zancadas debemos de haber recorrido unos treinta y cinco kilómetros. Hemos llegado a lo alto de una cima negra donde nos sentamos en silencio. A nuestros pies, el valle de arena desemboca en un desierto de arena sin piedras cuya deslumbrante luz blanca quema los ojos. Hasta donde alcanza la vista sólo se ve el vacío. Pero, en el horizonte, juegos de luz componen espejismos que ya son más inquietantes. Fortalezas y minaretes, masas geométricas de líneas verticales. Observo también una gran mancha negra que simula vegetación, suspendida bajo la última de estas nubes que con el día se han disuelto y que de noche renacerán; sólo es la sombra de un cúmulo.

Es inútil avanzar más, esta tentativa no conduce a ninguna parte. Tenemos que volver a nuestro avión, a la baliza roja y blanca que tal vez será descubierta por los camaradas. Aunque no abrigo ninguna esperanza, pienso que sus rastreos son nuestra única posibilidad de salvación. Además, allí hemos dejado nuestras últimas gotas de líquido y ya necesitamos beberlas con urgencia.

Tenemos que volver para vivir. Estamos prisioneros en este círculo férreo: el de la corta autonomía de nuestra sed.

¡Qué difícil es dar media vuelta cuando, tal vez, se podría seguir caminando hacia la vida! Quizá, más allá de los espejismos, el horizonte es rico en verdaderas ciudades, en canales de agua dulce y en praderas. Sé que hago bien en dar media vuelta pero, sin embargo, tengo la impresión de estar naufragando cuando doy el golpe de timón.

Nos hemos acostado al lado del avión. Hemos recorrido más de sesenta kilómetros. Hemos agotado nuestros líquidos. Hacia el Este no hemos encontrado nada y ningún camarada ha sobrevolado el territorio. ¿Cuánto tiempo resistiremos? Tenemos ya tanta sed…

Hemos encendido una gran hoguera, con los restos de un ala pulverizada, gasolina y chapas de magnesio que producen un resplandor blanco. Hemos esperado a que la noche fuera bien cerrada para provocar nuestro incendio… Pero ¿dónde están los hombres?

La llama se eleva. Religiosamente contemplamos cómo arde nuestro fanal en el desierto, miramos cómo resplandece en la noche nuestro silencioso y deslumbrante mensaje. Pienso que si transmite una llamada que ya es patética, también transmite mucho amor. Pedimos ayuda para beber, pero también pedimos ayuda para comunicarnos. ¡Que otra hoguera alumbre la noche!

Los hombres son los únicos que disponen de fuego. ¡Que nos respondan!

Vuelvo a ver los ojos de mi mujer. Desde ahora sólo veré esos ojos. Interrogan. Vuelvo a ver los ojos de todos los que, tal vez, me aprecian. También interrogan. Toda una asamblea de miradas reprocha mi silencio… ¡Yo respondo! ¡Yo respondo! Respondo con todas mis fuerzas. ¡No soy capaz de encender en la noche una hoguera que brille más!

He hecho lo que he podido. Hemos hecho lo que hemos podido: casi sesenta kilómetros sin beber. Ahora ya no beberemos. ¿Es acaso culpa nuestra si no podemos esperar mucho tiempo más? Nos hubiera gustado ser prudentes, quedarnos allí, sorbiendo de nuestras cantimploras.

Pero, desde el mismo segundo en que apuré el fondo del cubilete de estaño, un reloj echó a andar. Desde el mismo segundo en que ingerí la última gota, empecé a seguir una inclinación. ¿Qué puedo hacer si el tiempo me arrastra como un río? Prévot llora. Le doy unas palmaditas en el hombro. Para consolarlo, le digo:

—Si estamos perdidos, estamos perdidos…

Me responde:

—Si crees que lloro por mí…

¡Pues claro! Por supuesto que he descubierto esta verdad: nada es intolerable. Mañana, y pasado mañana, aprenderé que, sin duda alguna, no hay nada que sea intolerable. Sólo creo a medias en el suplicio. Ya me había hecho esta reflexión. Un día creí que me ahogaba, prisionero en una cabina, y no sufrí demasiado. Algunas veces pensé que me iba a abrir la cabeza y no me pareció nada extraordinario. Aquí tampoco conoceré apenas la angustia. Mañana aprenderé cosas más extrañas si cabe sobre este asunto. ¡Sabe Dios si, a pesar de mi hoguera, yo no he renunciado a hacerme oír por los hombres!

«Si crees que es por mí…». Sí, claro que sí, esto es lo intolerable. Cada vez que vuelvo a ver esos ojos que esperan siento una quemazón, tengo un repentino deseo de levantarme y correr al frente.

¡Allí lejos están pidiendo socorro, están naufragando!

Es un extraño cambio de papeles, aunque yo siempre he pensado que era así. Pero me faltaba Prévot para estar completamente seguro. Pues bien, Prévot tampoco volverá a conocer esta angustia frente a la muerte, esta angustia de la que tanto nos hablan. Pero hay algo que él no soporta, ni yo tampoco.

¡Bien! Acepto dormirme, dormirme durante una noche o durante siglos. No veo la diferencia, si me duermo. Y además, ¡qué paz! Pero esos gritos que a lo lejos se proferirán, esas enormes llamas de desesperación… No puedo ni imaginármelo. ¡No puedo cruzarme de brazos frente a estos naufragios! Cada segundo de silencio está matando un poco a los que yo quiero, y en mí crece un intenso sentimiento de rabia. ¿Por qué estas cadenas que me impiden llegar a tiempo y socorrer a los que se hunden? ¿Por qué nuestro incendio no lleva este grito al otro lado del mundo? Paciencia… ¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos…! ¡Somos los socorristas!

El magnesio se ha consumido y la hoguera ya sólo es roja. Sólo es un montón de brasas sobre el que nos inclinamos para calentarnos. Se acabó nuestro deslumbrante y gran mensaje. ¿Qué ha puesto en marcha en el mundo? ¡Ya! Sé muy bien que no ha puesto nada en marcha. Se trataba de una súplica que no ha podido ser escuchada.

Bueno, me dormiré.

5

De madrugada hemos recogido de encima de las alas y con un trapo un culo de vaso de rocío mezclado con pintura y aceite. Estaba asqueroso, pero nos lo hemos bebido. A falta de otra cosa, al menos nos hemos mojado los labios. Después de semejante banquete, Prévot me ha dicho:

—Por suerte tenemos el revólver.

Bruscamente me siento agresivo y me vuelvo hacia él con maligna hostilidad. En este momento nada me respondería más que una efusión sentimental. Siento una necesidad extrema de pensar que todo es sencillo. Que es sencillo nacer. Que es sencillo crecer. Que es sencillo morir de sed.

Por el rabillo del ojo observo a Prévot, dispuesto, si hace falta, a golpearlo para que se calle.

Pero Prévot me ha hablado con calma. Ha tratado un asunto de higiene. Ha abordado el tema como quien hubiera podido decir: «Tendríamos que lavarnos las manos». Así que estamos de acuerdo. Mirando la funda de cuero ya lo pensé ayer. Mis reflexiones eran razonables, no patéticas. Sólo hay patetismo en el hecho social, en nuestra impotencia para tranquilizar a aquéllos de los que somos responsables. Y no en el revólver.

Ya no nos buscan o, para ser más exactos, seguro que nos están buscando en otra parte. En Arabia, probablemente. No oiremos ningún avión antes de mañana, cuando ya hayamos abandonado el nuestro. Y además, esa única pasada, tan lejana nos dejará indiferentes. Puntos negros mezclados con mil puntos negros en el desierto; no podemos pretender que nos descubran. Todo lo que se diga de mis reflexiones sobre este suplicio no será exacto. No sufriré ninguna tortura. Me parecerá que mis salvadores se mueven en otro universo.

Se necesitan quince días de búsqueda en un radio de tres mil kilómetros para encontrar en el desierto un avión del que nada se sabe: casi seguro que nos están buscando desde Trípoli hasta Persia. Sin embargo, aún hoy mantengo esta débil esperanza, pues no tengo otra, y, cambiando de táctica,

decido salir a explorar solo. Prévot preparará la hoguera y, en caso de visita, la encenderá; pero no habrá visitas.

Me voy, pues, y ni siquiera sé si tendré fuerzas para volver. Me viene a la memoria lo que conozco del desierto de Libia. Mientras que en el Sáhara hay un cuarenta por ciento de humedad, aquí desciende a un dieciocho por ciento. La vida se diluye como el vapor. Los beduinos, los viajeros, los oficiales del ejército colonial, enseñan que se puede aguantar hasta diecinueve horas sin beber. Después de veinte horas los ojos se inundan de luz y comienza el fin: la marcha de la sed es relampagueante.

Aunque el viento del Nordeste, ese viento anormal que nos ha engañado, que, contra todo pronóstico, nos ha clavado en esta meseta, sin duda, ahora nos sostiene. Pero ¿qué plazo nos concederá antes de que lleguen las primeras luces?

Así pues, me voy, con la impresión de que me estoy lanzando al océano embarcado en una canoa.

Y, no obstante, gracias a la aurora, este decorado me parece menos fúnebre. Primero camino con las manos en los bolsillos, como un merodeador. Ayer noche pusimos lazos en unas madrigueras misteriosas; en mí se despierta el cazador furtivo. En primer lugar voy a comprobar los lazos: están vacíos.

En fin, no beberé sangre. A decir verdad no lo esperaba.

Aunque apenas me siento decepcionado, sí que, por el contrario, estoy intrigado. ¿De qué viven los animales en el desierto? Son, sin duda, fénechs o zorros de las arenas, animales pequeños, gruesos como conejos y tocados con largas orejas. No puedo resistirme a la tentación y sigo el rastro de uno de ellos. Me conducen a un estrecho río de arena en el que todos los pasos se marcan con claridad. Admiro la hermosa palma formada por tres dedos en abanico. Imagino a mi amigo trotando suavemente al alba y lamiendo el rocío de las piedras. Aquí las huellas se espacian: mi fénech ha echado a

correr. Aquí un compañero ha venido a encontrase con él y los dos han trotado a la par. Con un extraño sentimiento de gozo presencio este paseo matutino. Me gustan estos signos de vida, y olvido por un momento que tengo sed.

Llego por fin a la despensa de mis zorros. Un minúsculo arbusto seco, del tamaño de una sopera, con los tallos cargados de caracolillos dorados, emerge aquí a ras del suelo de arena, cada cien metros. Al alba el fénech va a buscar provisiones. Y yo aquí me enfrento a un gran misterio de la naturaleza.

Mi fénech no se para en todos los arbustos. Desprecia algunos, aunque estén cargados de caracoles. Rodea otros con visible circunspección. Aborda algunos, pero sin arrasarlos. Retira dos o tres caracolillos y después cambia de restaurante.

¿Está jugando a no saciarse de golpe para poder disfrutar más de su paseo matutino? No lo creo.

Su juego coincide demasiado con una táctica indispensable. Si el fénech se saciara con los productos del primer arbusto, lo despojaría de su carga viviente en sólo dos o tres comidas. Así, de arbusto en arbusto, aniquilaría su criadero. Pero el fénech se cuida mucho de entorpecer la siembra. No sólo, para una colación, se dirige a un centenar de esos matojos oscuros, sino que nunca coge dos conchas vecinas de una misma rama. Todo ocurre como si fuera consciente del riesgo. Si se hartara sin tomar precauciones ya no habría caracoles, ya no habría fénechs.

Las huellas me conducen a la madriguera. El fénech está allí, oyéndome sin duda, espantado por el rumor de mis pasos. Le digo: «Zorrito mío, estoy perdido, pero es curioso, eso no ha impedido que me interese por ti…».

Y permanezco allí, pensando, y me parece que el ser humano se adapta a todo. La alegría de un hombre no se ve ensombrecida por la idea de que

dentro de treinta años tal vez morirá. Treinta años, tres días… Es una cuestión de perspectiva.

Pero hay que olvidar ciertas imágenes…

Prosigo mi camino y ahora sí, con el cansancio, algo se trasforma en mi interior. Si no hay espejismos, yo los invento.

—¡Eh!

Al gritar he levantado los brazos, pero ese hombre que gesticulaba sólo era una roca negra. En el desierto ya todo se anima. He querido despertar al beduino que estaba durmiendo y se ha transformado en tronco de árbol negro. ¿En tronco de árbol? Este hallazgo me sorprende y me inclino. Quiero coger una rama rota: ¡es de mármol! Me enderezo y miro a mi alrededor. Veo otros mármoles negros. Un bosque antediluviano tapiza el suelo con sus fustes partidos. Hace cien mil años que se derrumbó bajo un huracán de génesis. Y los siglos han hecho rodar hasta mí estos trozos de columnas gigantes pulidos como piezas de acero, petrificados, vitrificados, de color de tinta. Aún distingo el nudo de las ramas, percibo las torsiones de la vida, cuento los anillos del tronco. Este bosque, que estuvo repleto de pájaros y lleno de música, ha sufrido una maldición y ha sido transformado en bosque de sal. Siento que el paisaje es hostil. Más negros que la armadura de hierro de las colinas, estos restos solemnes me rechazan. ¿Qué se me ha perdido aquí, vivo, entre estos mármoles incorruptibles? A mí, ser perecedero, con mi cuerpo corruptible, ¿qué se me ha perdido aquí, en la eternidad?

Ya he recorrido, desde ayer, cerca de ochenta kilómetros. El vértigo es sin duda producto de la sed. O del sol. Brilla sobre los troncos, que parecen escarchados de aceite. Brilla sobre este caparazón universal. Aquí ya no hay arena ni zorros. Aquí sólo hay un inmenso yunque. Y yo camino sobre él. Y en mi cabeza siento repercutir los golpes del sol. ¡Ah!, a lo lejos…

—¡Eh! ¡Eh!

—Allí no hay nada, no te alteres, es el delirio.

Hablo conmigo mismo, pues necesito apelar a mi razón. Me resulta tan difícil rechazar lo que veo. Me resulta tan difícil no echar a correr hacia esa caravana en marcha… Ahí… ¡Mira!

—Imbécil, sabes muy bien que eres tú el que la inventas.

—Entonces nada en el mundo es de verdad…

Nada es verdadero salvo esa cruz sobre la colina a veinte kilómetros de distancia. Esa cruz o ese faro.

Pero ésta no es la dirección del mar. Entonces es una cruz. He estado estudiando el mapa durante toda la noche. Mi trabajo era inútil, ya que ignoraba mi posición. Pero me inclinaba sobre todos los signos que me indicaban la presencia del hombre. Y, en algún sitio, he descubierto un círculo coronado por una cruz similar. He buscado la leyenda y he leído: «Establecimiento religioso». Al lado de la cruz he visto un punto negro. Me he fijado otra vez en la leyenda y he leído: «Pozo permanente». Me he estremecido y he vuelto a leer en voz alta: «¡Pozo permanente! ¡Pozo permanente…! ¡Pozo permanente!». Alí-Babá y su tesoro, ¿importan algo frente a un pozo permanente? Un poco más lejos me he fijado en dos círculos blancos. En la leyenda rezaba: «Pozo temporal». No era tan hermoso. Luego ya no había nada alrededor. Nada.

¡Éste es mi establecimiento religioso! Los monjes han levantado una gran cruz en la colina para avisar a los náufragos. Sólo tengo que caminar hacia ella. Sólo tengo que correr hacia esos dominicos…

—Pero si en Libia sólo hay monasterios coptos…

—Esos dominicos estudiosos tienen una hermosa y fresca cocina con baldosas rojas y, en el patio, una maravillosa bomba oxidada. Debajo de la bomba oxidada, debajo de la bomba oxidada, ya lo habéis adivinado… Debajo de la bomba oxidada está… ¡El pozo permanente! ¡Ah! Será una un gran acontecimiento cuando llegué allí y llame a la puerta, cuando tire de la gran campana…

—Imbécil, estás describiendo una casa de Provenza donde, además, no hay campana.

—¡Cuando tire de la gran campana! El portero elevará los brazos al cielo y me gritará: «¡Sois un enviado del Señor!», y llamará a todos los monjes. Y acudirán corriendo. Y me festejarán como a un niño pobre. Y me empujarán hacia la cocina. Y me dirán: «Un segundo, un segundo hijo mío… Vamos corriendo al pozo permanente…».

Y yo, yo me estremeceré de felicidad…

No, no quiero llorar porque ya no esté la cruz en la colina.

Las promesas del Oeste no son más que mentiras. He virado directo al Norte.

El norte, al menos, está henchido de cantos del mar.

¡Ah! Una vez franqueada esta cresta, se extiende el horizonte. He aquí la más bella ciudad del mundo.

—Sabes muy bien que es un espejismo…

Sé muy bien que es un espejismo. ¡A mí no me engaña! Pero ¿y si a mí me apetece meterme en un espejismo? ¿Si a mí me apetece tener esperanza? ¿Si me apetece amar esta ciudad almenada y engalanada por el sol? Si me

apetece caminar en línea recta, a paso ligero, puesto que ya no siento la fatiga, puesto que soy feliz… Prévot y su revólver. ¡No me hagáis reír! Prefiero mi embriaguez. Estoy ebrio. ¡Me muero de sed!

El crepúsculo me ha serenado. Me he parado bruscamente, asustado de haber llegado tan lejos.

Con el crepúsculo, el espejismo muere. El horizonte se ha desprendido de su pompa, de sus palacios, de sus vestimentas sacerdotales. Es un horizonte de desierto.

—¡Has avanzado mucho! Te alcanzará la noche y tendrás que esperar el día, y mañana tus huellas se habrán borrado y ya no estarás en ninguna parte.

—En ese caso, tanto da seguir caminando en línea recta… ¿Para qué volver a dar media vuelta?

Ya no quiero dar este golpe de timón, cuando tal vez iba a abrir, cuando abría los brazos sobre el mar…

—¿Dónde has visto el mar? Además, nunca lo alcanzarás. Puedes estar seguro de que trescientos kilómetros te separan de él. ¡Y Prévot permanece cerca del Simoun! Y tal vez ha sido descubierto por una caravana…

Sí, voy a volver, pero antes voy a llamar a los hombres:

—¡Eh!

Este planeta, buen Dios, este planeta está sin embargo habitado…

—¡Eh! ¡Hombres!

Estoy ronco. Ya no me queda voz. Me siento ridículo por gritar de esta forma… Vuelvo a gritar:

—¡Hombres!

Suena enfático y pretencioso.

Doy media vuelta.

Después de dos horas de marcha vislumbro las llamas que Prévot, muy asustado al pensar que me había perdido, lanza al cielo. ¡Bah! Ya me da igual…

Una hora de marcha aún… Todavía quinientos metros. Todavía cien metros. Todavía cincuenta.

—¡Oh!

Me he parado, estupefacto. La alegría invade mi corazón y yo procuro controlarla. Prévot, iluminado por la hoguera, charla con dos árabes apoyados en el motor. Todavía no me ha visto.

Está demasiado ocupado con su propia alegría. ¡Ah! Si, como él, hubiera esperado… ¡Ya habría sido liberado! Grito con alegría:

—¡Eh!

Los dos beduinos se sobresaltan y me miran. Prévot los deja y llega a mi lado. Abro los brazos.

Prévot me coge por el codo, ¿me iba a caer? Le digo:

—¡Por fin lo conseguimos!

—¿El qué?

—¡Los árabes!

—¿Qué árabes?

—¡Los árabes que están ahí, contigo!

Divertido, Prévot me mira, y me da la impresión de que a regañadientes me confía un gran secreto:

—No hay árabes.

Ahora sí que voy a llorar.

6

Aquí se aguanta diecinueve horas sin agua, ¿y que hemos bebido desde anoche? ¡Algunas gotas de rocío del alba! Pero el viento del Nordeste sigue reinando y reduce un poco la operación.

Además, esta pantalla favorece la formación de nubes altas en el desierto. ¡Ah! Si derivaran hacia nosotros. ¡Si lloviera! Pero nunca llueve en el desierto.

—Prévot, cortemos un paracaídas en triángulos. Con piedras fijaremos los trozos de tela en el suelo y, si el viento no ha cambiado, al amanecer, estrujándolos, recogeremos el rocío en uno de los depósitos de gasolina.

Hemos alineado los seis trozos de tela blanca bajo las estrellas. Prévot ha desmontado un depósito. Sólo nos queda esperar el día.

Entre los restos, Prévot ha descubierto milagrosamente una naranja. Nos la hemos repartido. Esto me conmueve, aunque es muy poco cuando necesitaríamos veinte litros de agua.

Acostados cerca de nuestro fuego nocturno miro esta fruta luminosa y me digo: «Los hombres no saben lo que es una naranja…». Y también: «Estamos condenados, y esta certeza no ha echado a perder mi placer. Esta media naranja que sostengo en la mano me proporciona una de las alegrías más grande de mi vida…». Me tumbo de espaldas, chupo mi fruta, cuento las estrellas fugaces.

Heme aquí, durante un minuto, infinitamente dichoso. Y me digo todavía: «Sólo se puede adivinar cómo es el mundo en que vivimos si uno se encierra en él». Sólo ahora comprendo el cigarrillo y el vaso de ron del condenado. Yo no entendía que aceptara esa miseria. Y, sin embargo, disfruta con ellos. Si le vemos sonreír, pensamos que es un hombre valiente. Pero sonríe porque se bebe una copa de ron. Nosotros no sabemos que su

perspectiva ha cambiado y que de esta última hora ha hecho toda una vida humana.

Hemos recogido una gran cantidad de agua: dos litros, tal vez. ¡Se acabó la sed! ¡Estamos salvados, vamos a beber!

De mi depósito extraigo el contenido de un cubilete de estaño, pero esta agua tiene un hermoso color verde amarillo y, en cuanto bebo un sorbo, le noto un sabor tan espantoso que, a pesar de la sed que me atormenta y antes de poder tragármelo, tengo que coger aire. Beberé, sin embargo, el barro, aunque el sabor a metal envenenado es más fuerte que mi sed.

Veo a Prévot que mira alrededor del suelo, como si estuviera buscando algo con atención. De repente se inclina y vomita sin dejar de mirar a su alrededor. Treinta segundos después me toca a mí. Tengo tantos retortijones que caigo de rodillas y hundo los dedos en la arena. No hablamos y, durante un cuarto de hora, permanecemos así, estremeciéndonos, echando ya sólo un poco de bilis.

Se acabó. Sólo experimento una náusea lejana… Pero hemos perdido la última esperanza. Ignoro si nuestro fracaso se ha debido a alguna capa del paracaídas o al receptáculo de tetracloruro de carbono que recubre el depósito. Hubiéramos necesitado otro recipiente u otros manteles.

Vamos, ¡démonos prisa! Es de día. ¡En marcha! Huyamos de esta meseta maldita y caminemos con brío en línea recta, hasta caer. Sigo el ejemplo de Guillaumet en los Andes: desde ayer pienso mucho en él. Estoy infringiendo la consigna que, de forma terminante, exige permanecer junto al avión accidentado. Ya no nos buscarán aquí.

Descubrimos de nuevo que no somos nosotros los náufragos. ¡Los náufragos son los que esperan! Aquéllos a quienes amenaza nuestro silencio, los que están destrozados por un error abominable. No podemos

dejar de correr hacia ellos. ¡También Guillaumet, al volver de los Andes, me contó que corría hacia los náufragos! Esto es una verdad universal.

—Si estuviera solo en el mundo, me tumbaría.

Y seguimos avanzando en línea recta, hacia el Nordeste. Si hemos cruzado el Nilo, entonces, a cada paso, nos estamos hundiendo más profundamente en el espesor del desierto de Arabia.

De ese día ya no recuerdo nada más. Sólo la prisa. Prisa por alcanzar cualquier cosa, por derrumbarme. Me acuerdo también de caminar con la vista fija en el suelo, los espejismos me habían descorazonado. De vez en cuando rectificamos el rumbo con ayuda de la brújula.

También algunas veces nos tumbamos para superar el aliento. En algún lugar, me desprendí del chubasquero que conservaba para pasar la noche. Ya no sé nada más. Mis recuerdos sólo se reanudan a partir del momento en que llegó el frescor de la noche. Yo era también como la arena y, en mí, se borró todo.

Al ponerse el sol decimos acampar. Ya sé que tendríamos que seguir andando: esta noche sin agua acabará con nosotros, pero hemos traído los trozos de tela del paracaídas. Si el veneno no procede del recubrimiento, quizá, mañana por la mañana, podremos beber. Tenemos que extender otra vez nuestras trampas para el rocío.

Al Norte esta noche el cielo está virgen de nubes. El viento ha cambiado de forma de pensar.

También ha cambiado de dirección. El cálido viento del desierto ya comienza a acariciarnos. ¡La fiera está despertando! Noto cómo nos lame las manos y la cara…

Si echo a andar otra vez, no llegaré ni a diez kilómetros. Después de tres días sin beber ya he cubierto ochenta…

Pero, en cuanto paramos:

—Te juro que es un lago. —Me dice Prévot.

—Estás loco.

—A estas horas, con el crepúsculo, ¿puede ser un espejismo?

No respondo. Hace demasiado tiempo que he renunciado a creer en mis ojos. Quizá no sea un espejismo, en cuyo caso es una invención de nuestra locura. ¿Cómo es posible que Prévot lo siga creyendo?

Prévot se obstina:

—Está a veinte minutos, voy a ver…

Semejante cabezonería me irrita:

—Vete a ver, vete a tomar viento… Es muy bueno para la salud. Pero entérate, tu lago, si es que existe, es salado. Salado no, es un lago del demonio. Y, además, no existe.

Prévot, con la mirada fija, se aleja. ¡Conozco bien estas soberanas atracciones! Pienso: «Del mismo modo, hay sonámbulos que se arrojan de cabeza debajo de las locomotoras». Sé que Prévot no regresará. El vértigo del vacío lo atrapará y ya no podrá volver. Caerá un poco más lejos. Él morirá por su lado y yo por el mío. ¡Y todo esto sigue teniendo tan poca importancia!

No creo que la indiferencia que se ha adueñado de mí sea un buen augurio. Cuando estaba medio ahogado experimenté la misma paz. Como sea, aprovecho el momento para escribir una carta póstuma, tumbado boca abajo sobre las piedras. Mi carta es muy bella, muy digna. En ella prodigo muy buenos consejos. Releyéndola experimento el vago placer de la

vanidad. Dirán: «¡Esta sí que es una auténtica carta póstuma! ¡Qué lástima que haya muerto!».

Quisiera saber también donde me encuentro. Intento salivar. ¿Cuánto hace que no he escupido?

Ya no tengo saliva. Si mantengo la boca cerrada, una sustancia pegajosa me sella los labios. Se seca y forma al exterior un rodete duro. Sin embargo, mis esfuerzos por tragar todavía tienen éxito. Aún no se me llenan los ojos de luces. Cuando se me ofrezca tan radiante espectáculo significará que ya sólo me quedan dos horas.

Ha anochecido. Desde la última noche la luna ha engordado. Prévot no vuelve. Me he tendido de espaldas y maduro estas evidencias. Redescubro en mí una antigua impresión. Intento explicármela, definirla. Estoy… Estoy… ¡Estoy embarcado! Me dirigía a América del Sur, me había tumbado del mismo modo en la cubierta superior. La punta del mástil, con mucha lentitud, se paseaba a lo ancho y a lo largo entre las estrellas. Aquí falta un mástil, pero también estoy embarcado hacia un destino que ya no depende de mi esfuerzo. Unos negreros me han arrojado, maniatado, a un navío.

Pienso en Prévot, que no vuelve. No le he oído quejarse ni una sola vez. Me alegro. No hubiera podido soportar oírle gemir. Prévot es un hombre.

¡Ah! ¡Ahí está, a quinientos metros de mí, agitando la linterna! ¡Ha perdido el rastro! No tengo linterna para responderle, me levanto, grito, pero él no me oye…

Otra linterna se enciende a doscientos metros de la suya, y otra más. ¡Dios mío! ¡Es una batida y me están buscando!

Grito:

—¡Eh!

Pero no me oyen.

Las tres linternas siguen haciendo señales de aviso.

Esta noche no estoy loco. Me encuentro bien. Estoy en paz. Miro con atención. Hay tres linternas a quinientos metros.

—¡Eh!

Pero siguen sin oírme.

Una breve sensación de pánico me sobrecoge. La única que puedo experimentar. ¡Ah! Todavía puedo correr: «¡Esperad…! ¡Esperad…!». ¡Van a dar media vuelta! ¡Van a alejarse, a buscar en otra parte, y yo voy a caer! ¡Voy a caerme en el umbral de la vida, cuando había brazos para acogerme…!

—¡Eh! ¡Eh!

—¡Eh!

Me han oído. Me sofoco, me sofoco, pero sigo corriendo. Corro en dirección a la voz: «¡Eh!».

Veo a Prévot y me caigo.

—¡Ah! ¡Cuándo he visto todas esas linternas…!

—¿Qué linternas?

Es verdad. Está solo.

Esta vez no siento desesperanza, sólo un sordo sentimiento de cólera.

—¿Y tu lago?

—Conforme avanzaba, se alejaba. He andado tras él durante una media hora. Después de media hora estaba demasiado lejos. He regresado. Pero ahora estoy completamente seguro de que se trataba de un lago…

—Estás loco, loco de atar. ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué?

¿Qué ha hecho? ¿Por qué lo ha hecho? Lloraría de indignación, pero ignoro por qué estoy indignado. Prévot me explica con voz ahogada:

—¡Deseaba tanto encontrar algo para beber…! ¡Tienes los labios tan blancos!

¡Ah! Mi cólera se disipa… Me paso la mano por la frente, como si me estuviera despertando, y me siento triste. Y, suavemente, le cuento:

—He visto, como te estoy viendo ahora, con claridad, he visto tres luces, sin posibilidad de error… ¡Te digo que las he visto, Prévot!

En un primer momento Prévot se calla:
—¡Claro que sí! —Reconoce por fin—. Esto no va bien.

Bajo esta atmósfera sin vapor de agua, la tierra resplandece deprisa. Ya hace mucho frío. Me levanto y camino. Pero pronto tengo unos temblores insoportables. Mi sangre deshidratada circula muy mal y, un frío glacial, que no es sólo frío de la noche, me penetra. Me castañetean las mandíbulas y todo mi cuerpo se sobresalta. Experimento tantas sacudidas en la mano que ya no puedo utilizar la linterna eléctrica. Nunca he sido un friolero y, sin embargo, voy a morir de frío. ¡Qué raros son los efectos de la sed!

He dejado caer mi chubasquero en alguna parte, cansado de llevarlo con el calor. Poco a poco el viento empieza a reinar. Y yo descubro que en el desierto no existe ningún refugio. El desierto es liso como un mármol. Durante el día no ofrece ninguna sombra y, por la noche, me entrega al viento completamente desnudo. Ni un árbol, ni un seto, ni una piedra que pueda ofrecerme abrigo. Como un regimiento de caballería en terreno descubierto, el viento carga contra mí. Giro en redondo para esquivarlo. Me tumbo y vuelvo a ponerme en pie. Tumbado o en pie, estoy expuesto a ese látigo de hielo. ¡No puedo correr, ya no tengo fuerzas, no puedo huir de los asesinos, y caigo de rodillas, con la cabeza entre las manos, bajo el sable!

Me doy cuenta un poco más tarde. ¡Me he vuelto a levantar y, sin dejar de temblar, avanzo en línea recta! ¿Dónde estoy? ¡Ah! Hace muy poco que camino. ¡Oigo a Prévot! Han sido sus gritos los que me han despertado…

Regreso junto a él, agitándome sin parar por este temblor, por este hipo que me sacude todo el cuerpo. Me digo: «No es el frío. Es otra cosa. Es el

fin». Ya me he deshidratado demasiado. He caminado tanto, anteayer y ayer, cuando iba solo.

Me da pena acabar por culpa del frío. Preferiría mis espejismos interiores. Aquella cruz, aquellos árabes, aquellas linternas. Después de todo, esto empezaba a interesarme. No me gusta que me flagelen como a un esclavo…

Otra vez estoy de rodillas.

Hemos traído un pequeño botiquín. Cien gramos de éter puro, cien gramos de alcohol de noventa grados y un frasco de yodo. Intento beber dos o tres sorbos de éter puro. Es como si me tragara cuchillos. Después, un poco de alcohol que me cierra la garganta.

Cabo una zanja en la arena, me acuesto dentro y me cubro con la arena. Sólo saco la cara. Prévot ha encontrado unas ramitas y enciende un fuego cuyas llamas pronto se extinguirán. Se niega a enterrarse en la arena. Prefiere golpear el suelo con los pies para calentarlos. Se equivoca.

Sigo teniendo la garganta obstruida, es un mal signo y, sin embargo, me siento mejor. Me noto sereno. Me noto sereno más allá de toda esperanza. A pesar de mis deseos me marcho de viaje, maniatado bajo las estrellas, sobre la cubierta de mi bajel de negreros. Pero tal vez mi suerte no sea tan mala…

Ya no siento el frío, a no ser que mueva un músculo. Así me olvido de mi cuerpo dormido bajo la arena. Ya no me moveré más, y así jamás volveré a sufrir. Además, la verdad, se sufre tan poco… Detrás de todos estos tormentos se encuentra la conjunción entre la fatiga y el delirio. Y todo se transforma en un libro de imágenes, en un cuento de hadas un poco cruel… Hace un momento el viento me acosaba y, para esquivarlo, me giraba en redondo como un animal.

Después he tenido dificultades para respirar: una rodilla me aplastaba el pecho. Una rodilla. Y yo me debatía bajo el peso del ángel. Nunca me

encontré sólo en el desierto. Ahora que ya no creo en lo que me rodea, me aíslo dentro de mí, cierro los ojos y ni siquiera pestañeo. Siento que todo este torrente de imágenes me lleva hacia un tranquilo sueño: los ríos se calman en el grosor del mar.

Adiós, aquéllos que he querido. No es culpa mía si el cuerpo humano no puede resistir tres días sin beber. No me creía tan cautivo de las fuentes. No sospechaba que mi autonomía era tan limitada. Creemos que el hombre puede avanzar en línea recta. Creemos que el hombre es libre… No vemos la cuerda que nos ata el pozo, que nos une, como un cordón umbilical, al vientre de la tierra. Si damos un paso de más, morimos.

No siento nada, salvo vuestro sufrimiento. Después de todo, me ha tocado la mejor parte. Si regresara, volvería a empezar. Necesito vivir. En las ciudades ya no hay vida humana.

Aquí no se trata de aviación. El avión no es un fin, es un medio. No es por el aparato por lo que uno arriesga la vida. Tampoco es por su arado por lo que el campesino labra. Pero con el avión uno abandona la ciudad y sus contables, y encuentra una verdad campesina.

Desempeñamos trabajos de hombre y conocemos preocupaciones de hombre. Estamos en contacto con el viento, con las estrellas, con la noche, con la arena, con el mar. Hacemos trampas a las fuerzas de la naturaleza. Esperamos el alba como el jardinero espera la primavera.

Aguardamos la escala como una tierra prometida, y buscamos la verdad en las estrellas.

No me quejaré. Durante tres días he caminado, he tenido sed, he seguido pistas en la arena, he depositado mis esperanzas en el rocío. He buscado la forma de encontrar a mi especie, cuyo albergue en la tierra había olvidado. Eso sólo son preocupaciones de estar vivo. No puedo evitar pensar que no son más importantes que tener que elegir una sala de fiestas por la noche.

Ya no comprendo el gentío de los trenes de cercanías, esos hombres que se creen hombres y que, sin embargo, por una presión de la que no son conscientes, están reducidos, como las hormigas, a ser sólo usados. ¿Con qué llenan, cuando están libres, sus pobres domingos absurdos?

En cierta ocasión, en Rusia, escuché interpretar a Mozart en una fábrica. Escribí sobre ello.

Recibí doscientas cartas repletas de injurias. No tengo nada contra los que prefieren la música de cafetucho. No conocen otra. Yo estoy contra el gerente de cafetucho. No me gusta que a los hombres se les eche a perder.

Soy feliz con mi oficio. Me siento campesino de las escalas. ¡Mi agonía en el tren de cercanías es tan diferente de la que siento aquí! Aquí, después de todo, ¡qué lujo…!

No lamento nada. He jugado, he perdido. Son gajes del oficio. Pero, a pesar de todo, yo he respirado el viento del mar.

Quienes lo han saboreado una vez no olvidan este alimento. ¿No es verdad, camaradas? Y no se trata de vivir peligrosamente. Esa fórmula es pretenciosa. Los toreros apenas me gustan. Lo que yo amo no es el peligro, es la vida.

Me parece que el cielo va a clarear. Saco un brazo de la arena. Tengo un trozo de paracaídas al alcance de la mano, lo palpo, pero sigue seco. Esperemos. El rocío se deposita al alba. Pero el alba clarea sin mojar nuestras telas. Entonces mis reflexiones se embrollan un poco y me oigo decir: «Aquí hay un corazón seco… Un corazón seco… Un corazón seco incapaz de derramar lágrimas…».

«¡En ruta Prévot! Todavía no tenemos las gargantas cerradas: hay que caminar».

7

Está soplando este viento del Oeste que seca al hombre en diecinueve horas. Todavía no tengo el esófago cerrado, pero sí duro y dolorido. Y noto algo que raspa. Pronto comenzará la tos que me han descrito y que estoy esperando. La lengua me molesta. Pero lo más grave es que ya percibo manchas brillantes. Cuando se transformen en llamas, me tumbaré.

Caminamos deprisa. Aprovechamos el frescor de la madrugada. Sabemos muy bien que con el gran sol, como lo llaman, ya no andaremos. Con el gran sol…

No tenemos derecho a transpirar. Ni siquiera a esperar. Este frescor sólo es un frescor de un dieciocho por ciento de humedad. El viento que sopla viene del desierto. Y bajo su caricia tierna y engañosa mi sangre se evapora.

El primer día comimos unas cuantas uvas. Desde hace tres días, sólo media naranja y la mitad de una magdalena. ¿Con qué saliva podríamos masticar ahora cualquier alimento? Pero no tengo nada de hambre, sólo tengo sed. Y me parece que ahora, más que la sed, lo que siento son los efectos de la sed. La garganta dura, la lengua de trapo, el carraspeo de la garganta y el sabor espantoso en la boca. Estas sensaciones son nuevas para mí. El agua las curaría, sin duda, pero no guardo recuerdos asociados a ese remedio. La sed se va convirtiendo cada vez más en una enfermedad y es, cada vez menos, un deseo.

Me da la impresión de que las imágenes de fruta y de manantiales son menos desgarradoras. Me olvido del esplendor de la naranja, como creo que también he olvidado el cariño. En una situación como ésta, tal vez todo se olvida.

Nos hemos sentado, pero hay que reemprender la marcha. Renunciamos a las etapas largas.

Después de quinientos metros nos caemos de cansancio. Y me siento muy feliz de poderme tumbar. Pero hay que reemprender la marcha.

El paisaje cambia. Las piedras se espacian. Ahora caminamos sobre la arena. A dos kilómetros delante de nosotros, dunas. En ellas, algunas manchas de vegetación menuda. Prefiero el sable a la armadura de acero. Es el desierto dorado. Es el Sáhara. Creo que lo reconozco…

Ahora doscientos metros ya nos agotan.

—De todas maneras, vamos a caminar al menos hasta aquellos arbustos.

Es una meta extrema. Ocho días después, cuando, en coche, rehagamos el camino para buscar el Simoun, comprobaremos que esta última tentativa fue de ochenta kilómetros. Ya he cubierto cerca de doscientos. ¿Cómo voy a proseguir?

Ayer caminaba sin esperanza. Hoy estas palabras han perdido su sentido. Hoy andamos por andar. Como seguro que lo hacen los bueyes en su labor. Ayer soñaba con paraísos de naranjos.

Hoy ya no hay paraísos para mí. Tampoco creo en la existencia de los naranjos.

Ya no siento nada en mí, sólo una gran aridez en el corazón. Me voy a caer y no estoy desesperado. Ni siquiera siento pena. Lo lamento: para mí la pena sería dulce como el agua. Uno se compadece y se queja con un amigo, pero ya no tengo amigos en el mundo.

Cuando me encuentren, con los ojos abrasados, pensarán que he sufrido mucho. Sin embargo los anhelos, las penas, los dulces sufrimientos, siguen siendo riquezas, y yo ya no poseo ninguna.

Las muchachas tiernas sienten pena y lloran en su primera noche de amor. La pena acompaña los temblores de la vida. Y yo ya no siento pena…

El desierto soy yo. Ya no salivo, pero tampoco soy capaz de componer imágenes a las que implorar. En mí el sol ha secado la fuente de las lágrimas.

Pero ¿qué he sentido? Un soplo de esperanza ha pasado sobre mí como una ráfaga de viento en el mar. ¿Qué señal, antes de llegar a la conciencia, ha puesto mi instinto en estado de alerta? No ha cambiado nada y, sin embargo, todo ha cambiado. El mantel de arena, los montículos, las débiles placas de vegetación ya no componen un paisaje sino una escena. Una escena vacía todavía, pero puesta punto. Miro a Prévot. Está tan asombrado como yo, pero tampoco comprende lo que siente.

Os juro que algo ocurrirá…

Os juro que el desierto se ha animado. Os juro que, de repente, esta ausencia, este silencio, son más emocionantes que un tumulto en una plaza pública…

¡Estamos salvados! ¡Hay huellas en la arena…!

¡Ah! Habíamos perdido la pista de la especie humana, nos habíamos alejado de la tribu, nos encontrábamos solos en el mundo, olvidados por una migración universal y, he aquí que descubrimos, impresos en la arena, unos milagrosos pies de hombre.

—Prévot, dos hombres se han separado aquí.

—Aquí se ha arrodillado un camello…

—Aquí…

Y, sin embargo, todavía no estamos salvados. No basta con esperar. En pocas horas ya no nos podrán socorrer. La progresión de la sed, una vez se ha iniciado la tos, es demasiado rápida. Y además, está la garganta…

Pero creo en esta caravana que fluctúa por algún lugar, en el desierto…

Así pues, hemos seguido andando y, de repente, he oído cantar un gallo. Guillaumet me había dicho: «Al final oía gallos en los Andes. También oía trenes…».

En cuanto ha cantado el gallo me he acordado de su relato y me digo: «Al principio han sido los ojos los que me han engañado. Era a consecuencia de la sed, seguro. Mis oídos resistían mejor…». Pero Prévot me ha cogido por el brazo:

—¿Has oído?
—¿El qué?
—¡El gallo!
—Entonces… Entonces…
Entonces, es seguro, imbécil, es la vida…

Padecí una última alucinación: la de tres perros que me perseguían. Prévot, que también estaba mirando, no vio nada. Pero somos dos los que tendemos los brazos hacia este beduino. Somos dos los que por él nos quedamos sin aliento en los pechos. ¡Somos dos los que reímos de felicidad…!

Nuestras voces no llegan a treinta metros. Nuestras cuerdas vocales ya están secas. Entre nosotros hablábamos muy bajito ¡y ni siquiera nos habíamos dado cuenta!

El beduino y su camello que se han dejado ver detrás del montículo se están alejando, despacio, despacio. Tal vez ese hombre esté solo. Un demonio cruel nos lo ha mostrado y lo aleja…
¡Y nosotros ya no podemos correr!

Otro árabe aparece de perfil sobre una duna. Aullamos, pero bajito. Entonces agitamos los brazos, y tenemos la impresión de llenar el cielo de inmensas señales. Sin embargo el beduino sigue mirando a la derecha…

Pero ahora, sin prisa, ha comenzado a dar un cuarto de vuelta. En el mismo instante en que esté de frente todo habrá terminado. En el mismo instante en que nos mire habrá borrado en nosotros la sed, la muerte y los espejismos. Ha iniciado un cuarto de vuelta que ya está cambiando el mundo. Sólo con mover el busto, sólo con pasear la mirada, crea la vida, y a mí me parece semejante a un dios…
Es un milagro… Camina hacia nosotros sobre la arena, como un dios sobre el mar…

El árabe, simplemente, nos ha mirado. Nos ha empujado los hombros con las manos y le hemos obedecido. Nos hemos tumbado. Aquí no hay razas, ni lenguajes, ni divisiones… Está ese pobre nómada que, sobre nuestros hombros, ha depositado unas manos de arcángel.

Hemos esperado con la frente en la arena, y ahora, boca abajo, con la cabeza en la palangana, bebemos como terneros. El beduino no se espanta y continuamente nos obliga a pararnos. Pero, en cuanto nos deja, volvemos a sumergir toda la cara en el agua.

¡El agua!

Agua, tú no tienes ni sabor, ni color, ni aroma, no se te puede definir, se te saborea sin conocerte.

No eres necesaria para la vida, eres la vida. Nos penetras con un placer que los sentidos no pueden explicar. Por ti vuelven a nosotros todos los poderes a los que habíamos renunciado.

Gracias a ti renacen en nosotros los manantiales agotados de nuestro corazón.

Eres la riqueza más grande del mundo, y también eres la más delicada, tú, tan pura en el vientre de la tierra. Se puede morir sobre un manantial de agua magnesiana. Se puede morir a dos pasos de un lago de agua salada. Se puede morir a pesar de los dos litros de rocío que contienen algunas sales en suspensión. Tú no aceptas mezclas, tú no soportas ninguna alteración, tú eres una divinidad recelosa…

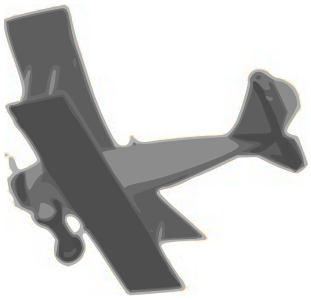
Pero, en nosotros, tú derramas una felicidad infinitamente simple.

En cuanto a ti que nos salvas, beduino de Libia, te borrarás, sin embargo, para siempre de mi memoria. No me acordaré más de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. No nos has visto nunca y ya nos ha reconocido. Eres el hermano bienamado. Y a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres.

Te me apareces bañado en nobleza y bondad, gran Señor que tienes el poder de dar de beber.

Todos mis amigos, todos mis enemigos en ti marchan hacia mí, y yo no tengo ya un solo enemigo del mundo.

Capítulo 8



Los Hombres.

1

De nuevo he acariciado una verdad que no comprendo del todo. Me he visto perdido, ha querido tocar fondo mi desesperación y, una vez aceptada la renuncia, he conocido la paz. Me parece que es, en esos momentos, cuando uno se encuentra consigo mismo y se transforma en su propio amigo. Nada prevalece ya frente a un sentimiento de plenitud que satisface en nosotros no sé qué necesidad esencial que no conocemos. Supongo que Bonnafous, que se agotaba desplazándose con el viento ha conocido esa serenidad. La misma que Guillaumet, en su nieve. ¿Cómo podré yo mismo olvidar que, enterrado en la arena hasta la nuca, y degollado lentamente por la sed, he sentido tanto calor en el corazón bajo mi esclavina de estrellas?

¿Cómo favorecer en nosotros semejante liberación? Es bien sabido que todo es paradójico en el hombre. Cuando al creador se le garantiza sustento, se duerme; el conquistador victorioso se ablanda; el generoso, si se enriquece, se vuelve tacaño. ¿Qué nos importan las doctrinas políticas que pretenden lograr la plenitud de los hombres si, en primer lugar, no conocemos qué tipo de hombre quieren formar? ¿Qué nacerá? No somos ganado para el engorde, y la aparición de un Pascal pobre pesa mucho más que el nacimiento de algunos prósperos anónimos.

No podemos prever lo esencial. Cada uno de nosotros, en circunstancias insospechadas, ha conocido las más entrañables alegrías. Nos han dejado una nostalgia tan grande que hasta llegamos a añorar nuestras desdichas si han sido nuestras desdichas las que las han propiciado.

Al volvemos a encontrar con los camaradas, todos hemos saboreado el hechizo de los malos recuerdos.

¿Qué sabemos, salvo que existen condiciones desconocidas que nos fertilizan? ¿Dónde se aloja la verdad del hombre?

La verdad no es lo que se demuestra. Si en esa tierra, y no en otra, los naranjos echan sólidas raíces y se cargan de frutos, esa tierra es la verdad de los naranjos. Si esta religión, si esta cultura, si esta escala de valores, si esta forma de actividad, y no otras, favorecen en el nombre esta plenitud, liberan en él al gran señor cuya existencia se desconocía, es porque esta escala de valores, esta cultura, esta forma de actividad son la verdad del hombre. ¿La lógica? Que se las arregle para rendir cuentas de la vida.

A lo largo de este libro he citado a algunos de los que, al parecer, obedecieron una vocación soberana, de los que escogieron el desierto o la línea, así como otros hubieran podido escoger el monasterio; pero, si ha parecido que quería empujaros a admirar en primer lugar a los hombres, he traicionado mi objetivo. Lo que es en primer lugar admirable es la tierra que los ha fundado.

Las vocaciones desempeñan sin duda un papel. Unos se encierran en sus tiendas. Otros, decididos, echan a andar en una dirección ineludible: en la historia de su niñez encontramos en germen los anhelos que explicarán su destino. Pero la Historia, leída después de los acontecimientos, es engañosa. Podríamos encontrar esos anhelos en casi todos nosotros. Todos hemos conocido tenderos que, en una noche de naufragio o de incendio, se han revelado más grandes que ellos mismos. Ellos no se engañan acerca de la calidad de su plenitud: el incendio permanecerá como la noche de su vida, pero, a falta de nuevas ocasiones, a falta de tierra favorable, a falta de religión exigente, se han vuelto a dormir sin haber creído en su propia grandeza. Por supuesto que las vocaciones ayudan al hombre a liberarse: pero también es necesario liberar las vocaciones.

Noches aéreas, noches del desierto… Son ocasiones singulares que no se ofrecen a todos los hombres. Y, sin embargo, cuando las circunstancias los estimulan, todos muestran las mismas necesidades. No me aparto del tema si narro una noche en España que me ha enseñado mucho de esta cuestión. He hablado demasiado de algunos y me gustaría hablar de todos.

Acaeció en el frente de Madrid, que yo visitaba como reportero. Aquella noche estaba cenando al fondo de un refugio subterráneo, compartiendo mesa con un joven capitán.

2

Estábamos hablando cuando ha sonado el teléfono. Se ha entablado un largo diálogo: se trata de un ataque local del que el PCE comunica la orden, un ataque absurdo y desesperado para apoderarse de algunas casas transformadas en fortalezas de cemento en este suburbio obrero. El capitán se encoge de hombros, vuelve con nosotros y dice: «Los primeros de los nuestros que salgan…»; después, acerca dos copas de coñac a un sargento que está aquí y a mí:

—Sales el primero, conmigo. —Le dice al sargento—. Bebe y vete a dormir.

El sargento se ha ido a dormir. Somos una decena velando alrededor de la mesa. En un cuarto tan bien calafateado que no se filtra ninguna luz, la claridad es tan fuerte que me obliga a entornar los ojos. Hace unos cinco minutos que he echado una mirada por una tronera. He quitado el trapo que cubría la abertura y he visto, sepultadas bajo un claro de luna que derramaba una luz abismal, ruinas de casas encantadas. Cuando he vuelto a colocar el trapo he tenido la impresión de estar secando el rayo de luna como si fuera un hilo de aceite. Y ahora sigo conservando la imagen de esas fortalezas blancuzcas.

Los soldados, sin duda alguna, no regresarán, pero ellos, por pudor, se callan. El asalto figura en la orden del día. Se mete mano en una provisión de hombres. Se mete mano en un granero. Se lanza un puñado de granos para la siembra.

Seguimos bebiendo coñac. A mi derecha están jugando una partida de ajedrez. A mi izquierda cuentan historias. ¿Dónde estoy? Entra un hombre medio borracho. Se acaricia una hirsuta barba y desliza sobre nosotros una mirada dulce. Sus ojos se dirigen al coñac, se apartan, vuelven al coñac, se gira, suplicante, al capitán. El capitán ríe por lo bajo. El hombre,

esperanzado, ríe también. Una leve risa contagia a los espectadores. El capitán, con suavidad, retira la botella, la mirada del hombre transluce desesperanza, y así se inicia un juego pueril, una especie de *ballet* silencioso que, entre el humo espeso de los cigarrillos, la usura de la blanca noche, la imagen del próximo ataque, es como un sueño.

Y, aunque fuera las explosiones redoblan como golpes de mar, nosotros seguimos jugando, al abrigo de la cala en nuestro navío.

Muy pronto, en las regias aguas de la noche de guerra, estos hombres se limpiarán el sudor, el alcohol, la mugre de la espera. Siento que están muy cerca de su purificación. Pero ellos, tan lejos como pueden, siguen bailando la danza del borracho y la botella. Aunque han puesto en despertador en un estante. Y el repiqueteo sonará. Y en ese momento los hombres se levantarán, se desperezarán y se ajustarán el cinturón. Y en ese momento el capitán descolgará su revólver.

El borracho se serenará. En ese momento todos, sin apresurarse, echarán a andar por el corredor, que en suave pendiente sube hasta un rectángulo de azul de luna. Dirán algo sencillo como: «Maldito ataque…», o: «¡Hace frío!». Después se sumergirán en esa luz.

Cuando llegó la hora, presencié el despertar del sargento. Dormía tumbado en una cama de hierro entre los escombros de un sótano. Yo lo miraba dormir. Creía conocer el placer de ese sueño sin angustia, de ese sueño tan feliz. Recordaba aquella primera jornada en Libia, durante la cual Prévot y yo, perdidos, sin agua y condenados, antes de que la sed nos abrasara, pudimos dormir una vez, una sola vez, durante dos horas. Al dormirme, tuve la impresión de estar haciendo uso de un poder admirable: el de rechazar el mundo presente. Dueño de un cuerpo que todavía me dejaban paz, y una vez escondido el rostro entre los brazos, nada impidió que mi noche fuera distinta de una noche feliz.

Así, hecho un ovillo, sin forma humana, descansaba el sargento y, cuando los que vinieron a despertarlo encendieron una vela y la colocaron

en el gollete de una botella, no pude distinguir en un primer momento nada que sobresaliera del informe montón, salvo unos zapatones. Unos zapatones enormes, claveteados, herrados, zapatones de jornalero o de descargador de muelle.

Aquel hombre iba calzado con herramientas de trabajo y, en su cuerpo, no llevaba nada que no fueran instrumentos: cartucheras, revólveres, correajes, cinturón. Llevaba la albarda, la collera, todos los arreos del animal de labranza. En Marruecos pueden verse en los subterráneos, al fondo, muelas tiradas por caballos con anteojeras. Aquí, bajo la luz temblorosa y rojiza de la vela, también estaban despertando a un caballo ciego para que tirara de su muela.

—¡Eh! ¡Sargento!

Se movió con lentitud, medio dormido todavía y chapurreando no sé qué. Pero se giró otra vez cara a la pared, negándose a despertar, sumergiéndose en las profundidades del sueño como en la paz de un vientre materno, como en aguas profundas, agarrándose con los puños, que abría y cerraba, a no sé qué algas negras. Fue necesario soltarle los dedos. Nos sentamos en su cama: uno de nosotros, con suavidad, le pasó un brazo por detrás del cuello y, sonriendo, levantó aquella pesada cabeza. Era como la ternura de los caballos cuando, en la entrañable calidez del establo, se acarician los cuellos. «¡Eh! ¡Compañero!». En mi vida he visto nunca nada tan tierno.

El sargento hizo un último esfuerzo por regresar a sus felices sueños, por rehusar nuestro universo de dinamita, de agotamiento y de noches heladas; pero era demasiado tarde. Algo, desde fuera, se imponía. Lo mismo que, los domingos, la campana de colegio despierta lentamente al niño castigado. Él había olvidado el pupitre, la pizarra y el castigo. Soñaba con los juegos en el campo; en vano. La campana sigue sonando y le conduce, inexorable, a la injusticia de los hombres. Igual que él, poco a poco, el sargento iba tomando conciencia de ese cuerpo gastado por la fatiga, de ese cuerpo del que no quería saber nada y que, en el frío del

despertar, poco después conocería el triste dolor de las articulaciones, luego, el lastre de los arreos y, finalmente, la pesada carrera y la muerte. No tanto la muerte como esa sangre pegajosa en la que uno hunde las manos para ponerse en pie, esa respiración entrecortada, ese hielo alrededor; no tanto la muerte como lo incómodo de morir. Y, contemplándolo, yo seguía pensando en la desolación de mi propio despertar, en ese volver a hacerse cargo de la sed, del sol, de la arena; en ese volver a hacerse cargo de la vida; en ese sueño que uno no ha escogido.

Pero ya está en pie, mirándonos fijamente:
—¿Es la hora?

Es ahora cuando aparece el hombre. Es ahora cuando se escapa de las previsiones de la lógica: ¡el sargento sonreía! ¿Qué te está hechizando? Recuerdo una noche en París en la que Mermoz y yo, tras festejar con unos amigos no sé qué aniversario, nos encontramos de madrugada en el umbral de un bar, asqueados de haber hablado tanto, de haber bebido tanto, de estar tan inútilmente cansados. Pero, como el cielo ya empezaba a clarear, Mermoz me agarró los brazos con brusquedad, tan fuerte que pude sentir sus uñas. «Mira. A esta hora en Dakar…». Era la hora en que los mecánicos se frotan los ojos y quitan las fundas de las hélices, en la que el piloto consulta la meteorología, en la que la tierra sólo está poblada por camaradas. Ya se iluminaba el cielo, ya estaban preparando la fiesta, pero extendían para otros el mantel de un festín al que nosotros no seríamos invitados. Otros correrían el riesgo…
—Qué asco aquí… —Sentenció Mermoz.

Y tú, sargento, ¿a qué banquete, por el que valga la pena morir, estás invitado?

Yo ya había recibido tus conferencias. Me habías contado tu historia: humilde contable en algún lugar de Barcelona, en otros tiempos cuadrabas cifras, sin preocuparte demasiado por las divisiones de tu país. Pero un camarada se alistó, después, otro; luego, otro, y, con sorpresa, sufriste una

extraña transformación: poco a poco tus ocupaciones te parecieron fútiles. Tus placeres, tus quebraderos de cabeza, tu sencillo bienestar, todo eso pertenece a otra época. Ahí no residía lo importante. Por fin llegó la noticia de la muerte de uno de vosotros, cerca de Málaga. Tal vez no era un amigo al que desearas vengar. En cuanto a la política, nunca te había preocupado. Y, sin embargo, esa noticia sopló sobre vosotros, sobre vuestros raquíticos destinos, como un golpe de viento en el mar. Aquella mañana un camarada te miró:

—¿Vamos?

—Vamos.

Y «fuisteis».

Me vinieron a la mente algunas imágenes para explicar esa verdad que no habías sabido traducir en palabras, pero cuya certeza te había gobernado.

Cuando en época de migraciones pasan los patos salvajes, provocan extrañas mareas en los territorios que sobrevuelan. Los patos domésticos, atraídos por el amplio vuelo triangular, intentan un torpe salto. El canto silvestre ha avivado en ellos un rescoldo salvaje inefable. Y los patos de granja se han transformado durante un minuto en aves de paso. En su cabecita dura llena de imágenes de charcas, de gusanos, de gallineros, aparecen las llanuras continentales y el amor por los vientos y por la geografía del mar. El animal no sabía que su cerebro era suficientemente vasto como para contener tantas maravillas, pero ahí está aleteando, despreciando el grano, despreciando los gusanos, queriendo llegar a ser un pato salvaje.

Pero, sobre todo, volvía a ver mis gacelas: en Juby crié gacelas. Allí todos lo hacíamos. Las encerrábamos en un cerco de cañas, al aire libe, pues las gacelas necesitan beber en los arroyos del viento y no hay nada tan frágil como ellas. Aunque, si son capturadas jóvenes, viven y hasta ramonean en tus manos. Se dejan acariciar y hunden su hocico húmedo en el hueco de la palma.

Y uno se cree que las ha domesticado. Uno se cree que las ha protegido del desconocido pesar que, sigiloso, extingue las gacelas dándoles la más dulce de las muertes… Pero llega el día en que las encuentras empujando la valla con sus cuernecillos, para huir hacia el desierto. Están magnetizadas. Ellas no saben que están huyendo. Se siguen dejando acariciar, hunden, con más dulzura incluso, el hocico en tu palma… Pero, en cuanto las sueltas, descubres que, después de un trotecillo que parecía dichoso, han vuelto a ser atraídas a las cañas. Y si ya no vuelves a intervenir, permanecen allí, sin ni siquiera luchar contra la barrera, cargando simplemente contra ella, con la testuz baja, con los cuernecillos, hasta la muerte. ¿Se trata de la época de celo o simplemente de la necesidad de correr a galope tendido hasta perder el aliento? Ellas no lo saben.

Sus ojos todavía no se habían abierto cuando las capturaron. No conocen la libertad de las arenas ni el olor del macho. Pero tú, mucho más inteligente que ellas, sabes que sólo el vasto espacio les podrá dar lo que buscan. Quieren ser gacelas, y bailar su danza. Quieren conocer la huida rectilínea, a ciento treinta kilómetros por hora, interrumpida por bruscos surtidores, como si aquí y allá se escaparan llamas de la arena. ¡Poco importan los chacales si la verdad de las gacelas es saborear el miedo, lo único que las impulsa a superarse a sí mismas y ejecutar las más increíbles volteretas! ¡Qué importa el león si la verdad de las gacelas es ser desgarradas por un zarpazo bajo el sol! Las miras y piensas: están embargadas por la nostalgia. La nostalgia es el deseo de algo que no podemos describir… Ese objeto del deseo existe, pero no hay palabras para describirlo.

¿Y a nosotros que nos falta?

¿Qué esperabas encontrar aquí, sargento, que te proporcionara el sentimiento de no volver a traicionar tu destino? ¿Tal vez este brazo fraterno que sostuvo tu cabeza dormida, tal vez esta dulce sonrisa que no compadecía sino que compartía? «¡Eh! ¡Camarada…!». Compadecer es seguir siendo dos. Es seguir estando divididos. Pero existen unas relaciones

profundas en las que tanto el agradecimiento como la piedad pierden su sentido. Es allí donde se respira como un prisionero liberado.

Conocimos esta unión cuando, en equipos de dos aviones, franqueábamos un Río de Oro todavía insumiso. Nunca he oído al náufrago dar gracias a su salvador. Lo más frecuente era que incluso nos insultáramos durante el agotador transbordo de la sacas de correo de un avión a otro: «¡Desgraciado! ¡Por tu culpa he tenido la avería, por tu manía de volar a dos mil, con todo el viento en contra! ¡Si me hubieras seguido más bajo ya estaríamos en Port Étienne!». Y el otro, que se jugaba la vida, se sentía avergonzado de ser un desgraciado. Además, ¿qué teníamos que agradecerle? Él también tenía derecho sobre nuestra vida. Éramos ramas de un mismo árbol. ¡Y yo estaba orgulloso de ti, que me estabas salvando!

¿Por qué tenía que compadecerte quien te estaba preparando para la muerte? Aceptabais el riesgo los unos por los otros. En ese preciso instante uno descubre una unidad que no necesita lenguaje.

He comprendido tu marcha. Si en Barcelona eras pobre, si después del trabajo tal vez te encontrabas solo, si incluso tu cuerpo carecía de un refugio, aquí sentías que te realizabas, que formabas parte del universo; aquí, tú, el paria, eras recibido por el amor.

Me importa un rábano saber si los grandes discursos de los políticos, que quizá te hayan fertilizado, eran o no sinceros, eran o no lógicos. Si, como germina la simiente, han prendido en ti, es porque respondían a tus necesidades. Tú eres el único juez. Son las tierras las que saben reconocer el trigo.

3

Sólo cuando estamos unidos a nuestros hermanos por un objetivo común, ajeno a nosotros, respiramos, y la experiencia nos demuestra que amar no es mirarse el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección. No hay camaradas que unidos en la misma cordada, hacia la misma cumbre, no se encuentren en ella. De lo contrario, ¿cómo, incluso en el siglo de las comodidades, podríamos experimentar una alegría tal a compartir nuestros últimos víveres en el desierto? ¿De qué valen frente a esto los pronósticos de los sociólogos? A todos los que, entre nosotros, han conocido el profundo gozo de los accidentes en el Sáhara, después, cualquier otro placer les ha parecido fútil.

Por esta razón el mundo de hoy parece desmoronarse a nuestro alrededor. Nos exaltamos con religiones que nos prometen esta plenitud. Todos, con palabras contradictorias, expresamos los mismos anhelos. Nos dividimos por culpa de los métodos, que son fruto de nuestros razonamientos, no por las metas: que son las mismas.

Así que no hay nada de qué extrañarse. Quien no tenía ni idea del desconocido que dormía en su interior, y sólo una vez lo ha sentido despertar en un sótano de anarquistas en Barcelona, a causa del sacrificio, de la ayuda mutua, de una rígida imagen de la justicia, sólo ese conocerá una verdad: la verdad de los anarquistas. Y quien, en alguna ocasión, haya montado guardia en los monasterios de España para proteger una comunidad de monjitas arrodilladas, asustadas, ese morirá por la Iglesia.

Si a Mermoz, cuando se sumergía en la vertiente chilena de los Andes, con la victoria en el corazón, le hubierais echado en cara que se equivocaba, que la carta de un comerciante no merecía arriesgar la vida, se hubiera reído de vosotros. La verdad es el hombre que en él nacía cuando cruzaba los Andes.

Si queréis convencer del horror de la guerra a alguien que no la rechaza, no lo llaméis salvaje: antes de juzgarlo, procurad comprenderlo.

Pensad en aquel oficial del Sur que, durante la guerra del Rif, comandaba un puesto avanzado enclavado entre dos montañas disidentes. Una noche había recibido la visita de unos parlamentarios llegados de la montaña del Oeste. Como de costumbre, estaban tomando el té cuando, de pronto, estalló el tiroteo. Las tribus del macizo del Este atacaban el puesto. Cuando el capitán les rogó que se marcharan porque tenía que combatir, los parlamentarios enemigos le respondieron: «Hoy somos tus huéspedes. No nos permita Dios abandonarte…». Y de esta forma se unieron a sus hombres, salvaron el puesto y después volvieron a trepar a su nido de águila.

Ahora bien, la víspera del día en el que ellos, a su vez, se preparan para atacarlo, mandan embajadores al capitán:

—La otra noche te ayudamos…

—Es verdad…

—Por ti gastamos trescientos cartuchos…

—Lo justo sería que nos los devolvieras.

Y el capitán, todo un señor, no puede aprovecharse de la ventaja que la nobleza de sus enemigos le proporciona. Les entrega los cartuchos que utilizarán contra él.

La verdad, para un hombre, es lo que hace de él un hombre. Cuando quien ha conocido la dignidad de la relaciones, la lealtad en el juego, el mutuo don de una estima que compromete la vida, compara la altura de miras que le ha sido concedida con la mediocre ramplonería del demagogo, que hubiera expresado su fraternidad a esos mismos árabes con fuertes palmadas en la espalda, que los hubiera adulado y humillado de la vez, éste, si pretendéis hacerle entrar en razón, sólo sentirá por vosotros una piedad algo desdeñosa. Y será él quien tenga razón.

Aunque vosotros, al odiar la guerra, también tendréis razón.

Para comprender al hombre y sus necesidades, para conocerlo en lo que de esencial hay en él, no hay que confrontar, una con otra, la certeza de vuestras verdades. Sí, vosotros tenéis razón.

Todos vosotros tenéis razón. La lógica lo demuestra todo. Incluso el que culpa de las desgracias del mundo a los jorobados tiene razón. Desde luego, los jorobados también cometen crímenes.

Para intentar desentrañar lo esencial, hay que olvidar por un instante las divisiones que, una vez aceptadas, producen todo un Corán de verdades inconmovibles y el fanatismo que de ellas se desprende. Los hombres no pueden ser clasificados, de forma indiscutible, en hombres de derecha y en hombres de izquierda, en jorobados y en no jorobados, en fascistas y en demócratas. La verdad, y vosotros deberíais saberlo, es lo que hace que el mundo sea sencillo y no lo que crea el caos. La verdad es el lenguaje mediante el cual se alcanza lo universal. Newton no descubrió una ley que llevaba mucho tiempo escondida, como un jeroglífico. Newton llevó a cabo una acción creadora. Fundó un lenguaje de hombre que, a la vez, pudiera explicar la caída de la manzana en el prado o la ascensión del sol. La verdad no es lo que se demuestra, es lo que simplifica.

¿Para qué discutir de ideologías? Si bien todas pueden ser demostradas, también todas se oponen entre sí, y son este tipo de discusiones las que hacen desesperar de la salvación del hombre, cuando el hombre, a nuestro alrededor, en todas partes, presenta las mismas necesidades.

Queremos ser liberados. El que está picando quiere encontrar un sentido al golpe de su pico. Y el golpe del presidiario, que humilla al forzado, no es el mismo del minero prospector que lo engrandece. El campo de trabajos forzados no se encuentra allí donde se está picando. Lo horroroso no reside en lo material. El presidio reside allí donde se están dando golpes sin sentido, golpes que no vinculan a quien los da con la comunidad de los hombres.

Y nosotros queremos evadirnos del presidio.

En Europa hay doscientos millones de hombres cuyas vidas no tienen sentido y que querrían nacer. La industria los ha arrancado de sus linajes campesinos y los ha encerrado en estos enormes guetos que parecen apeaderos de apartado de reses, atestados de ramales formados por negros vagones. Desde lo hondo de sus ciudades obreras claman por ser despertados.

Hay otros que, atrapados en ese engranaje que les obliga a trabajar en lo que salga, se ven privados de la alegría del pionero, de la alegría de la religión, de la alegría del sabio. Se pensaba que para hacerlos crecer bastaba con vestirlos, alimentarlos, satisfacer todas sus necesidades. Y, poco a poco, en ellos se ha instalado el pequeño burgués de Courteline, el político pueblerino, el técnico cerrado a cualquier vida interior. Si se los instruye bien ya no se los cultiva. Quien crea que la cultura se basa en recordar fórmulas tiene una opinión muy triste de ella. Un mal alumno de cursos especiales sabe más sobre la naturaleza y sobre sus leyes que Descartes y Pascal.

Ahora bien, ¿es capaz de llevar a cabo los mismos recorridos espirituales?

Todos, de forma más o menos confusa, experimentan la necesidad de nacer. Hay soluciones engañosas. Es verdad que se puede estimular a los hombres vistiéndolos con uniformes.

Entonarán sus cánticos de guerra y compartirán el pan con sus camaradas. Encontrarán lo que buscan, el sabor de lo universal. Pero morirán por culpa de ese pan que se les da.

Se pueden desenterrar los ídolos de madera y resucitar los viejos mitos que, mal que bien, ya han sido probados, se puede resucitar a los místicos del pangermanismo o a los del Imperio Romano.

Se puede enajenar a los alemanes con la embriaguez de ser teutones y compatriotas de Beethoven. Con eso se puede llegar a emborrachar hasta al

pañolero. Es, en verdad, más fácil de conseguir obtener un Beethoven del pañolero.

Esta suerte de ídolos son carnívoros. Quien muere por el progreso del conocimiento o por la curación de las enfermedades, al morir, sirve a la vida. Tal vez sea hermoso eso de morir por una expansión territorial, pero la guerra actual destruye lo que dice favorecer. Ya no se trata hoy de sacrificar un poco de sangre para vivificar toda una raza. Una guerra, desde que se hace con avión, ya sólo es una cirugía sangrante. Nos instalamos al abrigo de un muro de cemento, lanzamos, a falta de otra cosa mejor que hacer, noche tras noche, escuadrillas que torpedean al otro en las entrañas, que hacen saltar sus centros vitales, que paralizan su producción y sus intercambios. La victoria será para quien se pudra el último. Y los dos adversarios se pudren a la vez.

En un mundo que se había convertido en un desierto, nosotros teníamos sed de encontrar camaradas: el sabor del pan compartido entre camaradas nos hizo aceptar los valores de la guerra. Pero nosotros no necesitamos la guerra para encontrar el calor de los hombros vecinos en una carrera hacia la misma meta. La guerra nos engaña. El odio en nada ayuda al éxtasis de la carrera.

¿Por qué odiarnos? Somos solidarios, llevados por el mismo planeta, tripulación de un mismo navío. Y si es bueno que haya civilizaciones que se confronten para promover nueva síntesis, es monstruoso que se devoren entre sí.

Puesto que para liberarnos basta con que nos ayudemos a tener conciencia de una meta que nos vincule unos a otros, busquémosla en lo que a todos nos une. El cirujano que hace su ronda de visitas no escucha las quejas del que está auscultando: lo que busca es curar al hombre en él. El cirujano habla un lenguaje universal. Lo mismo acontece con el físico cuando medita sus ecuaciones casi divinas que le permiten captar el átomo y la nebulosa a la vez. Y así es, hasta llegar al sencillo pastor, pues quien,

bajo las estrellas, vela el sueño de algunos corderos, si es consciente de su papel, descubre que es más que un servidor. Es un centinela. Y cada centinela es responsable de todo el imperio.

¿Acaso creéis que el pastor no desea tener conciencia? En el frente de Madrid visité una escuela erigida en una colina, a quinientos metros de las trincheras, detrás de una pared de piedra. Allí un cabo enseñaba botánica. Desmontando con sus frágiles manos los órganos de una amapola, atraía a barbudos peregrinos que, desprendiéndose de su barro, esparciéndolo por todas partes, subían, a despecho de los obuses, a verle en romería. Una vez dispuestos alrededor del cabo, que estaba sentado como un cantero labrando piedras, le escuchaban con la barbilla apoyada en las manos.

Frunciendo las cejas, apretaban los dientes, no entendían muchas cosas de la lección, pero les habían dicho: «¡Sois unos brutos, acabáis de salir del agujero, os tenéis que incorporar a la humanidad!». Y ellos, con su paso lento, se apresuraban por alcanzarla.

Sólo seremos felices cuando tengamos conciencia de nuestro papel, incluso del más discreto.

Sólo entonces podremos vivir en paz y morir en paz, pues lo que da un sentido a la vida da sentido a la muerte.

Es tan dulce cuando está situada dentro del orden de las cosas, cuando el viejo campesino de Provenza, al término de su reinado, entrega en depósito a sus hijos su lote de cabras y de olivos para que ellos, a su vez, lo transmitan a los hijos de sus hijos. En una dinastía campesina sólo se muere a medias. Cuando le toca el turno, cada existencia se abre como una vaina y ofrece sus granos.

En cierta ocasión acompañé a tres campesinos frente al lecho de muerte de la madre; era, en verdad, doloroso. El cordón umbilical se rompía por segunda vez. Por segunda vez, el nudo que liga a una generación con otra se deshacía. Los tres hijos, de repente, se veían solos, con todo por aprender, privados de una mesa familiar en la que poder reunirse los días de fiesta,

privados del polo imantado en el que reencontrase. Pero, en aquella ruptura, descubrí también que la vida puede ser entregada por segunda vez. También aquellos hijos, a su vez, se convertirían en jefes de fila, puntos de reunión y patriarcas, hasta que les llegara la hora de entregar el mando a la camada de pequeñajos que jugaban en el patio.

Yo miraba a la madre, una vieja campesina de rostro sereno y austero, labios prietos, rostro transformado en máscara de piedra. En él podía ver el rostro de sus hijos. Aquella máscara se había utilizado para moldear la suya. Aquel cuerpo había servido para moldear estos hermosos prototipos de hombre. Ahora descansaba, rota, como una preciosa cáscara a la que acaban de quitarle el fruto. A su vez, los hijos e hijas de su carne moldearían a sus pequeños. En la granja no se moría. La madre ha muerto, ¡viva la madre!

Esa imagen del linaje es dolorosa, sí, dolorosa pero muy sencilla, abandonando uno a uno sus bellos despojos de blancos cabellos a la vera del camino, avanzando, a través de sus metamorfosis, hacia una verdad.

Por esta razón, aquella misma noche, el sonido de la campana del pueblecito tocando a muerto en el campo no me pareció colmado de desesperanza, sino de una alegría discreta y tierna. Ella, que con la misma voz celebraba los entierros y los bautizos, anunciaba, una vez más, el paso de una a otra generación. Y, al escuchar el canto que festejaba los esponsales de una pobre vieja y la tierra, una dulce paz se adueñó de mí.

Lo que, de generación en generación, se trasmitía así, como el crecimiento paulatino de un árbol, era, además de la vida, la conciencia. ¡Qué ascensión tan misteriosa! Surgidos de una lava en fusión, de una pasta de estrella, de una célula viva milagrosamente fecundada, poco a poco nos hemos elevado hasta llegar a escribir cantatas y a calcular el peso de las vías lácteas.

La madre no sólo había transmitido la vida: había enseñado un lenguaje a sus hijos; les había confiado el caudal que, muy lentamente, se había ido

acumulando a lo largo de los siglos; el patrimonio espiritual que también ella había recibido en depósito: un pequeño lote de tradiciones, de conceptos y de mitos que constituye la única diferencia entre Newton o Shakespeare y el bruto de las cavernas.

Lo que sentimos al tener hambre, esa suerte de hambre que impulsaba a los soldados de España a asistir, bajo el fuego, a su clase de botánica, la que lanzó a Mermoz al Atlántico Sur, la que guía a otro hacia su poema, es que la génesis no ha finalizado todavía y que debemos tener conciencia de nosotros mismos y del universo. Debemos tender puentes en la noche. Sólo ignoran esto quienes piensan que la auténtica sabiduría estriba en una egoísta indiferencia; sin embargo, ¡todo desmiente esa sabiduría! Camaradas, amigos camaradas, yo os emplazo como testigos: ¿cuándo hemos sido felices?

4

Me acuerdo ahora, en esta última página de mi libro, de aquellos burócratas avejentados que fueron nuestro cortejo, al alba de mi primer correo, cuando, al tener la suerte de ser designados, nos estábamos preparando para la muda, para transformarnos en hombres. Eran como nosotros, pero no sabían que tenían hambre. Hay demasiados a los que se les deja durmiendo.

Hace algunos años, durante un largo viaje en ferrocarril, quise visitar aquella patria errante en la que me había encerrado durante tres días, en la que durante tres días me encontraba prisionero de un rumor de guijarros arrastrados por el mar, así que me puse en pie. Hacia la una de la madrugada crucé todo el tren. Los coches cama estaban vacíos. Los coches de primera clase estaban vacíos.

Pero los vagones de tercera abrigaban a cientos de obreros polacos que, expulsados de Francia, volvían a su tierra. Caminé por los pasillos, saltando por encima de los cuerpos. Me detuve para mirar. En pie bajo las lamparillas puede contemplar en aquel vagón sin compartimentos, semejante a un dormitorio de tropa, que olía a cuartel o a comisaría, a toda una población confusa y sacudida por los movimientos del tren, a todo un pueblo que, hundido en pesadillas, retornaba a su miseria. Gruesas cabezas rapadas resbalaban sobre la madera de las banquetas. Hombres, mujeres, niños, todos giraban de derecha a izquierda como si, abandonados, se vieran atacados por aquellos ruidos, amenazados por las sacudidas. No disfrutaban de la hospitalidad de un buen sueño.

Me daba la impresión de que habían perdido a medias la calidad humana, bamboleados por las corrientes económicas de uno a otro extremo de Europa, arrancados de la casita del Norte, del minúsculo jardín, de las tres macetas de geranios que, en otros tiempos, yo había visto en la ventana de los mineros polacos. Sólo habían recogido los útiles de cocina, las

mantas y las cortinas, componiendo paquetes mal atados, agrietados, herniados. Habían tenido que sacrificar todo lo que, en cuatro o cinco años de estancia en Francia, habían acariciado o disfrutado, todo lo que habían conseguido domesticar, el gato, el perro, el geranio; sólo se llevan las baterías de cocina.

Un niño tomaba el pecho de una madre tan cansada que parecía dormida. En el absurdo y el desorden de aquel viaje, la vida se seguía trasmitiendo. Miré al padre. Una cabeza pesada y desnuda como una piedra. Un cuerpo replegado en su incómodo sueño, apresado en la ropa de faena, hecho de huecos y jorobas. El hombre parecía un montón de arcilla. Como esos desperdicios que, carentes de forma, reposan durante la noche en los bancos de los mercados. Y pensé: el problema no reside en esta miseria, en esta sociedad, en esta fealdad. Este mismo hombre y esta misma mujer se conocieron un día, y seguro que el hombre sonrió a la mujer; seguro que después del trabajo, le llevó flores. Inexperto y tímido, tal vez temblaba de miedo por verse rechazado. Pero a la mujer, por innata coquetería, a la mujer, segura de su encanto, le gustaba inquietarlo. Y el otro, que ahora sólo es una máquina de picar o de clavar, experimentaba así una deliciosa angustia en el corazón. El misterio reside en que se hayan convertido en estos paquetes de arcilla. ¿En qué molde los han colocado, qué molde, como una máquina de hacer embutidos, los ha transformado así? ¿Por qué esta bella arcilla humana se ha echado a perder?

Y proseguí mi viaje en medio de este pueblo cuyo sueño era turbio como un lugar de pesadilla.

Flotaba un vago ruido de roncos ronquidos, de oscuras quejas, del raspar de los zapatones de quienes, cansados de dormir sobre un costado, lo intentaban sobre el otro. Y sin parar, siempre en sordina, aquel inagotable acompañamiento de guijarros arrastrados por el mar.

Me senté frente a una pareja. Entre el hombre y la mujer, el niño, mal que bien, se había hecho un hueco y dormía. Durante el sueño se dio la vuelta y, bajo la lamparilla, pude ver su rostro.

¡Ah! ¡Qué carita tan adorable! Había nacido de esa pareja una suerte de fruto dorado. De los pesados harapos había nacido un logro de encanto y de gracia. Me incliné sobre esa frente lisa, sobre el tierno mohín de los labios y me dije: he aquí un rostro de músico, he aquí a Mozart niño, he aquí una hermosa promesa de vida. Los principitos de las leyendas no eran diferentes a él: protegido, atendido, cultivado. ¡Qué no llegaría a ser! Cuando por mutación nace en los jardines una nueva rosa, todos los jardineros se conmueven. Se la aísla, se la cultiva, se la mima. Pero, no hay jardinero para los hombres. Mozart niño también será transformado como los otros en la máquina de troquelar. Los logros más grandes que Mozart alcanzará serán los de una música deleznable en la fetidez de los cafetuchos. Mozart está condenado.

Y regresé a mi vagón. Me dije: esa gente apenas sufre por su suerte. No es la caridad lo que me inquieta. No se trata de enternecerse frente a una herida que siempre vuelve a abrirse. Quienes la sufren no la sienten. Es más bien a la especie humana y no al individuo a quien se hiere aquí, a quien se perjudica. Apenas creo en la piedad. Lo que me angustia es el punto de vista del jardinero. Lo que me atormenta no es esta miseria en la que, después de todo, uno se instala tan bien como en la pereza. Generaciones de orientales viven en la mugre y se complacen en ella. Lo que me angustia no lo curan los comedores de beneficencia. Lo que me atormenta no son estos huecos, ni estas jorobas, ni esta fealdad. Es Mozart, un poco asesinado en cada uno de estos hombres.

Sólo el espíritu, si sopla sobre la arcilla, puede crear al Hombre.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY. Antoine Marie de Saint-Exupéry nació el 29 de junio del año 1900 en el seno de una familia acomodada de Lyon (Francia). Su padre, ejecutivo de una compañía de seguros, era Jean de Saint-Exupéry, y su madre, de gran sensibilidad artística, se llamaba Marie de Fronscolombe.

Tenía cuatro hermanos.

Cuando Antoine solamente contaba con cuatro años de edad falleció su padre, lo que provocó el traslado de su familia a Le Mans en el año 1909. Residió en el castillo de su tía, ubicado en la localidad de Saint-Maurice-de-Remens. En esta gran casa el pequeño niño vivió una infancia muy feliz rodeado del cariño de su familia, en especial de su adorada madre.

Más tarde se trasladó de nuevo a Le Mans para estudiar con los jesuitas en Villefranche y en Suiza en un colegio marianista de Friburgo, ciudad en la cual habitó durante dos años entre 1915 y 1917. Posteriormente fracasó en el examen de ingreso para la Universidad y decidió matricularse en Arquitectura en la Escuela de Bellas Artes.

En el año 1921 cumplió el servicio militar y comenzó a sentirse atrapado por la aviación, determinando firmemente su propósito de ser piloto en la

ciudad de Estrasburgo. En este período dio inicio a un noviazgo con Louise de Vilmorin. Consiguió el título de piloto pero no ejerció profesionalmente hasta su ruptura con Louise, quien no deseaba que Antoine se dedicara a la aviación.

Entre los años 1922 y 1926 Exupéry trabajó en diversos oficios, como inspector de una fábrica de ladrillos o representante de los camiones Saurer. En 1926 comenzó su etapa como piloto comercial trabajando para Aeropostale y volando regularmente entre Toulouse y Rabat, Toulouse y Dakar o Dakar y Casablanca. Ese mismo año publicó su primer título literario, «*El aviador (L'Aviateur)*» (1926), un relato aparecido en la revista «*Navire D'Argent*», publicación en la que trabaja su buen amigo Jean Prévost.

Su pasión por el desierto del Sáhara procedía de su etapa como director del campo de aviación de Cabo Juby, en Río de Oro, iniciada a finales del año 1928. «*Correo del sur (Courrier-Sud)*» (1929), su primera novela, ensalza la profesionalidad y camaradería de los pilotos de línea postal. El año de publicación de este libro se trasladó a Argentina, siendo nombrado en Buenos Aires director de la Aeroposta Argentina.

En abril de 1931 se casó con la escritora y artista Consuelo Carrillo, viuda de nacionalidad salvadoreña, y publicó «*Vuelo nocturno (Vole de nuit)*» (1931), novela que sacó del anonimato su talento como escritor. Prologada por André Gide, consigue un enorme éxito comercial y crítico, alcanzando el *Premio Fémina*.

Sus relaciones con Consuelo no fueron buenas a causa de las ausencias e infidelidades de Antoine, y el matrimonio resultó muy tormentoso. Tras unos resultados económicos desfavorables, la compañía aeropostal terminó prescindiendo del intrépido Antoine, quien durante la década de los 30 trabajó en diversos puestos. Fue piloto de línea entre Casablanca y Dakar, piloto de pruebas para Latécoère, intentó conseguir el récord de velocidad volando entre París y Raigón (sufriendo un accidente en el desierto libio), se empleó en el servicio de propaganda de Air France y firmó artículos

desde Moscú para el «*Paris Soir*», llegando también a cubrir el conflicto de la Guerra Civil Española para «*Intransigeant*».

Un accidente ocurrido en el año 1938 en Guatemala, cuando pretendía viajar desde Nueva York a Tierra de Fuego, le dejó postrado en cama durante un tiempo considerable. En este período de convalecencia escribió «*Tierra de hombres (Terre des hommes)*» (1939), un texto nutrido, como casi todos los de su carrera como autor, por su larga actividad como piloto. La novela recibió el *Gran Premio de la Academia Francesa* y el *National Book Award* estadounidense.

En la Segunda Guerra Mundial, el aventurero Saint-Exupéry se prodigó en acciones. A pesar de que sus lesiones no recomendaban su participación en el conflicto, consiguió, tras muchas insistencias, formar parte del ejército activo en la lucha contra los nazis. Cuando Alemania ocupó Francia, Antoine se marchó a los Estados Unidos para intentar encontrar ayuda contra esta invasión. En América y estimulado por el contexto bélico del momento escribió «*Piloto de guerra (Pilote de guerre)*» (1942) y «*Carta a un rehén (Lettre à un otage)*» (1943).

En el año 1943 fue publicada su obra más famosa, «*El Principito (Le petit prince)*» (1943), un cuento en el cual, de manera alegórica, exponía parte de su filosofía vital y su concepción sobre el género humano. El libro fue ilustrado por el propio Antoine de Saint-Exupéry.

Se unió a la Resistencia Francesa. El 31 de julio de 1944, cuando estaba realizando una misión por la costa gala, su avión desapareció tras ser abatido por la aviación alemana. Tenía 44 años de edad en el momento de su muerte. Póstumamente aparecieron libros como «*La ciudadela (La citadelle)*» (1948), cuadernos de notas, o «*Carta a su madre (Lettres à sa mère)*» (1955).